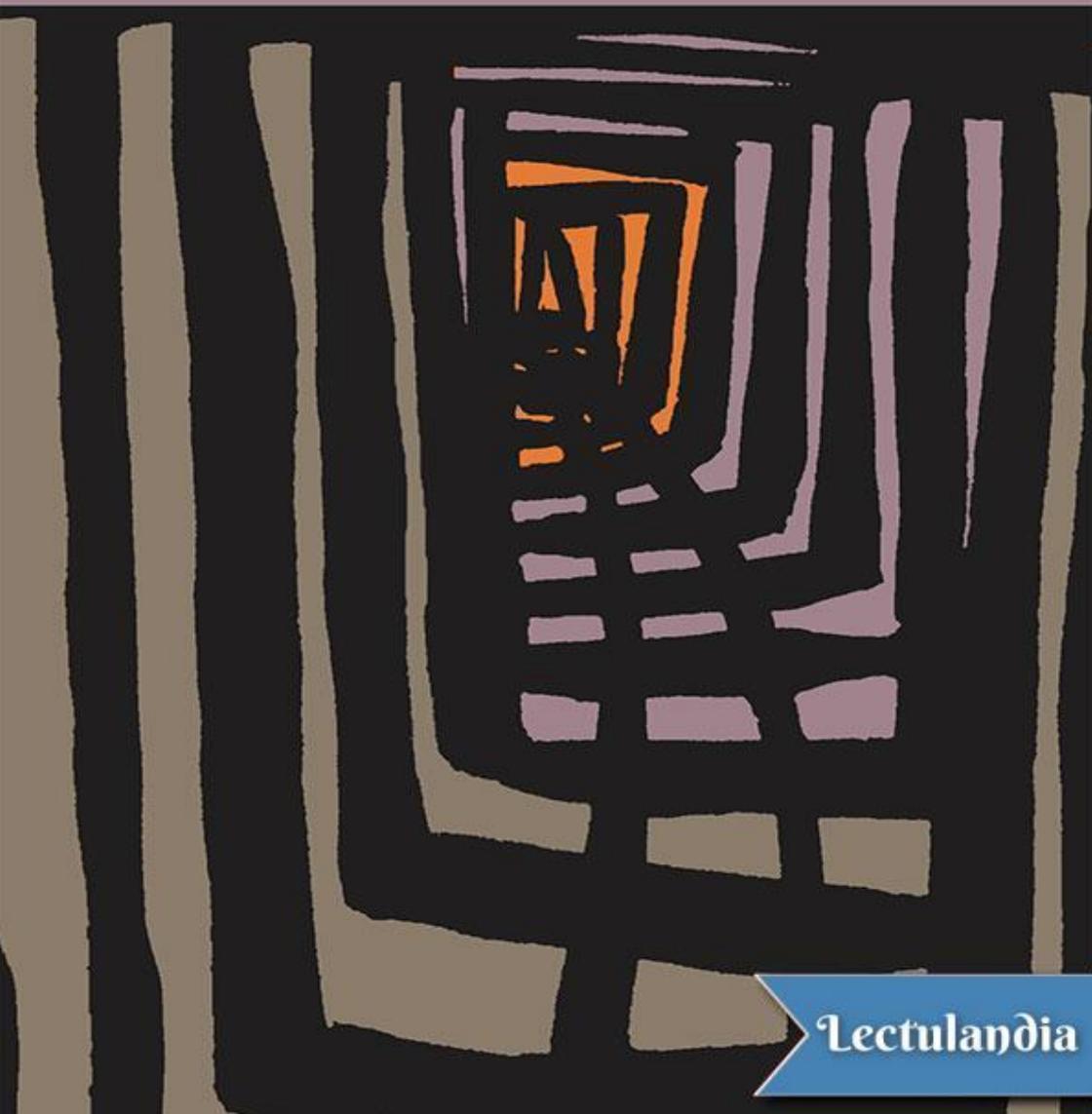


Armando
López Salinas

LA MINA



Lectulandia

Joaquín, un joven jornalero granadino, se ve obligado a emigrar para trabajar en las minas. El amo de su pueblo se niega a arrendarle tierras para trabajarlas, y los jornales de peón agrícola no alcanzan para vivir.

El trabajo de minero es duro e inseguro, pero el sueldo y los destajos le permiten a Joaquín alquilar una casa, y empezar a soñar con volver a su pueblo y comprar unas tierras para trabajarlas. Pero a la dureza del trabajo, se une el hecho de que los administradores de la mina no invierten lo suficiente en medidas de seguridad.

Narrada con un estilo preciso, periodístico, *La mina* tiene una fuerza extraordinaria. Los problemas de sus protagonistas y sus esperanzas, que cada uno expresa a su manera, adquieren en esta novela un relieve grandioso. Los personajes se integran fuertemente en su contexto social e histórico que, en definitiva, es lo que les da una explicación. Aunque se ha adscrito esta novela a la corriente literaria del «realismo social», quizá sería más correcto considerarla como «realismo histórico» en el sentido marxista del término.

La mina fue una de las novelas finalistas del Premio Nadal de 1959.

Lectulandia

Armando López Salinas

La mina

ePub r1.1

Artifex 06.10.13

Título original: *La mina*
Armando López Salinas, 1960
Diseño de portada: Destino

Editor digital: Artifex
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi amigo el minero con el que viajé en el correo de Andalucía. Se llamaba Enrique Fernández e iba para La Chanca de Almería a visitar a su madre. Hacía doce años que no la veía y tenía ganas de abrazarla. Era soltero y me contó su historia y me enseñó sus papeles. Desde pequeño había pescado «el copo» con su padre; fue al ejército y sirvió en la Comandancia de Marina de un puerto gallego. Al licenciarse marchó para Asturias a trabajar en la cuenca de Langreo, luego anduvo por tierras de León trabajando de picador. Cuando le cayó la piedra en las costillas tuvo unas palabras con el médico de la empresa y llegaron a las manos. Le dieron la boleta de despido. Andaba en pleitos en la Magistratura del Trabajo y en la Audiencia Civil por la misma causa. Me enseñó, también, el resultado del reconocimiento que le había hecho un médico particular. Al parecer, Enrique estaba tuberculoso, cosa que debía ser cierta, pues una vez le vi escupir sangre en un pañuelo. Pasado Alcázar de San Juan comenzó a beber vino y a cantar malagueñas. Lo hacía bien. Cerca de Despeñaperros nos despedimos y me dio sus señas en Almería para lo que gustara.

A. L. S.

La huida

No esperes, campesino polvoriento,
después de tu sudor la luz completa
y el cielo parcelado en tus rodillas.

De pronto llegó el viento caliente. El viento espeso y polvoriento que azuzaba con su voz a las copas de los árboles. Los rayos del sol, que caían entre las ramas de los pinos, alfombraban con manchas amarillas los canchales de la serranía. La luz se deshacía sobre las montañas, sobre el bosquecillo, sobre los huertos del río Guadahortuna, y sobre los olivares, viñedos, jarales y tierras de labor de lo hondo del valle. El día andaba por los altos del cielo, era una mancha azul desde Parapanda a la Sierra de Lucena.

Luego el viento se detuvo y el calor parecía surgir desde la misma tierra. Los pájaros, que volaban con el aire, se abatieron sobre el jaral llevando en sus picos el grito del verano.

El sol daba en la cara del hombre que, sentado en un haz de leña, miraba hacia el valle. Ante sus ojos se extendían los campos ocres y polvorientos, el paisaje cultivado a retazos, las hileras de olivos y viñas que formaban largas calles. Joaquín conocía cada trozo de tierra, las trochas, cada piedra y cada viña. En su memoria de campesino los cultivos tenían un nombre familiar. La pinada de la piedra grande, los tomates de junto al puente, los olivos de Don Ramón, las viñas del llano. Los cuatro naranjos y los cuatro limoneros. El patatal del cabo, el maizal y el huerto del cura. Aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos, y cuál tierra era buena y cuál tierra era mala.

Al pie de la cordillera se apretaba el pueblo andaluz. Un pequeño lugar de casas de adobe, apiñadas, con una plaza en el centro. La aldea, desde lo alto, parecía estar abandonada, silenciosa, como muerta; aplastada por el sol de mediodía.

El hombre se puso en pie y se echó la carga de leña al hombro. Por un momento escuchó los ecos que rumoreaban con la voz de los pájaros, del viento y de los árboles. Atrochó por medio del bosquecillo en busca del camino ancho. Su andar, cargado como iba, se hacía fatigoso. Cuando sonaron las campanas

se detuvo para escucharlas, contó las campanadas. «Ya son las doce», se dijo, y tornó a andar con paso vivo ya por el camino que descendía hasta el puente sobre el Guadahortuna y el lugar de Tero.

Todo estaba en silencio. Ni siquiera el rumor que venteaban las campanas podía turbar el hondo silencio del pueblo, el callar de la vida, toda aquella tranquilidad. Por las márgenes del camino crecían los cardos y las zarzamoras. Junto a una mata, el hombre se detuvo a descansar. Echó la carga al suelo y, luego, se quitó el sombrero de paja con el que se cubría, para llenarlo de moras. Por la ladera, cerca del llano, unos campesinos removían tierras y piedras. Tierra árida, estéril, la de Tero, era necesario quitar piedras y quemar monte del común para que los campesinos pudieran cultivar algo, pues la tierra, buena o mala, no era bastante para los hombres del pueblo y el amo. Eran gentes, las gentes de Tero, ligadas a la tierra tanto como puedan estarlo las piedras y las raíces de los olivos.

Terminó de llenar el sombrero, se echó la carga a la espalda, y de nuevo comenzó a andar. Llevaba la camisa rota, y las alpargatas atadas al cuello por no desgastarlas.

Bajaba pensando en lo que había oído en la plaza la mañana del día anterior. Había alguien en el Villar que necesitaba jornaleros, daba cinco duros al día por que le trabajaran la finca. Por eso salió temprano, antes de que apuntara la mañana, y ahora regresaba con más de dos leguas de sierra a los pies.

El camino, que seguía la hondonada del río, antes de entrar en el pueblo cruzaba por cima del puente de piedra por cuyo único ojo fluía, entre cantos rodados, un pequeño caudal de agua. Joaquín se tumbó junto a la orilla y acercó su cuerpo para hundir la cara en el agua, y beber despacio y hondo tal como lo hace una caballería.

Luego de beber se secó la cara con el revés de la mano y se calzó las alpargatas para entrar en el pueblo.

Se paró en el centro de la plaza para mirar hacia la fachada

del Ayuntamiento, blanquecina y brillante bajo la luz. Miró para las ventanas cerradas y el portón entornado. Más arriba quedaba la profundidad, próxima y remota a un tiempo, de un cielo habitualmente azul.

La plaza estaba desierta. Sólo el agudo canto de los gallos, y el vuelo de la cigüeña de la torre de la iglesia, cruzaban sobre el silencio de la Plaza del Caudillo.

«Es inútil que suba y hable con el secretario —se dijo Joaquín—. Seguro que no habrá trabajo, no hay nadie esperando. Se habrán ido a casa y, seguramente, es mejor que se hayan ido.»

Y Joaquín pensó que habría ocurrido lo de todos los días. Habría bajado Lucas, el capataz del amo, a contratar a dos o tres hombres, a los más fuertes. Los jornaleros, como siempre, sentados en los poyetes de la plaza, habrían cambiado tabaco y algunas palabras de odio o de envidia entre los que tuvieron suerte y los que quedaron esperando para nada. Unas palabras cansadas y lejanas hasta que al rato, desesperanzados, se irían con el mismo gesto inútil de todos los días retratado en sus caras, pero con un odio mayor y nuevo.

—¿Cuándo habrá trabajo? ¿Cuándo terminará esto de estar mano sobre mano? —preguntarían a Lucas.

El capataz se habría encogido de hombros, y los campesinos, una vez más, se darían cuenta de lo inútil de su pregunta, porque pedir trabajo en Tero, o en los pueblos de alrededor, era como el pedir limosna a un fraile.

—No hay nada hoy —diría Lucas.

Joaquín dio vuelta para la fuente del centro de la plaza en la cual dos caballerías abrevaban. Los caballos azotaban el aire con sus colas; eran de corta alzada y duro pelaje.

—Hola, Joaquín. Buen día de calor.

Por un instante Joaquín no contestó, quedó mirando para el hombre viejo que tenía enfrente. Luego, al tiempo que se descargaba, dijo con desgana:

—Hola. ¿Han dao trabajo?

—Dieron algo —contestó el otro—. Bajó Lucas y se llevó a Francisquín, al «Mellao» y al tío Crispín.

—¿Pa qué trabajo?

—Para un trabajo en la finca, dijo Lucas.

—¡Qué calor! —exclamó Joaquín—. Por esos altos se estaba mejor, corría el aire. Fui por leña.

Después, contempló al hombre; también el viejo quedaba en silencio. Era bajo y doblado de espinazo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Tenía cejas gruesas y el pelo cano. Joaquín le miró a los ojos, que se hundían entre las arrugas de la cara.

El viejo llevaba las mangas de la camisa de un color distinto al resto de la misma, los puños abotonados sobre las muñecas. Calzaba abarcas de goma, polvorientas. «Es el tío Emilico, el que tiene a los hijos por ahí, por Madrid», se dijo. Siempre que miraba al viejo se acordaba de los hijos de éste. Dos mozos, Juanín y Jesús, que segaban como los buenos, dos hombres cabales que lo mismo trabajaban el campo, que iban tras un jabalí, que montaban a caballo. Altos como jaras crecidas, tenían un buen ver. De ordinario, al anochecer, se les veía en la plaza. Juanín bromeaba con las muchachas, y Jesús permanecía sentado en la alberca porque en pie renqueaba de la izquierda desde que se la baldaron a palos cuando se quiso echar al monte con la partida de los «granadinos».

—Le digo que uno no es malo aunque a veces le salte la sangre dentro del cuerpo. Cuando llega el tiempo uno trabaja para que el amo se lleve las olivas y las uvas, y luego no dan a ganar una peonada en todo el año.

—Así es —contestó Emilico.

Joaquín movió la cabeza y luego miró para el viejo; éste continuó hablando:

—Ya sabes, hay gentes que van montados en el macho y otros que andan a pie. Los que van montaos no se cansan y tienen la tripa llena, otros sufrimos de sol a sol y llevamos la hambre en la cara.

—Los que van en el macho no se ven hartos.

—Así es.

El sol reverberaba sobre el polvo de la plaza. Las caballerías habían dejado de azotar el aire con sus colas y golpeaban el suelo con los cascos, levantando pellas de polvo.

—Podíamos haber ido a segar a Castilla.

—Sí —contestó el campesino viejo—. No hubiera sido malo. Pero no hay cuatro mozos en Tero para coger la hoz. Yo iba con mis hijos pa tierras de Valladolid. Eran otros tiempos, al menos para mí.

El viejo calló para dar paso a los recuerdos. Le venía a la cabeza la imagen de un tiempo sin duda lejano. Un mar de trigo en el cual los segadores, doblado el espinazo, con el sombrero de paja a la cabeza y mordiendo el pañuelo que llevaban por bajo del mismo para evitar la solanera, con brazo fuerte y rápido, la hoz en la mano derecha, la izquierda agarrada a las espigas, tajaban la mies a un palmo del suelo.

Pero la imagen, y cuanto tenía relación con aquel tiempo, era un recuerdo demasiado bueno, demasiado intemporal; quizá sólo era un sueño. Eran en verdad, los días aquéllos, días en que los hombres se sienten alegres y ríen mirando el trabajo que espera, beben vino y dicen vamos allá. Y no se van de su mano en toda la jornada aunque los riñones duelan y el polvo de la paja se meta en la garganta.

Jesús, el hijo menor, tocaba la guitarra y cantaba los aires de la tierra que toda la cuadrilla de segadores acompañaba con palmas.

Cuando cantaba Jesús daban ganas de revolcarse y morder la tierra; hacía daño su cante.

—Jesús cantaba más bien que Dios, te digo.

Calló un momento mientras daba una chupada al cigarro, luego añadió:

—Después que se fueron los hijos, aunque el hambre apretaba ya, no pude seguir la costumbre.

—Sí, es un trabajo duro.

De nuevo se arrastraba el viento. Parecía que todo el aire de la sierra llenara la plaza. Unas mujeres, con cántaras a la cintura, salieron de un callejón que desembocaba en la calle Mayor. Hablaban en voz alta, y el viento, como si tuviera manos de hombre, les levantaba las faldas.

—¿Por qué no te vas de aquí, Joaquín? ¿Por qué no te vas? Te lo digo porque te tengo ley, de veras. Aquí no harás nada. Tero es un pueblo para los viejos, no para hombres con brazos fuertes. Yo ya soy viejo, y con un tomate, una cebolla y unas olivas tengo bastante. Tengo todo hecho y visto, pero tú tienes mujer joven y dos hijos.

Joaquín quedó en silencio como rumiando las palabras del otro hombre. Miró para las calles del pueblo, estrechas e intrincadas. Para las viejas casas calcadas donde había macetas de flores escarlatas. Para el rumor de las calles donde los niños alborotaban. A las mujeres que, sentadas en la alberca, se saludaban y reían mientras esperaban a llenar sus cántaras. Tenían cabellos oscuros, ojos hundidos en sus caras tristes que se adentraban en el alma.

El olor dulzón del estiércol y la jara, las blancas casitas, el humo azul de las chimeneas, el berreo de las ovejas y cabras, el relincho de los mulos, las pisadas de las mujeres que iban a la fuente, el ladrar de algún perro; todo le parecía como hecho de su propia sangre.

—Es bien amargo abandonar lo que uno quiere, lo que uno conoce.

Toda la vida de Joaquín había transcurrido en Sierra Harena. Amaba a Tero, y a la llanura del valle donde el pueblo se asentaba, tanto como un hombre puede amar el hueco oscuro que le dio la vida.

Las casas, los huertos, los animales. Todos los ruidos familiares, y el sol y el viento, le hablaban desde dentro de su ser. Todas las gentes del pueblo eran amigas suyas. Les decía:

—Esta tierra es nuestra, nosotros la hemos hecho con nuestro trabajo. No hay que marcharse, hay trabajo para todos,

porque es de todos la tierra.

No podía, era algo superior a sus fuerzas, algo que le removía el cuerpo hasta ponerle mala sangre, el pensar en abandonar el pueblo. Llevaba más de dos meses pensando en ello desde que recibieron la carta que Lucía, la prima de Angustias, escribiera. La mujer no hacía más que machacar para que se marcharan a las minas. Y aunque él hacía oídos sordos, a veces le daba vueltas en la cabeza la idea de marchar y hoy era uno de esos días.

—Hay días —pensó en voz alta— que uno nota la amargura hasta en la comida y en los hijos. Poco a poco se le mete a uno la tristeza en el cuerpo, crece dentro y nos come el cuerpo. Es difícil echar la tristeza fuera de uno. Es algo que llega despacio, pero una vez que te agarra no quiere irse.

El campesino viejo volvió a encender el cigarro y, luego, puso su mano, ancha y grande, sobre el hombro derecho de Joaquín.

—Vete —dijo—. ¿Sabes esos olivos de junto al río? Hace años eran míos; también fueron de mi padre. Ahora son del amo. Los tuve que vender cuando se llevaron a Jesús, tuve que untar desde el alguacil hasta qué sé yo quién para que retrasaran el juicio. Yo a veces sueño que aún es mía esa tierra y voy a tentarla, y otras veces me dan ganas de hacer una barbaridad. ¡Vete, muchacho! ¡Vete! No andes cacareando como una gallina llueca. Vete, te digo.

Joaquín sintió en su cara la fogarada de hombría del tío Emilico. Le sabía capaz de pasar desde la indiferencia al odio más profundo, más desesperado. Sintió cómo le golpeaba la sangre en las venas con la intuición oscura de la vida y de la muerte. En las palabras del tío Emilico clamaba el pueblo, la protesta antigua de los hombres sin pan y sin tierra. Su voz tenía un significado, era como la proyección de todos sus sentimientos.

—Sí, habrá que irse.

—Yo ya no puedo.

—Cuando se recoja la aceituna y tengamos dinero para el viaje, habrá que irse.

—Dinero, cochino dinero. Los hombres deben tener trabajo para poder comer.

—Sin dinero no se puede vivir. A mí no me parece que todos tengamos que ser pobres sólo por trabajar el campo y no ir a las fábricas. Yo creo que aquí, en Tero, se podría vivir.

—Cuando yo era joven —dijo el campesino viejo— ya me dolía el cuerpo de ver las tierras en baldío. Han pasao los años y ya me pintan toas las canas, y las tierras del amo casi siguen lo mismo. Aún no he trabajao una semana entera quitando, claro, cuando la aceituna y las uvas.

Los dos hombres seguían a pie firme cerca de la fuente de cuatro caños. El viento había calmado, e inmóvil y cálido, se pegaba a la manta de polvo amarillo que cubría la Plaza.

Joaquín, por quitarse el calor, metió la cabeza bajo uno de los caños y bebió un largo trago de agua. Luego hundió las manos en el abrevadero y jugó con ellas, dentro del agua, hasta que el frío las volvió insensibles, ajenas.

—Mi mujer dijo el otro día que es mejor afrontar las cosas de una vez, dice; dice que es mejor el marcharnos. ¡Quién sabe cuántas veces, aun sin querer, me lo habré dicho yo! Y cómo me gustaría decir: «Angustias, tienes razón, vámonos». Pero si lo dijera, mentiría. Yo me esfuerzo, pero no es fácil el hacerse la idea, no lo es.

Joaquín tragó saliva, luego añadió, vacilante:

—... es como cuando se echa una patata nueva y uno no sabe si agarrará.

—Sí, eso es lo malo —dijo despacio el tío Emilico, y añadió:

—Hace calor de veras.

En las sombras de la plaza algunas mujeres, sentadas en los bancos de piedra, esperaban Dios sabe qué. Por las calles empedradas con cantos puntiagudos correteaban algunas ovejas esquiladas; sus cueros amarillentos, sucios, atraían a millares de moscas. Parecían personas desnudas.

El sol rompía contra las calles, se derramaba en redondeles, cuadros y triángulos. Pesaba el ambiente caluroso, árido. Los gallos seguían cantando, flagelando el viento con su agudo canto.

Estaba sentada al otro lado del fuego. Las retamas estallaban y el humo denso se extendía por la cocina. La mujer, con el niño en brazos, atizaba el fuego con un fuelle. Las llamas, azuzadas por el aire, se alzaron por la campana de la chimenea hacia el agujero del techo. Después, la mujer echó unas patatas dentro de un pote de hierro renegrido.

—Hola, Angustias.

—Hola —contestó ella.

Era una mujer morena. De pelo tan negro como la aceituna negra, tirando desde las sienas y roscado en un moño sobre la nuca. La cara delgada, ojos pardos, nariz corta y fina, boca ancha y colorada. La piel cálida como el trigo candéal.

—Deja un momento, sujeta al niño.

Joaquín descargó el haz junto a la lumbre baja. Era un hombre de treinta y tantos años. Flaco y de hombros descarnados; de estatura regular.

Se sentó en el poyete.

—Joaquín —dijo ella puesta en pie.

—¿Qué? —contestó éste mirándola.

Angustias era más bien baja, vestía una bata oscura, larga. «Como la de los santos», se dijo Joaquín. Miró a las piernas delgadas y derechas, a las alpargatas sucias de su mujer.

—¿Qué? —volvió a preguntar abstraído.

—Coge al niño un momento.

El hombre cogió al niño entre sus manos grandes. Le sentó sobre las rodillas, y le acarició la cara torpemente al tiempo que le hacía muecas con los ojos y la lengua. El niño olía a madre, a leche tibia.

Ella sacó los pechos, que se le desparramaron, duros de leche y blandos de carne, sobre la bata negra. Tomó la mujer al niño, lo puso sobre el regazo, y el pequeño se colgó con ansia

del pecho dando profundos sorbetes.

Joaquín miró a la madre para luego correr la mirada por las paredes caleadas de la habitación que Angustias pintara cuando la fiesta. «Se da buena maña para pintar», se dijo. Sus ojos siguieron el dibujo azul del plato de la Cartuja que adornaba uno de los paramentos. «Lo compramos cuando fuimos a Granada, cuando casamos la Angustias y yo.» El ribete estaba desportillado. «Costó diez duros.»

La cocina era grande, tenía las paredes manchadas por el humo que suelta la jara al arder. Del techo colgaban las ristras de pimientos puestos a secar. Por la ventana y la puerta abierta se veía la calle. Al fondo de la cocina se abrían dos huecos sin puerta que daban a las habitaciones de dentro, y al corral donde cantaban dos gallinas. En los días de hambre Joaquín había pensado en matarlas, pero ella, Angustias, dijo que no, que los huevos eran para la hija, que el médico había dicho que comiera huevos.

—¿Crees que este calor durará mucho? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! A lo mejor llueve, falta hace. Aunque, la verdad, no sé qué nos va a ti ni a mí el que llueva o no llueva.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, mirándose. Más enseguida habló Angustias.

—Toma unas aceitunas y un poco de pan, traerás hambre —dijo mientras apretaba al pequeño contra el pecho.

—¿Y la abuela? —preguntó Joaquín.

—Allí dentro estará —indicó con la mirada a las habitaciones de dentro—. Abuela, ya está Joaquín —gritó.

—¿Ya está? —preguntó una voz de mujer desde lo hondo de la oscuridad.

—Ya estoy —gritó Joaquín, la mirada vertida hacia las llamas, como vaciando todos sus pensamientos en el crepitar del fuego, en la fascinación de las llamas. Oía a la mujer vieja arrastrando los pies.

—¿Crees que durará mucho ese trabajo? —preguntó la abuela.

—Mucho —contestó Joaquín—; mucho —repitió.

—Estás preocupao, ¿verdá? Ese trabajo...

Angustias separó la cara suya de la cara del niño.

—Preocupao, preocupao... Preocuparse no sirve de nada —contestó Joaquín.

«El capataz dijo que llegaba tarde, que ya no había nada. Pero que si lo hacía más barato de tres duros para mí era el trabajo. Eso me dijo el muy cerdo, el hijo de perra. ¡Maldita sea esta tierra podrida!»

—¿Durará mucho ese trabajo? —insistió Angustias repitiendo las mismas palabras de su madre—. ¿Crees que tendrás para todo el verano?

—¿Para el verano? —replicó Joaquín—. Si tuviera para hoy y mañana ya estaría contento.

«El muy cerdo, el hijo perra, mira que decirme si lo hacía más barato... ¡Maldita sea su estampa!»

—He vendido la leña que trajiste ayer; al cabo se la vendí, me dio dos duros.

Los pasos de la abuela se arrastraban por la cocina, iba a sentarse junto a la lumbre. Doblada, mirando mamar al nieto, parecía un montón de trapos viejos. Sólo los ojillos brillaban.

—Bueno, algo es algo, no hay que apurarse. Dios aprieta pero no ahoga —insistió de nuevo la mujer vieja—. Hay que tener paciencia, hijos.

—Ya estoy harto de tener paciencia, madre —contestó Joaquín.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín, que tenía la mirada perdida entre las rendijas del fuego, se llevó las manos a la cara y se tentó la barba.

—Nada, que ya he vuelto.

—¿Y qué? ¿Te lo dieron?

—No, no me lo dieron.

«Su cochina cara, se la debía de haber partido...»

—¿Por qué? —musitó Angustias con media voz.

—No lo sé. No me lo dieron, querían que lo hiciera más barato.

—Nos hacía falta —dijo Angustias como reprochándole.

—No —gritó Joaquín—. No. Muchos hombres habían ido a lo mismo y ninguno lo quiso hacer, me miraban como esperando que yo hiciera lo mismo, que me negara. ¿Por qué preguntas eso? ¿Por qué iba a ser yo? Yo no valgo para eso, ningún hombre valdría.

—Nos hacía falta —murmuró Angustias.

—Ya sé. —Joaquín miró para el suelo.

—Tienes mala cara —dijo la mujer.

—Peor los hígados.

—Lo de siempre —dijo la abuela—, lo de siempre.

—No te necesito, dijo el capataz —comenzó a contar Joaquín—. Los hombres decían que el amo del Villar es bueno, pero que anda siempre por Granada sin preocuparse de nada. El capataz contrató a dos muchachos. Los muchachos estaban allí y el capataz les preguntó qué querían. Dijeron que trabajo. Luego el mamón se reía; dijo, dijo, ya veis cómo hay gente a la que no se le arruga el ombligo, gente que quiere trabajar... ¡Decir eso! Yo y los demás nos marchamos por no acogerle. Cuando me encontré de vuelta pensé en volver y decir que sí, que por tres duros lo haría. Pero me pareció que se reiría de mí y entonces se me pondría mala sangre. Me vine para acá como muy cansao, como si tuviera piedras en las piernas. Cuando llegué a lo alto andaba como lelo; me dije: «Joaquín, un hombre se tira peñas abajo y se acaba».

Angustias miró para Joaquín. Recordaba la voz esperanzada y alegre que a veces tenía. Ese grito suyo, distinto a todos los gritos, con el que azuzaba a las bestias. La alegría de Joaquín cuando ordeñaba los olivos.

—Toma unas patatas cocías —dijo la abuela—; tendrás hambre.

—No quiero nada. ¿Dónde está Angus? —preguntó Joaquín.

—Está a llevar agua a casa de Don Ramón.

Joaquín calló, todos callaron, un silencio hondo llenaba la casa. La madre cambió al hijo al otro pecho.

—Anda, anda, tragón —dijo con una sonrisa—; no chupes tan fuerte, que te vas a atorar.

Ahora que llegaba el cansancio Joaquín pensaba en el viento que movía los árboles del monte. Era un viento duro y demasiado cálido. Parado delante de la ventana se imaginaba trabajando los campos pequeños de junto al río. Oía su propia voz gritando a las bestias, llamándolas por su nombre. Las caballerías, con la cabeza gacha, llevaban el rejo por derecho. Veía hincarse el arado, el hierro escupiendo la tierra, formando surcos igualmente derechos. Sus ojos no se apartaban del rejo.

—Hace falta que llueva, la tierra tiene grietas, se rompe— dijo en voz alta.

Y veía caer la lluvia parado como estaba delante de la ventana.

La niña alzó la cántara para ponerla bajo el caño de la fuente. Luego se sentó en el borde de piedra y balanceó las piernas. Se puso a escuchar el ruido que hacía el agua al chocar contra las paredes del cántaro, que eran de barro oscuro. Al otro lado de la fuente un perro pastor, con collar de púas, lamía el agua de una charca.

—¡Ven! —dijo la niña al perro—. ¡Ven!

El perro levantó la cabeza para mirar a la pequeña, meneó la cola y de nuevo hundió el hocico en el charco.

—¡Ven, te digo!

El animal dio vuelta a la fuente y achuchó con su hocico frío a las piernas de la niña. Ésta alegró los ojos y la boca al tiempo que hundía sus pies descalzos entre el suave pelaje del bicho.

—¡Estate quieto, perro! Me haces risa en los pies. Que me vas a pinchar con la collara...

La pequeña se puso en pie; era menuda. Tenía unos ojos grandes y tristes que le comían la cara. Renegrída, de pocas

carnes, con piernas tan delgadillas que las cañas parecían estar a flor de piel. El pelo le caía sobre los hombros.

Vestía la niña una bata amarilla llena de corcusidos. Parecía no pertenecerle, pues su cuerpo, chico y desmedrado, bailaba dentro de aquella especie de saco.

—¡Fuera, chucho! ¡Fuera! Que me vas a pinchar con tus pinchos, pincha a los lobos...

El perro ladraba de contento y luego salió corriendo tras unas ovejas.

Cuando se fue el animal, la niña quedó mirando para una avispa que revoloteaba en torno a la charca. Siguió su vuelo con la mirada. «Tiene la tripa amarilla, como mi vestido. Pero si pica lo pasas mal, lo mejor es poner barro donde pica, no se hincha.»

Pero enseguida se olvidó de la avispa. Se puso a cantar una canción que le gustaba mucho; se la había oído a su madre.

*Desde Chullo al Alquife
van las serranas
cruzando la sierra
muy de mañana.*

«Ahora, cuando llene la cántara, me iré para casa — pensaba—. Mi primo Francisquín dijo que fuéramos al río, pero mi primo es tonto. Sólo sabe jugar a tirar piedras y a robar en el huerto de Don Ramón. El cura dice que mi primo es un demonio y que irá al infierno, dice que aunque se tenga hambre no hay que robar nada. Mamá y yo fuimos un día a coger tomates de una huerta. Yo no quiero ir al infierno, a mí me gustan los tomates, a lo mejor me dan tomates por llevar el agua, el ama tiene muchos tomates.»

—¿Has llenao ya, Angus?

La niña cortó sus pensamientos para mirar a la mujer que llenaba la cántara al otro lado de la fuente.

—Sí, tía Eulogia.

—¿Cuántos años tienes, Angus?

—Siete, tía Eulogia.

—¡Jesús, cómo pasa el tiempo! —exclamó la mujer—. Cada día te pareces más a tu madre.

El agua rebosaba en la cántara de Angus. La niña, con cara seria, agarró el asa con las dos manos y con gran esfuerzo puso la cántara en el borde de la fuente.

—Me voy —dijo.

Se puso la cántara en la cintura. Echó a andar, parecía que iba a quebrarse como una espiga de trigo cuando sopla el viento de la sierra. Sus piernas se arquearon, pero, paso a paso, la pequeña tomó la calle que iba para la casa del amo. La tía Eulogia miró para el andar de Angus.

—Mismamente parece una mujer —dijo en voz alta.

La chiquilla llegó junto a la puerta del caserón y volcó el agua de la cántara en el aljibe de junto a la entrada. Luego pasó al corral donde un cerdo gruñía hozando entre unos montones de desperdicios.

—¡Quita allá! —gritó.

—Has tardao mucho —dijo una voz de mujer desde la cocina.

«Es la guardesa, la mujer del señor Lucas; cuida la casa del amo. A lo mejor me da hoy tomates, a lo mejor sólo me da el pan.»

—Había gente —contestó.

—¿Has acabao ya de traer el agua?

—Sí, señora.

—¿Cuánta trajiste?

—Cinco cántaras.

Angus tenía la mirada clavada en el rincón donde estaban las banastas de tomates, en la roja redondez del fruto. «Si me diera tomates, madre haría ensalada con aceitunas. Se pondría contenta madre.»

—Hija —dijo la mujer dirigiéndose a la niña—, toma tu pan y vete para casa. Mañana vienes antes; sin agua no puedo hacer

nada.

Angus cogió el pan con las dos manos y se quedó quieta, sin decir palabra. Miraba para la cara de la guardesa.

—¿Qué quieres? —preguntó ésta—. ¿No tienes ya el pan?

—Sí.

—¿Entonces qué quieres? Vete para tu casa.

—¿Me da usted un tomate? —pidió la niña.

—¿Un tomate? —inquirió la mujer extrañada por la petición de la niña.

—Sí.

—¿Te gustan?

—Los tomates son muy ricos. A mí y a mi mamá nos gustan mucho.

—Anda, coge unos pocos.

La guardesa volvió a sus trabajos aunque observando a la niña mientras ésta cogió los tomates de la banasta.

—¡Qué cosas, Dios mío, qué cosas!

Angus se recogió la falda para echar en ella el pan y los tomates. Se quedó con uno en la mano y, ya por la calle, le dio un mordisco. Masticaba despacio, pues un tomate, ella lo sabía, era cosa demasiado buena para comerlo de prisa.

La madre estaba en el corral con el pequeño. La abuela, sentada junto al fuego, roía lentamente un trozo de pan. El pequeño lloraba.

La niña sacó los tomates de la falda y se los dio a su madre de esa manera que sólo ellos, los niños, saben hacerlo.

Angustias los tomó de la mano de su hija, los puso en la alacena junto a unos pimientos.

—¡Dios mío! —dijo la madre—. Ya lo gana como una mujer.

Había pasado el tiempo de vendimia y las vides sin frutos quedaron igual que quedan las mujeres preñadas después del parto. La vendimia se notaba en Tero porque hasta los perros engordaban dándose atracones de uva. Después, era otra vuelta a lo mismo. Tras pisar las uvas, y ganar algún jornal, los

hombres volvían a esperar en la plaza a que las aceitunas verdieran y ya fuera su tiempo.

El poco dinero que habían ganado los jornaleros se iba tras la comida de todos los días como el humo en fiesta de pólvora.

Por aquellos días los campesinos, con algún dinero en el bolsillo, pensaban en echar cabras al monte, o en criar algún cerdo de engorde que les permitiera hacer frente al invierno.

Joaquín y su mujer habían trabajado con ahínco durante la vendimia, hasta quince y dieciséis horas habían trabajado. La abuela cuidaba del niño y Angus llevaba agua a las cuadrillas y a la casa del amo. Joaquín había ahorrado un poco de dinero. Durante todo el tiempo había vivido en la esperanza de que el amo, viendo cómo él sabía trabajar, le diera en arriendo las tierras de baldío de junto al Guadahortuna. Incluso tenía medio apalabrada una mula extremeña con un vecino rico de otro pueblo del valle. Había comprado grano de siembra y simiente de cebolla y tomate. Las tierras de junto al monte también eran buenas, no había más que quemar la jara y arrancar las piedras. El grano lo tenía escondido pues temía que, en cuanto se terminara el dinero para comprar comida, la mujer y la abuela machacaran la simiente para sacar harina y hacer puches y tortas.

Joaquín andaba junto al río, por la tierra que él sabía era buena, pensando en la posibilidad de que el amo le diera el arriendo. Don Ramón siempre había dicho no a todos los braceros que habían pedido tierras. Por otra parte, el amo no quería saber nada de jornales fijos ni de poner nuevos campos en cultivo.

«Ha echao doscientas ovejas más; con los mismos jornales gana más, ha dicho el Lucas —pensó Joaquín—; ¿pero quién sabe?»

—Puede que me las dé a mí, puede que a mí, sí —dijo en voz alta.

Aún tenía esperanzas, creía que algo bueno le tenía que suceder irremisiblemente, pero no sabía por qué.

Había llovido el día anterior, el olor de los campos mojados llenaba el aire. Las tierras sin cultivo estaban llenas de hierba fresca y jugosa.

«Las ovejas se la comerán bien, igual que los chicos se comen los rosquillos.»

—Si el amo me dejara las tierras y una caballería yo aquí podría vivir —volvió a hablar en voz alta.

«Plantaría en la loma trigo y cebada; también haría un poco de huerta. A lo mejor, seguro, cogeré muchas fanegas. Seguro. —Se agachó para coger un montoncito de tierra—. Seguro que esta tierra da lo menos doce por uno.»

Volvió a la plaza para sentarse en el banco de piedra. Aún llevaba tierra de junto al río entre la mano apretada. Habló con los otros hombres.

—Un cigarro, tío Emilico.

—Se agradece. Hay veces que un hombre puede pasar mejor sin la comida que sin el tabaco. Además, el tabaco quita el hambre.

—A quien le quite —dijo un hombre.

—¿Cómo va el chico, Joaquín? —preguntó otro.

—Algo más gordo anda, engordó con la uva. Machacá le gusta mucho. Ha dao un crecío, se ha puesto como una vara.

—¿Y qué hay de nuevo?

—¿Qué va a ver? Lo de siempre.

—Van a echar ovejas.

—Eso dijo Lucas.

—El ganao no es bueno para nosotros, el ganao no da jornales.

El sol se arrastraba sobre la plaza. Algunas mujerucas iban y venían de la fuente. Los gallos cantaban y la cigüeña estaba tiesa como un garrote, apoyada en una pata sobre la torre de la iglesia.

Los tres mozos del pueblo hablaban de mujeres, los más viejos fumaban en silencio. Uno de los mozos canturreaba una serrana por lo bajo.

*A una serrana yo vi
junto a la orilla del río;
estaba lavando ropa
y no tenía marío.*

—Yo te digo que en Granada hay donde ganarlo.

—Conozco a uno que trabaja en una fábrica de anises; tiene moto.

—Yo no tengo a los hijos y en parte me alegro —dijo otro hombre—. Pero cuando la Andrea se me case no tendré a nadie, nos quedaremos solos la mujer y yo. Ya tiene quince años la Andrea, es una moza, tiene la edad. Yo me casé cuando la Petra tenía catorce cumplidos. Ha sido buena mujer para mí —añadió el hombre. Se llamaba Juanico—. Ella es buena y dice cuando yo me quejo, Dios a lo mejor lo quiere así, que seamos pobres.

A Joaquín se le escaparon las palabras. Como arrastrándose desde muy adentro, haciéndole daño en el pecho, le salió la voz.

—Dicen que todos los hombres somos iguales, yo digo que es verdad, que todos nacen lo mismo, pero luego no es verdad; hay quien quiere trabajar y no trabaja, y hay quien no quiere y otros le sacan las castañas del fuego.

—Sí —dijo otro hombre, le llamaban el «Mellao» pues le faltaban la mayor parte de los huesos de la boca—. Así estamos sin carne entre el cuero y el hueso. Ojalá que hiciera Dios que el amo no dejara la tierra para pasto, que no echara cabras ni ovejas, que plantara trigo y cebá. Ojalá que lo hiciera.

No dijo más el «Mellao» y quedó en silencio, fumando. Ni cuando tenía hambre o frío, el «Mellao», había dicho tantas palabras seguidas. Nunca decía nada, esperaba. Era viejo y llevaba mucho tiempo esperando. Una vez había oído hablar de un reparto de tierras entre los campesinos pobres, pero eso era demasiado bueno para que pudiera ser cierto. «De todas maneras fue bonito, tenían buena voluntad para nosotros.»

Luego añadía: «Uno vivía ilusionao. Después, todo se lo llevó el demonio».

—Yo creo que esta tierra la hacen mala los hombres. Tienen tierras y no viven en ellas, las tienen en barbecho porque el campo no pide pan como las criaturas. Toda la vida he trabajado y toda la vida ando maldiciendo esta puta tierra — comentó el tío Emilico.

El campesino que se llamaba Juanico continuaba hablando, estuvo hablando todo el tiempo que los otros hablaron, como si no le importaran que lo escuchasen.

—... ella es buena y dice que a lo mejor Dios lo quiere así. No sé por qué Dios quiere que estemos así, él lo sabrá; la mujer siempre ha ido a misa y ayuda al cura a limpiar los santos. Barre la iglesia. Yo llevo a hombros a la Virgen cuando la fiesta, le pido que se acuerde de nosotros, de la mujer, de la Andrea, de los hijos que tengo fuera. Pero dicen que Dios mira a todos los hombres por igual y que a cada uno le da lo suyo, y así será.

Calló Juanico y los hombres se resguardaron del sol bajo la sombra cuadrada del balcón del Ayuntamiento. Un hombre arreaba a dos mulos hacia el abrevadero de la fuente.

—Buenas mulas.

—Buenas, son de la Cartuja, sevillanas.

—No hay ganao como ése en el mundo.

—No, no hay.

—Ese Leoncio sí que tiene suerte, tiene trabajo tó el año. Cuida de las bestias —dijo uno de los mozos señalando al hombre que arreaba a las mulas.

—Ahí viene el Lucas.

Los hombres se pusieron en pie y salieron al centro de la plaza. Un aire calentucho rastreaba la explanada y hacía montoncitos de polvo.

—Hoy no hay ná —dijo el recién llegado. Vestía pantalones de pana, sombrero de paja y botos serranos. Montaba una yegua cuatreña, fina de remos; de buena estampa y andadura.

—¿Nada, Lucas?

—Nada —contestó éste.

—¿Y mañana?

—A lo mejor.

Joaquín cruzó por delante del grupo de hombres, acarició el lomo ancho de la yegua, habló para Lucas.

—Lucas, podrías decir al amo que me arriende alguna tierra. Necesito el trabajo, la tierra, no sabes cuánto.

—No quiere labrar, eso dijo; quiere echar ovejas al pasto.

Joaquín dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Los demás hombres, un poco atrás, escuchaban.

—Mira, Lucas, no me has dao trabajo desde las uvas; todos los días voy por leña para vender, pero no hay nadie que la compre, la tengo amontonada en el corral. ¿Entiendes? Te juro que necesito esa tierra ahora mismo, el andar mano sobre mano no es para un hombre como yo.

La yegua hizo un extraño y Lucas la apaciguó con un grito.

—¡Soo! ¡Quieta!

Luego se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Sudaba.

—Yo no puedo hacer nada, Joaquín. Nada, te digo. Cuando tenga algún trabajo te avisaré. Don Ramón quiere echar ovejas y yo le alabo el gusto.

—¿Y qué sabe don Ramón de eso? Siempre anda por Granada, nunca viene aquí.

—Es el amo —dijo Lucas.

Todo quedó en silencio. Los gallos callaron y podía oírse el soplo del aire.

—¿Y nosotros? —gritó el tío Emilico.

Lucas lo echó a broma. Reía.

—Iros con los mozos para la ciudad, allí dicen que hay trabajo.

—Mira, Lucas —insistió Joaquín—. Ya he compraó el grano de siembra, sólo falta la tierra. ¿Comprendes? La tierra. Si el amo quiere, que no me dé la del río, otra me dé, la que sea. Yo pongo todo, el grano, el trabajo. Él, sólo la tierra; dile que a medias. Necesito la tierra, Lucas, la necesito.

—¿Por qué no echas cabras? Hay pasto en el monte, ha caído agua.

—Yo soy formal, pagaré. —Joaquín miró para los ojos del hombre, que hurtó su mirada—. No tengo dinero para cabras y tú lo sabes. No hay trabajo, nadie quiere dar jornales, ningún amo quiere. Yo soy trabajador; pagaré. Mi mujer me echará una mano, ella no se arruga, desde pequeña tiene costumbre. Don Ramón tiene muchas tierras y debe hacer un arreglo para que no pasemos hambre yo y mi familia. La mujer me pide dinero, y la chica y la abuela quieren comer. Aunque les diga que no tengo, es igual; me piden, Lucas. Me piden.

Los gallos comenzaron de nuevo a gritar y los hombres se miraron unos a otros.

—Habrà que irse —dijo un mozo—. Habrà que irse y que el amo busque hombres para la aceituna.

—Yo podría trabajar de la mañana a la noche —insistió Joaquín en su petición.

—No puede ser. Te dije que echa cabras. Don Ramón no quiere saber nada de arriendos. Luego no pagáis —dice—, os buscáis las mañas, que si los impuestos, que si ha sido mal año... Y Lucas espoleó la jaca hacia el abrevadero.

Pensando en su mujer se dirigió para la casa. Se decía que ella, que Angustias, sería capaz de comprenderle; él era un hombre de campo y eso es lo que pedía que los demás viesan en él.

Joaquín atravesó el zaguán, la abuela estaba sentada cerca del fuego; parecía una raíz de olivo.

—¿Me traes algo? —preguntó Angus a su padre.

«No, no trae nada —pensó la abuela—. Hasta mañana no me toca ir a casa del cabo para hacer queso. Mañana me darán leche y un poco de dinero».

La abuela no salía a trabajar el campo. Sólo, cuando las aceitunas, gustaba de ir bajo los olivos para mirar a los vareadores y escuchar las mismas canciones que se entonaban

cuando ella era moza. Pasaba el día trajinando por la casa, cuidando de los niños y de las dos gallinas. Pero más que otra cosa pasaba el tiempo junto a la lumbre, pues el calor se le metía dentro de los huesos y le quitaba el frío que siempre sentía. A veces, aunque ya veía poco, gustaba de zurcir calcetines junto a la puerta de la casa. Ella y otras mujeres de su edad se reunían para hablar de los tiempos pasados y cortar algún traje a quien se terciara.

A Joaquín le ardía la frente como si todo el implacable sol de Tero se hubiese metido dentro de su cabeza. Había olvidado que en la cocina estaban las mujeres y la niña; le crecía una protesta. Habló en voz alta, repitiendo las mismas palabras que dijera uno de los hombres cuando, en la plaza, el Lucas dijo que el amo no daba tierras en arriendo.

—¿Y nosotros, qué?

Angustias le miró a la cara como leyéndole el pensamiento, ella aguardaba. Joaquín empezó a hablar de prisa, atropelladamente.

—¿Dime? ¿Tiene un hombre que pasar por esto? ¿Tiene que agachar la cabeza? Vamos, ¡contesta! —gritó a su mujer.

—¿Qué quieres que hagamos? Tú eres el hombre —respondió ella.

—Tú y tu madre me echáis la culpa, lo sé. Me miráis como si tuviera la culpa. Yo no puedo encontrar trabajo. ¿Soy un holgazán? ¿Acaso no voy por leña cuando no hay otra cosa que hacer? Di, ¿no voy? No puedo plantar nada, no tenemos tierra ni pa morirnos; no quieren dármela. El Lucas dice que no, que el amo echa ovejas. No podemos hacer nada —dijo Joaquín como reventando.

Ella le miró de frente. Llevaba, como siempre, al pequeño en brazos. Angus, la hija, en silencio, miraba a sus padres con los ojos muy abiertos, como si fuera a llorar.

—Podríamos irnos a Los Llanos. Ya sabes lo que dice mi primo Antonio en la carta; dice que hay trabajo, tendremos para comer. ¿No querrás estar aquí comiéndote la sangre?

A la abuela le dolía el ver cómo peleaban los hijos.

«Siempre es así —pensaba—. El amor y la pobreza no hacen buenas migas, donde no hay harina todo se vuelve mohína, dicen en Castilla.» Luego, ya en voz alta, comentó:

—No peleéis, hijos, no peleéis. No tenéis la culpa ninguno; pasa lo que siempre pasó por estas tierras. «Dolores, me decía mi padre, así son las cosas. No trabajan y pa ellos es el comer pan bueno, el aceite, el vino y la carne; pa los demás el comer migas y gazpachos.»

Estiró los brazos, después añadió:

—Angustias me ha leído la carta del marido de mí sobrina Lucía. Si me quieres escuchar, Joaquín, digo que lo mejor que podéis hacer es el marcharos de aquí. Una familia no puede pasar hambre aguardando tiempos mejores, no puede estar aguardando a que al amo o al capataz se le antoje dar trabajo.

—No, no puede —dijo Joaquín.

—Debes preocuparte ahora; es buena ocasión dice el primo Antonio —terció Angustias.

—¿Y la abuela qué hará?

—Por mí no hay que preocuparse, iré a casa de Juana. Yo como poco, casi no hago gasto.

—Escribe al primo —insistió Angustias.

—Ya veremos —replicó Joaquín.

Volvió su cara hacia la puerta. Se oían los gritos de los chiquillos y la voz de las campanas de la iglesia.

—Creo que nos quieres a todos, a los niños y a mí. No querrás que sigamos así. El niño está delgadito, mismamente en los huesos, da un dolor el verle. Si no le damos medicinas se me morirá, estoy segura.

—Podíamos esperar un poco. A lo mejor después de la aceituna el amo me da el arriendo. Me duele el dejar esto no sabéis cuánto, no sabéis os digo.

Angustias no pudo contestar, miró para la cara de su marido sintiendo toda la tristeza de las palabras, el amargor oculto tras ellas. No podía decirle nada, no podía, le dolía el corazón y

pronto le iban a caer lágrimas. Le hubiera gustado decirle que sí, que esperarían a las aceitunas. Pero sería inútil el esperar — se dijo—. Pasaría el tiempo y todo seguiría igual, simplemente un aplazamiento. Y porque lo pensaba así no se sintió con ánimo de decir nada en apoyo de su marido. Salió al corral dejando al hombre con la palabra en la boca.

Joaquín se sentía descontento, rabioso. Cada vez que levantaba la cabeza se encontraba con los ojos de la niña y de la abuela clavados en él, como esperando una decisión. Tenía ganas de gritar, de buscar pelea con alguien. Miró con rabia a la mujer vieja; gritó:

—¡No me mire así! Déme algo de comer y no ande embobá.

Angustias volvió del corral, traía un plato de patatas cocidas. Se oía llorar al niño en la alcoba de adentro.

—¡Calla al niño! —gritó Joaquín—. ¡Maldita sea! Date prisa en callarle. Uno no puede estar ni en su casa...

Quedaron en silencio. Mientras el hombre comía, las mujeres y la niña se fueron para el corral.

—Me voy —dijo Joaquín al terminar la comida, mas nadie contestó; sólo la hija salió para darle un beso.

Echó a andar hacia la salida del pueblo. Ya en el campo se tumbó en el suelo. Tripa abajo, con el sexo pegado a la tierra como si la quisiera poseer. Ante él se alineaban, rígidos como soldados, los olivos polvorientos, centenarios. Por la carretera, entre la nube que levantaban los cascós, llegaba a Tero una reata de mulos.

Seguía tripa abajo, pensando en cuando la sierra se vestía de blanco y soplabá el viento castellano, frío y cortante. Y cuando, en la primavera, los pájaros que venían de África cruzaban Sierra Harana hacia las tierras de pan. Por todos aquellos parajes, cuando niño, había robado fruta y olivas. Y cuando hombre, los había hambreado en busca del pan de cada día.

El sol se escondía por Córdoba, ya sólo quedaba un semicírculo bermellón sobre los montes del oeste que cerraban el valle. Un aguilucho remontaba los picos y, a veces, parecía

quedarse quieto en el aire de tan majestuoso que era su vuelo. Poco a poco iba cayendo la tarde desde las cumbres, las sombras corrían ladera abajo hacia los llanos del valle. Por fin, el ojo colorado dejó de mirar hacia Tero. La hora mágica del atardecer dejaba paso a una luna en creciente. Y los árboles del bosque, llenos de pájaros dormidos, empezaron a susurrar.

Joaquín se levantó para lentamente regresar al pueblo. Al llegar al puente se detuvo junto al pretil para lanzar piedras al río. Se miró en el reflejo del agua, en los círculos donde se ensanchaba su cara. «Dicen que el chico se parece a mí, Angus a su madre.» Y de pronto, como si los ojos de los niños se clavaran en él, sintió vergüenza de su cara, de su huida ante las cosas. Retiró la mirada del río.

—Sea como sea, tengo que irme —dijo en voz alta.

Le rebotaban las palabras, las explicaciones. La idea de marchar, la inutilidad de seguir allí, en Tero, pasó por su mente por centésima vez en el día. Agitaba los brazos, gesticulaba como si hubiera alguien escuchándole. «Seré otro. Iré donde el primo, donde sea, Angustias, donde sea.»

De nuevo miró la piel del río, echó a andar. Pasó la mirada por la Plaza del Caudillo, por el ayuntamiento y por la iglesia. Desde la taberna llegaba el canto trágico de una guitarra. Una tristeza le corrió por la sangre.

—Buenas noches, Joaquín —dijo una voz de mujer desde dentro de la oscuridad.

—Buenas —contestó.

Empezó a andar con pasos largos, como huyendo de la música y de los mil murmullos que se alzaban en la noche de Tero, como deseando huir de aquel pueblo que ahora, de pronto, le parecía triste, sucio y miserable.

La gente les estrechó la mano. Más de medio pueblo se había congregado en la plaza, se notaba ese aire tristón de todas las despedidas. En el cielo aún pintaban las estrellas.

—¿Quieres un trago de aguardiente? Entona el cuerpo por

las mañanas —ofreció un vecino de Joaquín.

—Echa un pito —otro alargó la petaca.

—Abuela, ¿y usted qué hará? —preguntó alguien.

—Ya me las apañaré, no se tienen que preocupar por mí. Una ya es vieja y le queda poco por vivir. De todas las maneras, antes de cerrar los ojos me gustaría ver a los hijos con trabajo bueno.

—No diga eso, ya mandaremos por usted —dijo Joaquín.

—¡Hala, hala, que se hace tarde! —terció el tío Emilico mirando para el reloj de la torre.

Angustias, con el pequeño en brazos, montó en el burro. Joaquín cogió a su hija de la mano. Echaron a andar.

—Ten cuidao con el dinero, lo llevas cosido a la blusa, por dentro. Ya sabes cómo son en la ciudá —gritó la abuela.

El tío Emilico andaba junto al burro. Joaquín iba tras él, sin decir palabra alguna. Escuchaba el ruido que hacía el aire. La brisa y el susurro de los árboles le acariciaban la cara, le hacían olvidar su exilio.

Hacia rato que habían traspuesto el alto. El sol nacía otra vez. Joaquín tendió la mirada hacia las paralelas de hierro del ferrocarril; brillaban oscuramente.

—A la vuelta cargaré el burro con retama —dijo Emilico.

Angustias sentía una pena muy honda dentro del pecho, se apretó más contra el niño que, indiferente a las tragedias de los hombres, dormía profundamente.

—Duerme, duerme —murmuró.

Los viajeros se sentaron en el banco de piedra del apeadero del Villar. Era un cobertizo caleado, rodeado por altas chumberas, donde sólo se detenía el tren correo. No se veía un alma.

El tren corría por la llanada traqueando con un chirrido monótono. Los campos planos pasaban lentamente ante la mirada de los viajeros. La soledad esteparia del campo de Calatrava, tierra desnuda, sólo manchada a retazos por la veste verde de algún viñedo. Tierra, sólo tierra cuarteada, tierra amarilla, parda. Tierra dura, tierra prieta. Campos sin sombras

que se estiran leguas y leguas sin una sola ondulación. Alguna casucha de adobe, o un hombre montado a mujeriegas sobre un burro, podían verse de cuando en cuando. Soplaban el viento del sur, cálido y pegajoso. Por el cielo cruzaba un rebaño de nubes blancas.

Entraba en el vagón el vapor de la locomotora y el olor de la carbonilla. Los viajeros de tercera clase descansaban sentados en los asientos de tabla.

Angustias, con el pequeño acostado en el regazo, tenía la cabeza doblada sobre el pecho de su marido. Junto a Joaquín, sentada a su derecha, la niña dormitaba. En el banco de enfrente iban cinco hombres. Dos de ellos, a lo que parecía por lo que hablaban, eran primos. Se les notaba facha de campesinos, pues aunque vestían ropas de ciudad y calaban sombreros de fieltro, sus caras negras y sus manos grandes, de torpes movimientos, denunciaban a la legua su condición de ganapanes. Los otros tres viajeros tenían otro aire, uno de ellos leía un periódico; el otro entretenía su aburrimiento fumando un cigarrillo de hebra; el tercero dormía.

Una mujer, flaca como una espingarda, cuarentona, con el rojo de los labios desteñido por entre las comisuras, estaba apoyada en la ventanilla del pasillo mirando hacia los campos.

Al rato se detuvo el tren. Unos niños voceaban cerveza y gaseosa. Llevaban las botellas dentro de un cubo, y un vaso y un trapo en la mano. Con agilidad, y como a escondidas, limpiaban rápidamente el vaso cada vez que un viajero, que no quería beber a morro, terminaba de beberse el vaso y medio que contenía la botella. Otros niños voceaban café con leche y tortas de aceite.

Angustias levantó la cabeza.

—¿Por qué no compras una torta a la niña?

—Bueno —replicó Joaquín.

—Si bajas, sube pronto. No sea que pierdas el tren.

En la cantina bebió un vaso de vino y compró dos tortas. Volvió junto al tren. Joaquín se puso a contemplar el brillo cár-

deno de las vías. Unos empleados de ferrocarriles, con las manos y las caras manchadas de grasa, desenganchaban un vagón de mercancías que luego empujaron hasta un apartadero. En el andén de Almería se alineaban unos bocoyes. Junto a las vías muertas se alzaban pirámides de carbón menudo y pilas de briquetas.

Por el andén principal circulaban gentes que habrían ido a la estación para ver pasar trenes o a vender sus mercancías. También se paseaba la pareja de servicio de la Guardia Civil. Un hombre pregonaba el diario *Lanza*.

La locomotora seguía lanzando bolas de humo a ras del andén. Joaquín subió al vagón y dio los bollos a la niña. Ésta los mordisqueó golosamente. Chupaba el papel adherido al reverso de las tortas; comía silenciosamente. La madre la miraba con cara aburrida, luego sacó sus pechos y puso a mamar al pequeño.

Se dirigió a la niña señalando a la torta que ésta comía.

—Déjame que la cate, debe de estar muy rica.

La niña puso la torta en la boca de su madre. Angustias dio un pequeño mordisco.

—Está buena —dijo.

Los viajeros ya se habían acomodado en sus asientos cuando el tren se puso en marcha. Dio una brusca sacudida y chocaron los topes. Los que iban en pie se tambalearon. Poco a poco el tren fue aumentando velocidad. Acodado en la ventanilla, Joaquín contemplaba cómo se hacían pequeñas las casas del lugarón manchego.

El sol calentaba menos y ya sólo era una línea rojiza que se curvaba allá donde se confundían la tierra y el cielo.

Los dos primos hablaban con el hombre que leía el periódico.

—¿Cree usted que habrá trabajo? —preguntaban.

—Hombre..., no sé.

—Es que nos hace mucha falta.

—Mal andáis ustedes —replicó el hombre del periódico.

—Cómo quiere que andemos —musitó uno de ellos—. Venimos de Martos yo y mi primo. Allí no se puede ganar un jornal.

—¿Y ustedes qué hacéis? —preguntó el del diario al tiempo que sacaba la petaca para ofrecerla a los hombres del departamento. Joaquín, interesado por lo que hablaban, se sentó junto a su mujer.

—Se agradece el cigarro —dijo mientras engomaba el papel.

—Es de Seruya, de Gibraltar, lo venden de contrabando, a tres duros.

Uno de los primos contestó:

—Somos jornaleros y vamos a Barcelona a buscar trabajo. En el pueblo, ya le dije, no hay manera de buscarse el pan. La mocedad anda por el Pirineo en la construcción de una presa.

—Uno de Martos, amigo de éste —intervino el otro primo—, se fue a Barcelona y hoy trabaja en una fábrica de telas.

—En cualquier lao estará mejor que en el pueblo.

—Sí, miren —dijo el del periódico—. Yo también soy andaluz, de la Línea. Trabajé pa los ingleses. Ahora soy minero. ¿Saben? Ya voy pa cinco años en Los Llanos. Ahora es distinto, uno trabaja y aunque se deje el pellejo se gana el jornal todos los días. Antes estaba en boca de mina, de terrenero. Pero ahora le doy al martillo en las galerías del pozo Oeste.

—¿Oiga usted? —preguntó Joaquín—. ¿Qué tal tierra es aquélla?

—Mala y sucia como la madre que la parió. A Los Llanos lo llaman el pueblo de las dos mentiras. Allí pega el sol casi como de Despeñaperros pa abajo. Cuando uno se mete en la mina parece que se le hace de noche, pero cuando uno sale del pozo se va a la taberna de Amelia a beber vino. En Los Llanos todo son pozos y fábricas, habrá lo menos quince mil obreros, gente joven la mayoría. La tierra no es buena, pero yo digo que pa Carlos Zafrilla, así me llamo, la buena tierra es donde el hombre se puede ganar el jornal.

—Así es —contestó el hombre que viajaba a su lado al tiempo que daba una chupada al cigarrillo.

Quedaron todos en silencio, escuchando el caminar del tren. Angustias, porque no llorara, puso al pequeño en el otro pecho. El mamón hundía la cara en la blandura de la carne y daba largos y ruidosos chupetazos. La leche goteaba por el pezón del otro pecho, y un hilillo blanco manchaba el vestido de Angustias.

—No seas ansioso, no te atarantes —dijo.

El minero sonrió a la mujer, después hizo un comentario.

—Da gusto el verlo mamar. Mi chico a la teta le hace «fu» como a los gatos.

—El pobrecito no quiere otra cosa y eso que tiene casi el año. Así me anda de flaco, el médico dice que anda mal para lograrse.

Carlos el de La Línea no dijo nada. Angustias continuó hablando.

—Dice el médico que tengo la leche floja.

Los dos primos volvieron a hablar del trabajo.

—Éste y yo estuvimos en Francia —intervino en la conversación la mujer flaca. Seguía apoyada en la ventanilla, indicando al joven.

—En un sitio que le dicen Marsella y que es una capital de Francia. Me daban cincuenta mil francos al mes, la comida y el alojamiento. Hay mucho español por esas tierras, unos de cuando la guerra, otros de después —comentó el muchacho que viajaba con la mujer flaca.

—¿Cuánto dinero es eso? —preguntó Joaquín.

—Una perra gorda por franco, más o menos.

—Cinco billetes verdes —silbó uno de los primos.

El muchacho hablaba con el otro viajero que aún no había intervenido.

—Mire, yo no sé ni papa de francés. Me cogieron en Porbú junto con otros, nos metieron en un camión y no paramos has-

ta Marsella. Marsella tiene un puerto grandísimo, lleno de barcos, de grúas... Luego fuimos a una finca muy buena. Ordeñaban a las vacas con unos cacharros eléctricos que las ponían en las tetas, esos cacharros parecen manos. El año que viene iremos otra vez.

—Yo les hacía la comida —dijo la mujer que iba con el muchacho—. A mi hermano y a mí nos gustó aquella tierra.

—Pues yo trabajo pa los americanos en Ciudad Real— explicó el hombre que aún no había hablado—. Soy cocinero. Somos cinco hombres pa la bomba del oleoducto de Rota, dos americanos y tres españoles pa servirles, claro. Uno de los americanos es negro, un tío más alto que un pino. Yo me llevo bien con él, mejor que con el blanco. Todas las semanas nos regala un cartón de tabaco rubio, de Palmal. Ya les he cogido el aire. Además de la comida les hago el pan. El pan le hago con harina de flor, mantequilla y leche; es bueno, de alimento, pero no me sabe.

En el departamento de al lado unos marineros tocaban la armónica, otros cantaban coplas de la baja Andalucía. El tren traqueteaba rítmicamente. Los cantares de los marineros se rompían una y diez veces, chocaban las palmas marcando el compás de las malagueñas. Empezaba a oscurecer sobre los campos y se levantó un poco de viento fresco.

—Oye, papá. ¿Cómo es el pueblo donde vamos?

—No sé, hija. Será como Huelma o Baza, sólo que más grande.

El policía de servicio se abrió paso entre la gente que viajaba en el pasillo. Venía pidiendo la documentación.

—¿Dónde van ustedes? —preguntó.

—Mi mujer y yo vamos a Los Llanos —contestó Joaquín.

—Yo soy marinero, trabajo en Los Llanos. ¿Sabe?

—¿Ustedes? —preguntó el policía a los primos.

—A Barcelona.

Cuando se marchó el agente de servicio, la mujer que había estado en Marsella dijo:

—Por ellos parece que no pasan los años; siempre son iguales.

—¿Y allá en Los Llanos hay mucho trabajo? —preguntó Angustias al minero.

—Está difícil para los viejos —contestó éste—. En «La Mienera del Sur» quieren gente joven que dé bien el callo. Si un hombre anda por los cuarenta y tantos, le cuesta Dios y ayuda el que le den tajo. Yo entré hace cinco años, la mina le hace viejo a uno muy pronto. Pero en los terrenos se gana poco, se gana más en lo hondo, de martillero o palero.

—Pues nosotros —dijo uno de los primos, el más flaco—, dejamos a las mujeres en el pueblo y nos echamos a buscar trabajo. Hemos estao a lo que saliera. Trampeando de pueblo en pueblo conseguimos cuartos para el viaje. Ayer ayudamos a cargar un camión y nos dieron ocho duros, compramos comida y tabaco y nos metimos en el tren para Madrid; en la capital pasaremos un día y luego seguiremos.

—¿Van al mismo Barcelona?

—A un pueblo que le dicen Sans.

—Nosotros vamos a Los Llanos —repitió una vez más Joaquín—; una prima de ésta, de Angustias —señaló a su mujer—, está casada con un minero. Me han buscao trabajo en «La Mienera del Sur». Él se llama Antonio y a lo mejor le conoce usted.

—¿Antonio qué? En el pozo Oeste hay uno que se llama Antonio García y otro que se llama Antonio Pérez.

—Éste se llama Molino.

—Molino no me suena. Ya le dije que hay mucho personal.

—Es de Granada.

—Ya. Pues me alegro que vayan ustedes a Los Llanos. Allí no hay tanta necesidad como en otros laos. Lo malo es la vivienda. Por una habitación de nada cobran hasta quinientas pesetas al mes. La mujer y yo vivimos con un compañero mío que es muy buen chico. En el tiempo que llevo en ese pueblo me he compraó un reló y me he puesto la boca. Tenía los dientes picaos y ya ve.

El minero abrió la boca y enseñó su dentadura de oro. Luego se remangó la chaqueta y mostró el reloj.

—Es un Longines. Me costó tres mil. Y el ponerme la boca, cuatro billetes grandes. Claro que para ello he tenido que picar más mineral que agua saca un burro en la noria. Hay que tener buenos pulmones y buen brazo para darle a la barra o empujar vagonetas. En lo hondo se llenan los fuelles de polvo —dijo señalándose el pecho.

Carlos Zafrilla, el minero de La Línea, se encontraba satisfecho contando sus historias. Descolgó una bota de vino que pendía del maletero y, después de dar un largo tiento, ofreció vino a los compañeros de viaje.

—Echen un buen trago, es buen vino. De la Palma del Condado —añadió.

Como en un rito, los hombres pulsaron el pellejo. Sabiamente retorcían el culo de la bota y el chorro ahilado pasaba justo entre los labios entreabiertos. Cantaba el vino en la garganta con alegre gorgoteo. Se secaban con el revés de la mano.

—Buen vino —dijo el cocinero de los americanos.

—Para vino el de Almonte.

—De la Palma o de Almonte, me da lo mismo. Son caldos de catorce o dieciséis grados.

—¿Usted no quiere un poco de vino? Da fuerza a la teta —dijo Zafrilla a Angustias.

—Casi no le gusta —contestó Joaquín.

—Beba usted un poco —insistió el minero.

—No tengo costumbre; enseguida me mareo.

—Beba un poco. El vino alegra la pajarilla, es bueno para la sangre.

—Echaré un poco en el vaso.

En Valdepeñas el tren se detiene y sube más gente. En el andén, un grupo de personas espera a que el tren arranque para cruzar las vías.

Joaquín llama a su mujer para que mire por la ventanilla.

—Mira, parece un pueblo muy hermoso.

—Hace un poco de fresco; ponte la chaqueta, no cojas un resfrío.

—Pronto haremos el trasbordo. ¿Estás cansada?

Angustias tiene la cara ajada y sucia, manchada por la carbonilla que suelta la locomotora. Se encoge de hombros.

—Me duele el cuerpo de estar tantas horas sentada. Tengo el tran-tran del tren metido en la cabeza, pero voy bien. Por quien tengo cuidao es por los niños. Angus no hace más que comer pan; como me coja un torozón verás tú.

—Mujer, tú crees que tus parientes...

—Prima Lucía y yo servimos juntas en Granada; éramos buenas amigas.

—¿Tienes las señas?

Angustias se metió la mano entre los pechos para sacar un sobre muy doblado.

Leyó en voz alta.

—Aquí dice Santa Ana.

Arranca el tren y dentro del vagón va cayendo la tarde entera. Unos soldados que van de permiso para Madrid saltan a los estribos de la unidad. La gente se agolpa en los pasillos y Angustias se acomoda por temor a que le quiten el asiento.

La mujer flaca se encara con la niña.

—¿Cómo te llamas?

Angus mira a la mujer con ojos muy abiertos. La madre le dice que conteste a la mujer.

—Contesta a la mujer, no seas zaína.

—Angustias, como mi madre —musita la pequeña.

La mujer flaca calló tras dar un cachete amistoso a la niña y se puso a leer el periódico que había abandonado el minero, el cual dormitaba recostado contra la ventanilla.

Desde la noche llegaba el olor denso de las tierras de laboreo, de las labrantías próximas al terraplén del ferrocarril. Miraba Joaquín adelante. En nada se detenían sus ojos; sólo en la noche o en el brillo lejano de alguna casería. Una charca, junto a las vías, relampagueaba como un cuchillo.

Según se acercaban a Los Llanos, Angustias se encontraba más nerviosa. Ahí era nada —pensaba— el echarse mundo adelante con dos hijos. También se encontraba muy cansada. El tran-tran de las ruedas golpeando a los carriles retumbaba dentro de su cabeza. Sentía sed y dejó el pequeño en brazos de Angus para que lo meciera. La niña cantaba a su hermano.

En el pasillo Angustias tropezó con su marido.

—¿Adónde vas?

—Al retrete, a beber agua.

El agua estaba caliente y le dieron arcadas. Volvió junto a su marido y apoyó sus manos en las espaldas del hombre. De nuevo le volvía la sensación miedosa. Sentía miedo de la ciudad que ya se anunciaba con un halo sucio y brillante.

—No te preocupes. Ya saldremos adelante. Hay gentes que pueden vivir de su trabajo; ya has oído a ese Carlos, ya verás...

—¿Por qué no te pones la chaqueta? Tendrás frío, está lloviznando.

El tren corre hacia las luces que se van agrandando. A los lados de las vías se apiñan las cordilleras negras de carbón de las minas. Una locomotora va y viene desde las vías muertas arrastrando vagones de mercancías desvencijados.

—Vamos, Angustias, hijos. No tengáis miedo.

Y cogidos de la mano cruzaron la plazoleta que se abría delante de la estación. Eran las tres de la madrugada, pues el tren de Almería había llegado a Los Llanos con dos horas de retraso.

Lloviznaba ligeramente y no se veía un alma por las calles que desembocan en la plazoleta de la Estación.

—Parece un pueblo muy grande —dijo Joaquín.

—¿Adónde vamos? —inquirió Angustias.

—Ya no nos esperarán, es muy tarde. Más valdría que buscáramos un sitio para dormir, y, mañana, con tiempo, buscar la casa de tus primos.

Angustias vacilaba, le parecía que les iba a costar mucho dinero el dormir en una casa de huéspedes.

—Será muy caro; primero pregunta en la estación si la casa de los primos cae lejos.

Joaquín encendió un cigarrillo y dejó las maletas en el suelo. Mientras, Angustias, con el niño en brazos, se refugiaba de la lluvia bajo el quicio de una puerta. Angus, medio dormida, se agarraba a las faldas de su madre.

En seguida estuvo de vuelta.

—Me ha dicho un hombre que el barrio de Santa Ana cae lejos, lo menos a media hora. Y que en esta calle hay una fonda. Nos dejarán dormir por cinco duros, me ha dicho. Yo ya tengo ganas de descansar y tú estarás molida.

La fonda era un viejo caserón que se alzaba frente a las tapias de la estación.

Subieron por la escalera de madera que desembocaba en una habitación pequeña. Era el recibimiento. El mobiliario consistía en una mesa de despacho y algunas sillas. Una mujer sentada en una mecedora de mimbre, se abanicaba con un periódico. Fumaba un cigarrillo de hebra y se quedó mirando con descaro a la familia.

—Por un casual me pillan levantada; hace rato que llegó el último tren.

Tiró el cigarrillo al suelo; pisó la punta encendida.

—Les cobraré cinco duros por la cama. Van a dormir mejor que el rey de España; casualmente ayer varearon los colchones. Es una habitación muy hermosa que tiene una ventana a la calle, se ve la estación y el barrio de Tomillar.

La mujer llenó un vaso con el agua de un botijo y luego echó un poco de anís de una botella que había en el suelo junto a la mecedora.

—¿Quieren ustedes una pajarita? A mí el anís con agua me va muy bien para el flato.

Joaquín denegó con la cabeza. La mujer vaciaba el vaso a pequeños sorbos.

—Tendrán que firmar en el registro. A mí me da igual, ¿saben?, pero tengo que dar cuenta de la gente que duerme.

—Usted sabrá lo que tenemos que hacer —contestó Angustias.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la dueña de la fonda.

—Joaquín.

—Joaquín y qué más.

—Joaquín García.

—Y su mujer, ¿cómo se llama?

—Angustias.

—Bueno, ya está. Síganme.

La mujer les llevó por otra escalera al tercer piso de la fonda. La escalera estaba a oscuras. La dueña de la fonda, gorda y tetona, hacía tintinear un manajo de llaves que pendían de su faltriquera.

Abrió una puerta y les dijo que entraran.

—¿Es ésta la habitación? —preguntó Angustias.

—Es un cuarto hermoso. En la cama hay sitio para todos ustedes; es de matrimonio regañao, una plaza de toros.

Joaquín sacó de la cartera un billete de cinco duros y se lo tendió a la mujer.

—Mañana, ya pagará mañana. Si por la noche quieren algo no les dé reparo en llamar. Ustedes gritan ¡doña Paca!, y aquí me presento yo.

—Gracias —contestó Joaquín.

La mujer salió y cerró la puerta.

Angustias se sentó en la cama y acostó al pequeño. Joaquín desnudó a la niña que ya cabeceaba muerta de sueño.

La habitación era grande, destartalada. Bailaban dentro de ella los muebles desvencijados. La cama, una mesilla, un armario con la luna rota, dos sillas y un perchín. Los muebles, de un color negruzco, resobado, hacían resaltar el sucio aspecto de la habitación. Encima de la mesilla, cubierta por un paño amarillento, había una jarra de verdina y dos vasos de plástico del mismo color. También había un palanganero y una cántara llena de agua.

—Esta gente de la ciudad es muy rara —observó Angus-

tias—; una no sabe nunca con quién se tropezará. ¿Has visto cómo fumaba?

Joaquín se quitó los zapatos y esperó a que su mujer se acostara. Angustias se había sentado en el borde de la cama para sacarse las medias.

La madre y los pequeños quedaron dormidos enseguida. Joaquín, aunque cansado, no podía conciliar el sueño. Se sentó en la cama y miró a las paredes y al techo. En varios sitios el revoque estaba saltado y se veía la capa de yeso negro. Se oía crujir el piso de la habitación de al lado. Una vez que cesaron los ruidos Joaquín se puso en pie.

Deseaba dormir pero no podía. Empezó a andar por la habitación.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes dormir? —murmuró Angustias.

—No, tengo calor.

—Abre la ventana y acuéstate, ya te vendrá el sueño.

Miró hacia donde venía la voz de su mujer; luego dijo en tono bajo para no despertar a los niños:

—Duerme tú, que estarás cansada del viaje.

Abrió la ventana que daba por encima de la tapia que bordeaba la vía del tren. En la calle, dos hombres hablaban con un guarda de ferrocarriles. Intentó escuchar lo que decían. Veía las encendidas puntas de los cigarros que fumaban y sintió necesidad de tabaco. En la oscuridad lió un cigarro y se puso a fumar con ansia. Igual que le pasaba cuando después de doce o catorce horas segando, la saliva se le empastaba en la boca, no le sabía bien el tabaco. Echó agua de la jarra en uno de los vasos de plástico y la bebió de un trago.

Volvió de nuevo junto a la ventanilla para acodarse en el alféizar. Miraba a la calle, a los árboles que se alineaban junto a la tapia, a las luces amarillentas que trepaban, barrio del Tomillar arriba, hacia el oscuro cielo. De cuando en cuando, espaciadamente, un camión con los faros encendidos cruzaba el puente sobre el ferrocarril que unía Los Llanos al barrio del

Tomillar. Olía a lluvia. El aire de la noche llevaba el pitido angustioso de una locomotora que maniobraba en la vía de Madrid.

Otra vez bebió agua de la jarra, calentucha y con sabor agrio. Le dieron bascas.

Ya estaba en Los Llanos, en la ciudad. Recordaba lo que dijera Zafrilla, el minero del tren. «No quieren gente de peonaje; a lo mejor no me admiten por eso.» Agarrado al vierteaguas de la ventana se repetía una y otra vez que él era bueno para dar una peonada de catorce o dieciséis horas doblado sobre la tierra, pero a lo peor no le cogía el aire al trabajo de la mina.

—¿Estás despierta?

Angustias, medio dormida, dijo algo ininteligible.

—Te iba a decir que a lo mejor el marido de tu prima me encuentra trabajo enseguida.

Miró hacia el cielo; había cesado de llover. Por entre las nubes rotas se asomaban las estrellas. La calle se alargaba hasta perderse en una hondonada por donde asomaban los tejados de algunas casas. Las copas de los arboles formaban una mancha oscura sobre la tapia gris. La locomotora que hacía maniobras relinchaba lanzando bolas de humo.

El frescor del mosaico le subía por las piernas desde sus pies descalzos. Se acercó a la cama, habló bajito; echando las palabras sobre la cara de su mujer.

—¡Oye! Ya verás cómo tenemos suerte. ¿Sabes? Yo de mozo deseaba salir del pueblo, no sé lo que me retuvo allí.

Angustias dormía profundamente y no contestó.

Joaquín terminó de desnudarse y se metió en la cama. Las sábanas estaban tibias y quedó dormido mirando al techo, y deseando que llegara el nuevo día.

Al clarear la mañana, Joaquín ya se encontraba en pie. Lo primero que hizo fue mirar por la ventana. Un hombre y un burro, cargado el animal con cuatro cántaras, estaban detenidos junto al portal de la fonda. El hombre vertía la leche en una

quinta cántara dentro de la jarra que doña Paca sostenía entre sus manos.

Por el puente sobre el ferrocarril cruzaba un carro. Un chico, de cara sucia y aire adormilado, iba montado en lo alto de un montón de seras metiendo dentro de un saco unas botellas vacías. Un perro canijo triscaba junto a las patas del mulo. Más allá del puente se alzaba la ladera del Tomillar; el barrio pobre, de calles rectas y embarradas, cuyas casas parecían apoyarse unas en otras. A lo lejos, el sol doraba las cumbres de Sierra Mestanza.

—Adiós, hasta mañana —dijo el hombre de las cántaras.

Escupió el lechero contra la tapia, después dio una palmada en las ancas del burro. El animal, con paso alegre, tomó el camino de la hondonada del otro lado del puente.

El hombre que vendía leche se paró en la esquina de la calle de la Estación para vocear su mercancía.

—¡Leche! A dos pesetas cuartillo.

Se despertó la familia y la mujer se lavó en el palanganero. Joaquín la estuvo contemplando. Angustias había sido una linda muchacha, de risa fácil y de hermosos pechos. Aún tenía el pelo oscuro y la cara agradable, pero ya no sonreía como entonces.

El recuerdo del hombre voló hacía la muchacha que había conocido de soltero. Cuando tras los trabajos de recoger la aceituna, a la anochecida, el vino se subía a las manos y a las cabezas de los jornaleros y alguien tomaba la guitarra y se escuchaban entre los olivos risas, suspiros y canciones.

El pelo suelto de Angustias brillaba como polvillo de carbón, los brazos morenos, las manos que sabían manejar el amor, la hoz y la lumbre, quedaron quietas un instante. La mujer volvió la cabeza para mirar a Joaquín. Se sabía mirada. Sus ojos eran negros, duros, su boca prieta y amarga.

—Angustias —dijo Joaquín acercándose a ella.

—A la noche —contestó entendiendo la mirada. Sonreía.

La niña correteaba por la habitación.

—Tengo hambre —dijo.

—Desayunaremos en un bar —contestó Joaquín a su hija.

—¿Nos vamos ya? —dijo Angustias.

—Sí.

—Joaquín, no te lo dije anoche, me hacía mucha ilusión dormir en un hotel. Desde que nos casamos no habíamos dormido fuera.

Salieron al recibimiento. Doña Paca, sentada tras la mesa de despacho, hacía cuentas en un cuaderno con pastas de hule. Como en la noche anterior, fumaba un cigarro de hebra.

—¿Qué? ¿Qué tal la cama? —regruñó.

—Hemos dormido bien.

—Ya les dije anoche que el colchón estaba recién vareao.

—¿Dónde caen estas señas? —preguntó Joaquín mostrando el sobre donde estaba apuntada la dirección de los primos.

La patrona se puso las gafas que había encima de la mesa, para leer el papel.

—¿No conocen el pueblo? —dijo—. Pues hay una tirada hasta ese barrio. Santa Ana es un monte que está al otro lado del pueblo.

—Es la primera vez que venimos. Allí viven unos primos míos.

—¿Viene usted pa las minas? —indicó doña Paca.

—Sí.

—Pues tienen que ir por esta calle alante hasta coger la de Moscardó, luego todo seguido hasta la de Miguel Servé. Allí preguntan.

Salieron a la calle. Azuleaba el cielo entre unas nubes color de leche. Algunos hombres montados en bicicletas pedaleaban a toda marcha.

Entraron en un café a tomar una taza de leche caliente. Después, continuaron calle de Moscardó abajo hasta la Avenida de José Antonio. Las calles, algunas sin empedrar, aparecían encharcadas por la lluvia de la noche anterior. Las casas, pequeñas, se perfilaban con dureza contra el cielo. A lo lejos se

veían las torres metálicas de las explotaciones mineras.

—Aquello debe de ser Santa Ana —dijo Joaquín a su mujer, señalando a un racimo de casas que trepaban monte arriba al otro extremo del pueblo.

En la calle de Miguel Servet una taberna estaba abierta. Joaquín entró en el establecimiento para preguntar. Un hombre que estaba acodado en el mostrador se incorporó con una copa en la mano.

—¿Qué hay, amigo?

—Busco a Antonio Molino, uno que es de Granada.

—¿Es minero? —preguntó el hombre.

—Sí.

—¿En qué pozo trabaja?

—No lo sé, yo soy de fuera, yo vengo a por trabajo. Antonio Molino es primo mío —añadió Joaquín.

—Aquí hay trabajo —dijo el hombre— porque mucha gente enferma o se desgracia. Ahora que casa para vivir no encontrarán.

—Ella se llama Lucía —insistió Joaquín.

—Hay una Lucía en las chabolas de Santa Ana arriba.

—¿Por dónde cae eso?

—Yo le acompañaré —dijo el hombre al tiempo que daba un sorbo a la copa, y añadió—: Espere un momento a que me aclare.

El hombre terminó de vaciar la copa.

En la calle, señalando a su mujer y a los pequeños, Joaquín dijo al hombre:

—Es mi familia.

—Pa muchos años —contestó el hombre sacándose la gorra de la cabeza—. Me llamo Celestino; yo también tengo dos hijos más crecíos que éstos. Antes era minero.

Echaron a andar por una calle larga que no tenía nombre alguno. La calle, pina, estaba formada por dos hileras de casuchas apiñadas, pintadas de blanco y salpicadas de barro. Las viviendas, de una planta, parecían estar aplastadas contra la

tierra, podridas por la lluvia y el sol.

Olía a humo, a tierra cenagosa. Por los altos de la calle, entre el claro de algunas casas, se veía la crestería del cerro. Más allá, al otro extremo de la ladera, en la parte baja y junto a la carretera, una gran casa de piedra y un edificio de tres plantas, aparecían medio ocultas entre la vegetación de un tupido jardín. El campanario de ladrillo de una iglesia se levantaba, airoso y atrevido, entre un grupo de árboles; la cruz espejeaba bajo los rayos del sol.

—¿Usted ya no trabaja en las minas? —preguntó Angustias.

—No señora, no puedo; toque aquí —extendió la mano hasta tropezar con la de Angustias.

Notó en su mano la mano rota del hombre. Las arrugas de cuatro muñones, la suavidad de las cicatrices, el vacío que ocuparon los dedos. Tuvo una sensación extraña, desagradable. La mano del minero se terminaba pronto, era una bola de carne blanquecina, brillante. Se escurría entre su mano como si a ella también le sobraran los dedos.

—Yo y Jiménez éramos martilleros; un día pinchamos un barreno y nos explotó entre las manos. Jiménez tenía un bujero hondo en la frente; se murió a los cinco días. Jiménez era mi ayudante, chavetero decimos aquí. A mí me arrancó cuatro dedos de la derecha amén de otros estropicios. Los de la Caja de Seguros me clasificaron de terrorista para la pensión. No me sirvió de nada protestar.

—Lo que yo les dije: a los terroristas no les puede estallar un barreno.

—¿Y ahora qué hace?

—Me quedaron casi quinientas pesetas al mes; ahora ando de betunero en el café España.

—¿Y se apaña bien? —preguntó Angustias. Aún sentía en los dedos la sensación de vacío de cuando estrechó la derecha del minero.

—La mano izquierda sólo es tonta cuando uno no la tiene acostumbrá.

Siguieron andando en silencio. Joaquín se pasó la maleta a la otra mano.

Al final de la calle se abría una especie de plaza donde se amontonaba un grupo de casas entre unos barrizales y charcas de agua estancada. Algunos cerdos hozaban entre los desperdicios rebuscando la comida con su hocico largo.

Algunas de las casas tenían una especie de porche formado por dos estacas clavadas en la tierra, encima de las cuales se apoyaban trozos de placas onduladas de fibrocemento. Las puertas de las viviendas aparecían medio cerradas con cortinas hechas con trozos de sacos, de sábanas remendadas. En los tendederos colgaba la ropa puesta a secar. Unas cuantas mujeres se afanaban lavando canastas de ropa en unas tinajas de barro. Otras, delante de sus puertas, conversaban a gritos contando sus problemas. Todas ellas pararon en su faena para mirar a los forasteros.

—Pregunten en la casa que tiene flores en la ventana —dijo Celestino—. Yo me voy al España a trabajar. Si algo se les ofrece ya saben donde paro: en el España o en la taberna de Amelia. A la taberna de Amelia van los mineros del barrio —aclaró el hombre.

—Gracias.

Se pararon delante de la casa que tenía en la ventana unos tiestos con flores. Una mujer delgada, sentada en un cajón, descansaba con la espalda apoyada contra la pared de la chabola. Comía pipas de girasol.

—¿Vive aquí Lucía Morales? —preguntó Angustias a la mujer.

—¿Quién es usted? —la mujer se puso en pie.

—Soy prima de Lucía, me llamo Angustias.

La mujer no contestó. Con la mano derecha descorrió la cortina de la puerta.

—¡Una mujer que dice que es su prima, señora Lucía! —gritó.

Un grupo de chiquillos sucios, mal vestidos y descalzos, que

jugaban con un perro ratonero, rodearon a la familia. Por entre los rotos, a algunos de ellos se les veía el sexo.

Joaquín descansó la maleta en el suelo junto al umbral de la casa; apoyó su mano derecha en el hombro de su mujer.

Desde el interior de la casa contestó una voz de mujer. Se escucharon pasos y un grito.

—¡Dios mío, Angustias! ¿Eres tú?

Prima Lucía descorrió la cortinilla, venía secándose las manos en el delantal, se detuvo en el quicio de la puerta.

—Ya creí que no veníais —dijo.

—Nos quedamos a dormir anoche en una fonda —contestó Joaquín.

Mientras las dos primas se besaban, la mujer que comía pipas de girasol echaba a los chiquillos que habían quedado parados junto a la puerta llenos de curiosidad.

—¡Sinvergüenzas! —gritaba—. ¡Imitamonos! Que no sabéis más que pelearos con todo Dios y andar mirando lo que hacen los hombres en la taberna de Amelia. Si os cojo a uno, le hago trizas.

—Déjelos, señora Eulalia —intervino prima Lucía—, son unos críos.

—¿Críos? —rezongó la mujer—. Éstos saben más que les han enseñao.

Los críos se burlaban de la señora Eulalia, blasfemaban y le hacían gestos obscenos con la boca y las manos. Eran inútiles las palabras de la mujer.

—Estás muy alta, Angus —dijo Lucía besando a la niña.

—Ya es una mujer; en el pueblo ya se ganaba su porqué —comentó orgullosa Angustias.

—Antonio y yo os esperamos anoche hasta bien tarde.

—El tren llegó con retraso.

—Tú estás bien, prima Lucía —observó Joaquín.

—Vaya, mejor andaría si no me fastidiara el reuma de vez en cuando.

Lucía era una mujer regordeta, de pelo rubio y ojos claros.

No parecía andaluza. Tenía la piel muy brillante.

—Pero, pasar, no os quedéis fuera. Hasta luego, señora Eulalia —añadió Lucía dirigiéndose a la familia y a la mujer que comía pipas de girasol.

La casa era muy pequeña: dos habitaciones separadas por un tabique en cuyo centro se abría un arco de medio punto, cubierto por una estera que hacía las veces de cortina.

—Allí dentro tenemos la cocina y en esta habitación el dormitorio nuestro. Pasar a verlo.

Descorrió Lucía la cortinilla que daba acceso a la alcoba. En un rincón de la habitación, pegada a la pared, estaba la cama de matrimonio. Del techo colgaba un quinqué de petróleo y una bombilla llena de cargaditas de moscas. En la pared, había un estante construido con madera de la de los cajones de la Tabacalera. En la ventana amarilleaban unas flores dentro de unos botes de conservas.

—Está muy bonita tu casa —dijo Angustias por cumplir.

—Aún nos queda mucho por hacer —contestó Lucía con orgullo—. Cuando compremos el armario será otra cosa.

—¿Y el primo? —preguntó Angus a su tía—. ¿Dónde está Luisito?

—Estará jugando con los chicos por el monte.

—¿Antonio? —dijo Joaquín.

—Hasta la noche no le veréis. Se lleva la comida al tajo.

—Voy a llamar a Luisito.

Salió Lucía a la puerta de la chabola y desde allí comenzó a gritar llamando a su hijo. En seguida volvió a entrar en la casa para decir a sus primos que iba a buscar al chico.

—Voy por él, desde aquí no me oye. Tú, Angustias, puedes calentar un poco de malta; os vendrá bien para el estómago.

Angustias dejó el niño encima de la cama del matrimonio. Después, fue a la cocina y anduvo rebuscando entre los cacharros para enseguida poner una pota de barro encima de la cocina económica. Olía mal, el humo de la madera mojada que ardía en el hogar se le metía en la garganta. Las tazas estaban

desportilladas. Tomaron una taza de malta y Joaquín salió de la casa.

Por delante de las casuchas, entre monte y monte, se extendía la faz tristonca de la llanura. Se veían los edificios y las torres metálicas de las explotaciones mineras. Más lejos, las chimeneas de la Minera del Sur lanzaban chorros de humo negro, tan quietos en el aire, que parecían sustentar el universo. Más próximo, por bajo del barrio, había un gran campo de fútbol.

Las mujeres que lavaban los trapos, al terminar de restregarlos y retorcerlos como sacacorchos, desocupaban las tinas lanzando el agua sucia unos pocos metros más allá de donde estaban. Dos o tres hombres viejos, sentados en el suelo, tomaban el sol.

Regresaba Lucía con su hijo, le venía zarandeando.

—Aquí le tenéis —dijo a los primos—, más guarro que el palo de un gallinero.

Le llevó junto a un lebrillo para lavarle la cara y las manos. El niño protestaba.

—¡Guarro, más que guarro! ¿Qué van a decir tus tíos y tu primita?

De nuevo en la cocina, Joaquín abrió la maleta y sacó unos bollos.

—Son de la tierra; ya sabes, rosquillos de aceite.

Prima Lucía y su hijo se sentaron a comer rosquillos. Las dos mujeres hablaban de cosas de la tierra.

—Anda —dijo Lucía a su hijo—, llévate a tu prima a jugar.

Salieron los niños a jugar en la calle.

—Allí en Tero la tierra es más alegre, esto está siempre lleno de humo; tarda una en acostumbrarse. ¿Sabes que están buenos los rosquillos?

—Me alegro que salieran buenos. Oye, Lucía —añadió Angustias—, ¿tú crees que Antonio encontrará trabajo para Joaquín?

—Antonio es palero; conoce a mucha gente en la Minera.

Seguro que le encontrará algo al Joaquín.

A Lucía las rosquillas le hacían recordar el pueblo. Hablaba en voz baja, con ternura. Se inclinaba sobre los rosquillos y su cara brillaba como la de un niño.

—¡Cómo me gustan los rosquillos!

De repente estrechó entre sus brazos a su prima Angustias. Le dio un beso.

—¡Jesús! —exclamó—. Qué contenta estoy de volver a verte. Vosotros, que acabáis de venir, no sabéis lo que significa el ver a la familia. Qué contenta estoy, prima, qué contenta.

Angustias, Lucía y Joaquín, se sentaron en la calle a esperar la llegada de Antonio. Angus y Luisito hacían monigotes de barro en la charca de frente a la puerta de la casa.

La señora Eulalia, amiga de Lucía y vecina de la casa de al lado, así como otra vecina llamada Dolores, habían ido a charlar con los forasteros y a ofrecerse a ellos, dijeron, en lo que buenamente pudieran hacer.

La mujer que se llamaba Dolores estaba contando todas las historias necesarias para que los primos de Lucía se pusieran al corriente de lo que era la vida en el barrio de Santa Ana.

—Este barrio y el del otro lado de la estación del ferrocarril son los más pobres. El de la estación aún es más pobre que éste. Viven en agujeros, mismamente igual que los topos.

—Hay mucho gitano por ese barrio —dijo Lucía—. El barrio de la estación es el de peor fama de las afueras. Santa Ana es barrio de gente minera; en el Tomillar hay otra gente.

—Yo, lo peor que llevo es la falta de agua; con eso de que para coger una cántara tengas que hacer más de una hora de cola, una no puede ser limpia aunque quiera. En las casas de la Minera tienen agua corriente. Si nos la dieran...

—Sí, sí, van a dar... Nos ayudan como un apretón de manos al pobre —contestó Lucía a la señora Dolores.

—Yo a veces compro un par de cántaras a los aguadores; cobran a peseta cada una —intervino la señora Eulalia.

—Ya vienen los del segundo relevo —dijo la señora Dolores.

Pedaleando cuesta arriba subía un grupo de hombres. Llevaban el casco a la cabeza y un mechero de petróleo colgando del sillín.

Antonio se apeó en marcha y dejó la bicicleta apoyada contra la fachada de la casa.

—¡Adiós, Bahamontes! —gritó uno de los hombres que venían rezagados tras el grupo, haciendo un saludo con la mano derecha.

—Hasta mañana, León —contestó Antonio.

Se quitó el casco y se pasó la mano por la cara sudorosa.

—Hola, prima Angustias. ¿Qué tal, Joaquín?

—Sí, ya estamos aquí —dijo Angustias.

—Bueno, ¿qué tal encontráis a la Lucía?

—Bien, aunque algo cambiada. Claro que hace años que no nos veíamos.

—Algo más flaca está. —Antonio dio una palmada a su mujer.

—No le hace mal —rió Angustias—. Tipo de moda, de artista de cine.

—¡Vaya un día de calor! Ni con la lluvia de anoche ha refrescao. Vengo sudando más que un marrano cuando lo capan; venga de dar pedales. ¿Así que al fin te decidiste a venir aquí? —se volvió para Joaquín.

—Sí, a ver si me quieren en esa fábrica que me decías en la carta.

—Ya lo creo que querrán. En lo hondo de los pozos siempre hacen falta brazos.

Antonio se calló de pronto, la mirada hacia las factorías, tieso. Después, sus ojos volvieron lentamente hasta los ojos de Lucía.

—¿Sabes que me duele el espinazo? Parece que no respiro, tendrás que darme friegas esta noche.

—Te habrá dado un aire —dijo Angustias.

—¿Y mi sobrina? Ya estará hecha una moza.

—Anda ahí, con Luisito.

La niña se había acercado hasta el grupo de personas mayores, que miraban para los chicos. El niño seguía haciendo monigotes de barro.

—¿Estás jugando con tu primo?

Angustias hizo «sí» con la cabeza.

—¿Te has comido la lengua, sobrina?

—No —dijo la niña bajito.

—Vaya, pues sí tenías lengua —sonrió Antonio.

Vio que su sobrina le miraba con extrañeza. Quedaron mirándose durante un buen rato. Un moscón verde revoloteaba en torno a la cabeza del hombre, pero éste ni se movió. Angus miraba la cara sucia de su tío. «La mosca le va a cagar encima», pensó la niña.

—Ya eres una mujer —dijo el tío sonriendo—. Luisito te llevará a jugar por el campo. ¿Te gusta jugar?

La niña otra vez dijo «sí» con la cabeza.

Angustias pasó ahora sus manos por la cabeza de la pequeña.

—Tengo unos tomates puestos a refrescar, si quieres —preguntó Lucía a su marido.

—Acabo de tomar unos cachos de bacalao y pan en la taberna. Luego de que me lave un poco, cenamos —miró para Joaquín—. Me voy a quitar la porquería de encima. Como verás, en la mina se pone uno como un guarro, y luego con el sudor... He sudado más que los caballos del pozo —añadió.

Mi Luis también suda mucho —intervino la señora Dolores—, pero no hay manera de que se le quite el carbón de la piel.

—Una siempre tiene que estar lavando —dijo la otra vecina. Al rato éstas se marcharon y toda la familia entró en la casa para sentarse en la habitación del matrimonio. Antonio, desnudo de medio cuerpo para arriba, se chapuzaba en una palan-gana.

—Mañana hablaré por ti, hoy se ha mancao uno en mi pozo, le pilló la vagoneta.

—¡Jesús! —exclamó Angustias.

—¿A quién? —Lucía miró a su marido.

—No le conoces, es un gallego.

—¿Gallego? —inquirió Joaquín.

—En la mina hay gente de toda la España, andaluces, gallegos, extremeños, murcianos... Hay hasta alemanes de los que huyeron cuando la guerra europea última.

—¿Y en el pueblo? —Lucía doblaba su brazo derecho en torno a la cintura de su marido.

—Me dijo tu madre que no te preocupes por ella, que tiene bastante. Tío Juan estuvo algo malucho, se asobinó con la solanera, junto al huerto del alcalde, y le tuvieron que echar inyecciones.

—¿Mi hermano? —volvió a preguntar Lucía.

Angustias contó que a primo Rafael se le habían muerto las gallinas con la peste. Que se las habían arreglado mal que bien, y que ahora andaba de criado en casa de Don Ramón.

—Ahora están bien. De cuando en cuando echa una mano en casa de tus padres —comentó Joaquín.

—¡Pues no sabíamos nada! —exclamó Antonio—. Cuando la paga de Navidá mandamos algo de dinero al pueblo.

Quedaron en silencio, mirándose las caras.

—Me entra un ahogúo pensando en el pueblo... —Lucía suspiró hondamente.

—Ya le dije a tu hermano que viniera —musitó Antonio.

—Vendimos algunas cosas y aquí estamos —murmuró Joaquín.

—Voy a ver si se hace la sopa...

Lucía se levantó para pasar a la cocina. Delante del fogón se puso a pensar en el pueblo y en cuando prima Angustias y ella sirvieron en Granada. «Era muy bonita la carrera del Darro para pasear. Los domingos íbamos a bailar junto a Plaza Nueva. Aquel Fernando sabía bailar muy bien, un día me besó y me

quiso tocar, yo no le dejé porque era muy sinvergüenza. Angustias también tenía sus cosas con los muchachos.» Sonrió recordando aquel tiempo. «Antonio no sabe nada de aquello, claro que él habrá corrido lo suyo, menudos son los hombres...», se dijo.

Removió la sopa con la cuchara. Los recuerdos la llevaban hasta Tero, hasta la plaza grande y polvorienta. Pensó en los padres. «Madre estará arrugada como una pasa de Málaga.»

Angustias y Joaquín miraban por la ventana abierta. A espaldas del barrio se ponía el sol. Las nubes se encendían con el color de la sangre. Joaquín tenía su pensamiento y su mirada vertidos hacia la línea de edificios que se destacaban en el horizonte.

Las grandes chimeneas lanzaban torrentes de humo que se perdían en el fin del mundo. El humo, iluminado por el último sol, era negro, gris, luego rojizo.

—Antonio, ¿cuántas horas se trabajan?

—Siete en lo hondo, ocho fuera.

—No es mucho, en el campo se trabaja más.

—Ya me dirás cuando lleves tiempo.

—¿Cuánto pagan?

—Las bases, nueve duros más o menos. Si hay destajos se puede llegar a los veinte duros, depende de los metros cúbicos que pique cada cuadrilla.

Miraba esperanzado hacia donde los trabajos de los hombres transformaban la tierra. Millares de hombres —se dijo Joaquín— luchando por el pan, deseosos de vida, de trabajo, de amor y de libertad.

Cenaron en silencio, saboreando cada cucharada de sopa. Los niños tiraban al suelo de la cocina las raspas de los boque-rones fritos, comían mucho y con apetito.

—Al chiquitín se le puede hacer una cuna con dos sillas. Luisito duerme con nosotros en la cama. Para Angus y vosotros dos echaremos un colchón y una manta al suelo. Abrigaros, porque a la noche cae relente —dijo Lucía.

Acostaron a los niños y quedaron un rato de sobremesa. Angustias contaba historias de la señora Eulalia y su marido. El señor Eulogio se emborrachaba todas las tardes y a las noches pegaba a su mujer. Cualquier pretexto era bueno para ello.

—Las mujeres son mal negocio para los hombres —decía el borrachín.

—¿Por qué te has casao? —le preguntaban.

—Uno no se da cuenta de lo que hace; si no, de qué me iba yo haber casao —decía.

Angus, en la otra habitación, encogida, escuchaba la conversación de los mayores.

—Este sitio no es bueno para los niños, oyen y ven demasiado. Hay chico que a los nueve años ya fuma y sabe cómo se hacen los críos; otros golfantes de menos de catorce se emborrachan y van detrás de las mujeres. A los dieciséis van a la mina y presumen de hombres con la navaja en el bolsillo.

Durante bastante tiempo la niña no pudo conciliar el sueño, tenía miedo aunque no sabía a qué. Rezaba por dormirse. Luego cayó el silencio sobre las chabolas albañales de Santa Ana. Angus sentía que el frío le taladraba la carne. Se acurrucó contra su padre.

Eran las cuatro de la madrugada, hora del relevo de noche. Cientos de mineros, pedaleando carretera adelante, trabajaban contra el viento que soplaba desde Sierra Mestanza.

Joaquín desayunaba en silencio mientras las dos mujeres arreglaban la cocina. Su primo estaba sentado frente a él, junto a la mesa de madera, fumando un cigarrillo y calzándose las botas. Lucía prendió el fuego del hogar. Cantaba bajito, ensimismada. Se oía el dormir de los niños.

El sol entraba por la puerta abierta, le daba en la cara. La mañana era un cuadrado de luz amarilla que se recortaba en el umbral. Acabó con todo el desayuno mirando hacia la puerta, el pan untado de aceite, el vaso de vino y la taza de malta.

Las moscas zumbaban en el techo. Angustias sonreía calla-

damente, tenía el pelo echado hacia atrás y, de cuando en cuando, se lo alisaba con la mano. Joaquín pensó que aún era hermosa su mujer.

Las dos primas se miraron con ganas de hablar.

—Cuánto tiempo —murmuró Angustias.

Lucía, quieta junto al fuego, tenía ojos alegres.

—Luego me enseñarás el pueblo.

—Es grande, pero no tiene mucho que enseñar.

Después que almorzó Joaquín, Antonio se levantó y, mirando por la ventana, dijo a su primo:

—Vamos a las oficinas a ver a don Florentino. Don Florentino es el ayudante del jefe de personal; es facultativo. Si don Florentino quiere, mañana ya estás trabajando —aseguró.

—¿Vamos ya? —preguntó Joaquín.

—Sí. Te llevaré en la bicicleta.

—Volveré en cuanto sepa algo —dijo Joaquín a su mujer. Levantó la mano izquierda para decirle adiós; los dos rieron nerviosos.

—Ahora te ayudo, Lucía.

Y acompañó a Joaquín hasta la puerta. Éste le dio una palmada cariñosa en la cintura y echó a andar hacia donde su primo estaba apoyado en la bicicleta.

Antonio se dobló sobre el manillar y arrancó de una fuerte pedalada. En seguida llegaron a la carretera que conducía a las Factorías. Corrían algunos automóviles y motos; de cuando en cuando, camiones. Los obreros de la Minera del Sur y de otras explotaciones cabalgaban en sus bicicletas, pedaleando despacio, en grupos, charlando de sus cosas a gritos. Otros grupos de hombres iban a pie, con el saco de la comida al hombro; otros montaban burros.

—Hasta la barrera hay lo menos cinco kilómetros —gritó Antonio.

La mañana estaba clara, llena de luz y calor, cayendo silenciosamente desde los altos del cielo. A lo lejos, una neblina grisácea parecía encalmada sobre el páramo que se extendía so-

bre Los Llanos y la factoría. Los campos que rodeaban la Mina del Sur aparecían desnudos, cubiertos de polvo negro; de cuando en cuando alguna charca de agua sucia, negra de escorias.

Mas la neblina se movía lentamente, se estiraba en anchas capas y ocultaba los campos lejanos. Las cenizas se posaban en la tierra o cabalgaban en el aire en dirección al pueblo.

—Ya te acostumbrarás al humo y al polvo; esto no es nada. Dentro de las galerías el polvo se te mete en los pulmones y al principio te hace vomitar; pero enseguida te acostumbras y casi no lo notas. Abajo, lo malo es el calor que hace, más de cuarenta grados; hay que trabajar casi en pelotas.

A ambos lados de la carretera se alineaban las casas. Por entre los claros se veía la tierra cada vez más reseca, la hierba menos verde, como agostada. Los campos aparecían requemados.

—Hay algunos tajos que están a más de una hora de la boca de la mina.

A la derecha de la carretera se alineaba una colonia de hotelitos blancos.

—Ahí viven los ayudantes de ingeniero y los empleados de categoría. Son muy bonitas las casas. Algunas tienen piscina y en verano se bañan. Uno que se llama Hernández me dijo que un día vio a la mujer de un ayudante bañándose, llevaba un traje de baño que era como unas bragas y un pañuelo para taparse las tetas.

Al otro lado, recostada sobre una loma, se alzaba la torre de una iglesia entre árboles y jardines. Más atrás, entre los árboles más altos, se adivinaba un gran edificio blanco y dos o tres edificaciones más.

—Allí vive el director, se llama don Mauricio. En las otras casas viven los ingenieros. Yo estuve una vez en el jardín. Tienen fuentes con chorros de agua y rosas azules.

En la llanura se hincaban las pequeñas torres de extracción de algunos pozos carboneros donde no parecía existir la menor

actividad. Junto a las torres se veían dos o tres casitas encaladas.

Tomaron el desvío de la derecha y pronto llegaron a la factoría. Los edificios eran grandes, grandes y hostiles, y sus ocho chimeneas se elevaban muy altas en el cielo. Los depósitos de aceite eran cilindros metálicos que plateaban bajo la luz.

Del interior de la factoría llegaba el tintineo agudo de las herramientas, con las que una veintena de trabajadores intentaban dar forma a las chapas de acero con las que cubrían un nuevo depósito.

Llegaron a la barrera que se abría en la empalizada. Antonio y Joaquín se apearon de la bicicleta, la dejaron junto a una de las casetas de control. Antonio enseñó su carnet.

—Venimos a ver a don Florentino.

—¿Qué quieren?

—Ver si le dan una colocación a mi primo —dijo Antonio. El guarda entró en la caseta y llamó por teléfono.

—No se puede entrar en las oficinas; tiene que llamar primero para ver si dejan. También hay que firmar un papel —contó Antonio.

—¿Gallego también? —preguntó el guarda.

—Soy granadino.

Tras la barrera hay un pequeño jardín, un poste con la bandera española, y un monolito que recuerda la inauguración oficial de la factoría.

—Los ingenieros dejan el coche debajo del cobertizo, los ayudantes a este lao. Ese For es de don Florentino.

Por detrás del edificio de la Dirección corría una pequeña locomotora arrastrando una fila de vagones cargados con escorias de los hornos. El humo se adensa sobre el trenecito hasta formar un techo blancuzco; sopla una racha de viento y el humo se arrastra por la tierra. El tren da marcha atrás y desaparece entre unas montañas de escorias. Gime el vapor de la locomotora.

Unos cuantos hombres esperaban frente a la oficina a que

saliera el hombre que les iba a contratar. Los hombres —se les notaba ir vestidos con sus mejores ropas—, permanecían en silencio, fumando. Parecían mirar con recelo.

El techo y paredes de la oficina estaban forrados de corcho, y el aire salía a chorros por entre unas rendijas metálicas. Un ordenanza, con uniforme gris y gorra galoneada, manco de la izquierda, les paró en el primer piso.

—Venimos a ver don Florentino; dígame que de parte de Antonio el del pozo Inclinao.

—Aguarden aquí.

Antonio daba vueltas al casco entre las manos, se le notaba nervioso.

—Don Florentino me dijo el otro día que contaras con la colocación de caballista. Es un señor muy campechano, ya verás. Tú, cuando te pregunte, contesta bien, no te azares.

—En seguida saldrá —dijo el ordenanza.

Joaquín, por calmar los nervios, sacó del bolsillo de la chaqueta la cajetilla de «Bisonte». Había comprado el paquete de tabaco rubio porque le pareció que era tabaco más fino que el negro si se presentaba la ocasión de ofrecer.

—¿Quiere usted? —ofreció al manco.

—Se agradece —contestó éste tomando el cigarrillo. Lo puso sobre su oreja.

—¿Está don Florentino con alguien? —preguntó Antonio.

—Con el secretario del Dire, pero en seguida acaba.

El ordenanza manco se sentó a leer el periódico.

—Se llama Eleuterio —dijo Antonio señalando al ordenanza—; le pegaron un tiro en Rusia.

—Ya.

Joaquín se sobresaltó al escuchar por primera vez la voz de los altavoces transmitiendo órdenes. Sonaban tres toques iguales y luego la voz de un hombre, monótona, cansada:

—Se ruega al señor García pase por Dirección, se ruega al señor García...

Don Florentino salió de su despacho. Don Florentino era un

hombre de estatura media, algo grueso y con cara pálida. Llevaba unos papeles en la mano. Miró por la ventana a los que abajo esperaban; después, al ordenanza. El manco se quitó la gorra.

—Que pasen tres; los otros que vengan dentro de unos días.

Antonio se adelantó hacia don Florentino, el cual volvió su mirada hacia los dos hombres. Antonio daba vueltas al casco entre las manos.

—Don Florentino —dijo—, éste es mi primo Joaquín; ya le hablé de él.

Joaquín permanecía al lado de su primo, un poco atrás, había sacado la cajetilla de «Bisonte» y ofrecía tabaco al jefe.

—No recuerdo —contestó don Florentino a Antonio.

—Soy Antonio el del Inclinao. ¿No se acuerda de que le hablé varias veces?

—Ahora caigo, un primo tuyo, ¿verdad?

—Sí, señor, se llama Joaquín.

—Bien, bien. ¿Y tú, cómo andas?

—Ya lo ve usted, don Florentino, tirando.

—¿Y la familia?

—Buena.

—Cuando hay salud todo se lleva bien, la salud es lo principal, lo mismo para ricos que para pobres.

El ordenanza manco espiaba la cara de don Florentino; tenía una sonrisa servil, una mirada furtiva.

Joaquín seguía con la mano extendida apretando la cajetilla de «Bisonte». Don Florentino le miraba con ojos entrecerrados.

—Así que quiere trabajar aquí.

—Sí, señor.

—Usted es campesino, ¿verdad?

—Sí.

—Si le conviene hay una plaza de caballista en el Inclinao; es un buen trabajo para uno que entienda de animales.

—Otra cosa no sabré, pero andar con animales lo he hecho

toda la vida.

—Está bien, vaya al médico y mañana venga a trabajar.

Joaquín insistía con el tabaco, seguía insistiendo cuando don Florentino se marchó para las oficinas.

—¿Quiere usted, don Florentino?

La voz del hombre de los altavoces se arrastraba gangosa, chillona.

—Se ruega al señor García pase por Dirección, se ruega al señor García...

Antonio se fue para su tajo. Joaquín pensaba en Angustias y en los hijos, aún no creía en su suerte; tenía miedo de que algo cambiara la realidad.

Eran las once y media de la mañana cuando, después del reconocimiento médico, volvía para el pueblo. La ciudad aparecía lejana, bañada por la luz del sol. Las chicharras serraban el aire.

Al llegar junto a la colonia de ayudantes se detuvo a encender un cigarrillo. Una mujer descendía de un automóvil, la miró a hurtadillas, no a la cara sino a las piernas. No llevaba medias y tenía la piel morena, los tobillos delgados. Vestía un traje ceñido. Un grupo de niños reía en el jardín, borrachos de vida. Una mujer extranjera jugaba con ellos.

Joaquín, carretera adelante, comenzó a cantar. La gente le miraba como si se tratara de un loco, mas a él no le importaba.

Un pájaro trezaba círculos en el aire.

Lucía y Angustias hablaban de Antonio. Lucía le estaba dando quejas.

—Al principio todo marchaba bien, luego le dio por ir a la taberna de Amelia, esa mujer que Dios confunda.

—Pues a mí, Antonio me parece bueno —contestó Angustias.

—Sí, mientras le dejan hacer su voluntad.

—Luisito le quiere mucho.

—A ver, como su padre nunca le regaña... Antonio es un poco especial. Cuando le conocí en Granada teníamos unas

brincas de padre y señor mío si alguien me miraba; era muy celoso. No me dejaba cambiar de peinao si no se lo decía antes a él. Pero desde que nos casamos ni a la puerta de la calle me saca; algún día al cine, y gracias.

—¿Y por qué os vinisteis para acá?

—Un día le entró la ventolera. El Antonio tiene sus prontos. Decía que andaba harto de barrer las calles de Granada. A mí no me pareció mal; barrendero es un oficio muy cochino y no se ganan dos gordas. Lo único bueno que tenía Antonio en ese oficio era que no gastaba ropa, le daban uniforme en verano y en invierno.

—Los hombres rompen mucho, eso de que les den uniforme es una ventaja.

Lucía, al tiempo que hablaba con su prima, zurcía unos calcetines.

—¿Y qué fue de la Justa? —preguntó.

—Allí sigue con su labio torcido. No se ha podido casar la pobrecilla, la anduvo festejando uno del Villar, pero debió cansarse de ella.

—Aquello es peor que un pozo. Si vieras lo que me acuerdo de los hermanos, siempre allí metidos...

—Sí...

Lucía y Angustias continuaron hablando hasta que llegó Joaquín con la buena nueva.

—¡Ya tengo trabajo! —gritó desde la puerta.

La cuadrilla

Y ése me dijo: «Adonde vayas habla tú de estos tormentos, habla tú, hermano, de tu hermano que vive abajo, en el infierno».

Se dirigieron a la boca del Inclinado. Las paralelas negras de los cables del castillete estaban quietas, paradas. Junto al pozo, los hombres esperaban su turno para bajar en la triple jaula. Antonio saludaba a los compañeros, que le respondían con gesto aburrido. Joaquín, cohibido y como avergonzado, era la sombra del primo de su mujer.

El día estaba azul y quieto, suspendido en un techo muy lejano. Joaquín miró para el cielo antes de meterse en el segundo piso de la jaula y hundirse en la tierra. Unos pájaros, quietos en los cables, piaron desesperadamente cuando la gran polea del castillete se puso en movimiento; echaron a volar. El maquinista dio la señal y la jaula se cerró. Los mineros empezaban a bromear para enseguida lamentarse de los tajos que les habían tocado en suerte.

—Vaya un corte malo el que tenemos —dijo un hombre flaco que hurgaba con el pico en el suelo de la jaula—; esa galería cuarta suena a hueco. Y encima —añadió—, uno no puede ni ponerse en pie. Vamos a criar joroba.

Joaquín guardó silencio. El ascensor bajaba tan aprisa que el estómago y las tripas parecían desprenderse de su cuerpo, igual que si colgaran. Miró para el hombre flaco: éste tosía y luego escupió contra el suelo metálico.

—Habrà que poner puntales —dijo el hombre al tiempo que aplastaba la saliva contra la chapa del suelo.

Se oía el golpear de las botas de los hombres de la jaula de arriba, el gotear del agua a través del entibado del pozo. Ante los ojos atónitos de Joaquín huían las paredes recubiertas por maderos y chapas de acero. Según se iban hundiendo en la mina, los pensamientos del campesino se alejaban hacia las tierras de Granada, hacia los campos de Los Llanos. «Allí fuera está el sol —se dijo—. Los campos llenos de luz; están las tie-

rras y los olivos, y los animales. Los hombres seguirán labrando la tierra, los hombres que tengan tierra...»

Mas no estaba descontento; el jornal de caballista era de nueve duros todos los días. Nueve duros sin contar los destajos; sólo cuando la uva o la aceituna podía ganarse este jornal en el campo.

—Dices, Antonio, que a veces se puede ganar más, que dan horas extraordinarias.

—Sí. Pero no es bueno estar tanto tiempo bajo tierra, no es bueno ni aunque uno gane unos duros más.

Joaquín se calló de nuevo. Se preguntaba cómo sería la galería, el trabajo. «Me han dicho que seré caballista, que tendré cuidao de los animales.»

—Laureano y otros han trabajao en ese frente.

—Ése que habla es el capataz del corte —indicó Antonio a su primo, hablándole bajo para que el otro no se enterara—, distribuye los tajos. Hay que estar a bien con él, pues, cuando los destajos, si te da una capa dura vas listo; no sacas ni para el chocolate del loro. Se llama Felipe y es un mal bicho, suerte que yo no estoy con él, es un soplón. Más de uno se la tiene jurada. El otro se llama Ruiz y es barrenero, el mejor de la cuenca. A ti te toca trabajar en esa cuadrilla.

Las paredes del pozo huyen más aprisa. Se desliza la jaula entre el vapor caliente que asciende desde lo hondo del pozo como un chorro de color blanquecino, lechoso. Huele a madera podrida, a tierra negra siempre mojada.

—Aquello es muy malo, Felipe, tú lo sabes. No llega el aire de los compresores; a uno le entra ahogúo allá dentro; los maderos están picaos, se los comen las ratas.

—Mira, Ruiz —el capataz se puso serio—, tú siempre andas protestando y encizañando a los compañeros. Un día voy a dar parte de ti a la Dirección. Aquí se necesitan hombres, no mujeres que siempre le están dando a la lengua. Quédate en tu casa si quieres; hay muchos deseando coger el pico.

—Ruiz dice la verdad, casi no llega aire —intervino un mi-

nero muy joven.

El que se llamaba Ruiz seguía tosiendo y golpeando el costado de la jaula con su pico.

La jaula baja hasta la primera galería, se detiene. Por la boca iluminada del cinturón surge una bofetada de aire caliente. Se oye el rumor sordo de los compresores. Un grupo de mineros, con los faroles encendidos, echan a andar por el túnel, tienen una hora de camino hasta llegar al lugar de su trabajo. Bajo la luz de los carburos surge el brillo cárdeno de las vías, más intenso. Se oye, lejano, el repiqueteo insistente de los martillos que perforan las rocas.

—Son los del turno que acaba, los martillos —indica Antonio a su primo.

«Como los pájaros en primavera —piensa Joaquín—; gritan igual que los pájaros cuando sale el sol, tan deprisa.»

Los mineros de la cuarta galería ya han encendido sus faroles.

—¿No hay luz? —pregunta Joaquín.

—Pa las máquinas ya hay. Pa picar basta con el farol, no tienes más que dar y siempre aciertas con la pared —dice un minero más viejo que los otros.

—Es mi primo, se llama Joaquín, y va de caballista con vosotros —presenta Antonio a su primo quien, torpemente, estrecha las manos que se buscan en lo oscuro.

—Para muchos años —contestan los hombres.

—¿De dónde eres? —pregunta el capataz.

—De Granada.

—Yo de Almería. Una vez estuve en tu tierra, fui antes de casarme y lo pasé bien. Granaína, puta fina.

—Y de Almería: mocos, esparto y legañas.

—Calla tú, cordobés, que contigo no va —replica Felipe el capataz.

—Esto está muy hondo —dice Joaquín—. ¿Quieren liar un cigarrillo? —ofrece la petaca buscando la amistad de los mineros.

—No se puede fumar —contesta el minero joven.

—Sí que está hondo. El Inclinao es el más hondo de los cuatro pozos —replica otro.

La jaula se detiene y los hombres salen al anchurón.

—Ven, Joaquín; por aquí.

Los mineros se despojan de sus ropas; la mayoría quedan desnudos de cintura arriba. Se ponen los cascos. Se oye el resoplido de unas caballerías.

—Tú trabajarás en la cuadrilla. Ruiz te enseñará —indica Felipe a Joaquín.

—Hasta la hora de la comida, vendré a verte —dice Antonio.

—Te voy a enseñar los caballos —habla Ruiz.

La mirada entendida de Joaquín cayó sobre los animales. Tenían lomos flacos y se les marcaba el arpa del costillar. De remos huesudos, llenos de cortaduras; la piel sucia. Los animales respiraban con fatiga, una baba negruzca les manchaba la lengua. Tenían una mirada triste, oscura, con un halo rojizo y purulento. De cuando en cuando resoplaban.

—Parece como si tosieran —dijo Joaquín en voz alta.

—Todavía hay quien es más desgraciao que los mineros. Los caballos de la mina no salen nunca de las galerías; aquí les meten y aquí viven y mueren. Se quedan ciegos y se tienen que pelear con las ratas que les roban la comida. A los dos o tres años tienen los pulmones llenos de piedras, respiran como viejas y trabajan dos turnos contestó López, el barrenero, mientras acariciaba el lomo de los caballos, los cuales, al oír el último son de la sirena, se pusieron en pie como si fueran trabajadores.

—Se llaman *Tieso* y *Tuerto* —dijo el capataz—. Deja la comida y la chaqueta colgada en alto, Joaquín. Aquí las ratas se comen todo lo que pillan. Aunque están cegas, se guían por el olor.

Joaquín enganchó los caballos al tren de vagonetas. Los animales, con aire de esclavos cansados, echaron a andar por la

galería inclinada. Desde la bóveda, ancha y curva como el vientre de una mujer llena, goteaba el agua.

—Parece lluvia —dijo Joaquín mirando hacia el cielo de piedra—. Parece lluvia —volvió a repetir.

El aire se iba espesando. El techo de la galería se hacía más próximo. El aire, según se acercaban al frente de corte, parecía hervir. Los ventiladores quedaban lejos, atrás. Olía a tierra fermentada, a heces, a porquerías de hombres y animales que nadie se ocupaba en retirar. A agua sucia, estancada, podrida.

—Sí, aquí nadie hace caso de la limpieza, y luego a uno se le meten los bichos en la tripa y se pone malo y se muere.

El buzamiento del terreno era fuerte. El tren de vagonetas traqueteaba tras el paso cansino de los caballos. Pasaron junto a la boca de un antiguo pozo de extracción que, como un tubo negro, llegaba hasta la primera galería.

—Está cegao en la salida. Si lo abrieran, el Inclinao tendría ventilación natural.

—Sí, pero los de las oficinas no quieren gastarse las perras. Ya lo hemos pedido muchas veces, pero que si quieres arroz, Catalina.

—Ya te irás enterando de muchas cosas. En la mina se gana dinero, granadino; pero el minero se deja el pellejo.

—Una vez hicimos un escrito para que lo abrieran; hubo un atierre y un palero se desgració para siempre. Unos cuantos hicieron un escrito. Pero no sirvió de nada: sólo para que echaran a bastantes. Claro que los tuvieron que readmitir. Dicen que la Minera tiene mucha mano por las alturas, que hay mucho pez gordo.

La galería es larga, un plano inclinado de lo menos dos kilómetros de longitud. No hay pozos de ventilación, el agua chorre por los paramentos, cubre los pies de los mineros.

Algunas ratas mordisquean el costillar del entibado. Surgen a derecha e izquierda de la galería las bocas negras que buscan el hilo de los filones. Por ellas se meten los hombres con sus herramientas al hombro. El aire tiene consistencia, parece po-

der morderse. Los barrenos y escombreros, vestidos de tierra negra, se esfuerzan con punterolas y martillos. De tarde en tarde se escucha la voz grave de los barrenos, el alerta que los precede. Cantan y gritan los hombres durante su trabajo.

Hasta los contrapozos y coladeros, por las galerías transversales, hay trozos por donde los mineros tienen que caminar encorvados, casi de rodillas. El transporte se hace a mano, a costillas, en serones y cubos. Los escombreros, doblado el espinazo, descansan el serón sobre el muslo derecho y, paso a paso, lo llevan junto a las vagonetas. Sudan y resudan, y el polvo forma una costra oscura en sus cuerpos desnudos. El sudor les resbala, brillante y aceitoso. Por la explanación del agujero se forman arroyos de agua que se confunden con el sudor del gran trabajo de los hombres y las máquinas.

—¡Eh, *Tuerto*, eh, *Tieso*! —Joaquín arrea a las caballerías. Los animales se arrastran fatigosamente, clavan sus pezuñas y arquean las patas. Los esquistos, cortantes como cristales, se clavan en su carne. La sangre les corre por los corvejones, pero los animales ni se estremecen. La sangre les llega hasta los cascos y deja un reguerillo rojo, un reguero de sangre minera.

—¡*Tuerto*, *Tieso*! —gritó Joaquín—. Seguro que seremos buenos amigos, seguro.

La oscuridad de la galería era casi completa. Delante de Joaquín el plano inclinado se curvaba hacia lo hondo como el vientre de una yegua. La luz de la lámpara formaba un círculo amarillo en medio del cual se arrastraba una mancha parda.

La rata se detuvo un momento en el centro del círculo, hociqueando en el polvo negro. Joaquín la miró con atención para después, asqueado, tirarle una piedra. La rata echó a correr con un pequeño grito, trepó por la pared de una cata para detenerse en lo alto de un esquisto. Se aferraba con las uñas a la pared, tenía la cabeza erguida, desafiante. «Dice Antonio que están ciegas», pensó inquieto.

El olor húmedo era denso y sofocante; el aire de los com-

presores apenas llegaba a la galería cuarta.

Alzó la voz.

—¡Vamos, vamos! —gritó al *Tieso*.

El caballo siguió a su paso, le palmeó en el lomo. Notó la carne húmeda y pegajosa del animal. De cuando en cuando, Joaquín volvía la mirada hacia atrás. Y como en un sueño preñado de pesadillas, acompañado del sonido monótono del pisar de las caballerías y el chirrido de las vagonetas, veía alzarse en la oscuridad las cimbras de madera que sujetaban la bóveda, las esquinas de los esquistos con su filo amenazador. Llegó a un desvío y las voces surgieron entre el repiqueteo de las herramientas, tan fuertes y repentinas que sintió una sensación miedosa. Se detuvo. Las herramientas cantaban cerca y su ruido retumbaba contra las paredes. Sin embargo, tras el ruido, el silencio se multiplicaba.

Joaquín se puso a cantar. Una especie de pánico le invadía. Se preguntó en voz alta la razón de su temor. «Bueno, ¿qué me pasa?» Había algo, no sabía qué, que le hacía sentirse un poco atemorizado. Cantó más fuerte y esto le hizo reaccionar. Se sintió con el coraje suficiente y arreó a las bestias.

La atmósfera sofocante, llena de polvo, rodeaba las cosas cubriéndolas con un velo negro. El calor era tan fuerte que le exprimía la piel haciéndole sudar de pies a cabeza. Continuó la marcha andando junto a los caballos. Caminaba más aprisa, y cuando pasaba junto a la boca de un desvío, o por alguna plazuela formada por el cruce de una red de callejas, oía de nuevo el zumbar de las voces. Siguió andando, abstraído, hasta que sin esperarlo se encontró en el frente de corte. La luz caía desde las lámparas colgadas en la pared. La cuadrilla se afanaba arrancando el mineral.

Los ojos de Ruiz «el Asturiano» se detienen en la lámpara, en los caballos de tiro; en el ojo cerrado y sucio del «Tuerto», en la piel marrón del bajo vientre del caballo. En la cara de Joaquín, que parecía abrasarse con el aire vivo de la mina.

Ruiz está apoyado en la pared, encogido el pecho, apoyadas

las manos en una pala. Su mirada va desde la lámpara hasta la cara de Joaquín. Se quita el casco, el sudor. Después, dice:

—¿Eras tú el que cantabas? ¿Te llamas Joaquín, si mal no recuerdo? Canta otra vez y toma un trago de mi vino. Y no te preocupes, yo llevo más de veinte años trabajando en lo hondo y aún hay días que siento miedo.

Joaquín bebe y se pone a cantar. Se nota avergonzado, no sabe bien por qué. Ruiz se vuelve de espaldas a la luz de la lámpara, escupe, e hinca el «martillo» en el corte.

Joaquín carga la primera vagoneta.

La cuadrilla de la cuarta galería estaba formada por siete hombres.

Felipe, el capataz. Ruiz, «el Asturiano». Luciano, «el Cordobés». García. Pedro, «el Extremeño». López, «el Viejo», y Luis Vallejo.

Joaquín fue el octavo de la cuadrilla.

Al poco tiempo de vivir en Santa Ana, Angustias y los pequeños se hallaban tan acostumbrados a la nueva forma de vida que casi no recordaban el pueblo. Conocían a casi toda la gente del barrio.

Hacía calor por el día. A la noche, los vecinos sacaban los colchones y dormitaban en medio de la calle o en los corrales de sus casas.

Joaquín y Antonio, camino del pueblo, hablaban de mil cosas; del dinero que ganaban, los planes para el porvenir, los compañeros. Joaquín tenía la idea de construir una chabola al final de la calle. Hablaba con la seguridad del hombre que gana más de diez duros diarios.

—Compraré material y lo haré yo mismo.

Un día Joaquín se puso malo, como muchos mineros, a causa del polvo que levantara un barreno. La tromba de humo le había sorprendido caminando por un descenso muy por bajo de la galería de transporte de sangre. Los hombres hacían el «paseo de la tierra» llevando el mineral hasta los coladeros.

Los hombres cantaban, «se quejaban», durante la faena. Al cabo, el humo de la gelatita llenó los corredores hasta cegarlos.

Joaquín llegó a casa más tarde que de costumbre. Su cara sucia se contraía; cayó en una silla.

—Se me ha metido en el pecho —dijo con voz angustiada.

Empezó a vomitar. Angustias le sostenía la cabeza y le daba ánimos.

—Me puse malo al mediodía, cuando el barreno —gimió Joaquín.

—Vamos, vamos, se te pasará pronto; eso le ocurre a todos los novatos; pronto se te pasará, en cuanto eches todo fuera —añadió Antonio.

—¿Por qué trabajaré yo en esa puta mina? —decía Joaquín entre hipos—. El mejor día me caigo y me aplastan las vagone-tas.

—Bueno, bueno, a ti no te pasará nada —le consolaba Antonio.

—¡Para qué habré dejao el pueblo! ¡Maldita sea! Uno no tiene voluntad para nada. Tú tienes la culpa, Angustias, tú la tienes. Claro que más culpa tengo yo por haberte hecho caso. Dejar el pueblo y venir a morir en las minas... En cuanto tenga unas perras nos volvemos a Tero. El cielo del pueblo es siempre azul, sólo se pone oscuro cuando llueve; en la mina nunca sabes cuándo es de noche o de día, siempre es igual de negro el cielo.

Después de cenar se sintió mejor. Los compañeros del tajo fueron a verle. Era sábado por la noche y llevaron una botella de vino. Cuando terminaron la botella, Pedro «el Extremeño» dio un puñetazo en la mesa como inspirado por una idea repentina.

—Vamos a casa de Amelia esta noche, muchachos —gritó—. Tú has pasado mal día —se volvió a Joaquín— y necesitas divertirte un poco.

—Avisar a Luis —propuso Ruiz.

—Ése ya no va a ningún lao. Desde que se echó novia pare-

ce como si se hubiera apuntao en la catequesis.

—No vengas tarde —murmuró Angustias, procurando que no la oyeran los compañeros de su marido.

A la caída de la noche la taberna de Amelia se llenaba con los mineros que iban a divertirse. Dobladados de hombros, sucios, pero con los bolsillos llenos del dinero de la semana, jugaban a las cartas y bebían, vaso tras vaso, aguardiente o vino.

La taberna de Amelia era un local largo y ancho que estaba alumbrado por lámparas de petróleo que colgaban del techo. En las paredes habían espejos rotos, churretosos. En un rincón, una estufa de leña. Cuatro o cinco carteles de las corridas de la última feria adornaban el frente del mostrador.

En un lado del mostrador había un hornillo de gasolina donde una mujer asaba pececitos de río y chuletas de cordero. Junto a las tinas de barro, panzudas y coloradas, se alargaba el mostrador. La tapa del mismo simulaba ser de mármol vetado, marrón. Junto al mostrador, en un banco de madera, se sentaba Menéndez con su guitarra. Por encima de la cabeza del tocador, colgadas del techo, se secaban manojos de guindillas picantes de un color escarlata. Menéndez tenía al alcance de su mano una botella de vino y cada vez que pulsaba la guitarra se servía un vaso.

Cerca de un ciento de personas enturbiaban el local con el humo de sus cigarros. Los hombres llevaban la boina calada. Había viejos sucios, jóvenes fuertes, y algunos gitanos del Tomillar de caras de cobre. Las mujeres se metían ruidosamente con los hombres, los sobaban. Menéndez tocaba su guitarra y los dependientes de Amelia correteaban entre las mesas, zumbando como moscas, para llevar jarras de buen vino manchego a los alegres clientes. Luciano «el Cordobés», golpeaba la mesa con el vaso, cantaba.

Los mineros se jugaban el dinero a las cartas. Charlaban y charlaban con habla minera. Un hombrín gallego, lleno de vino, lloraba en un rincón.

De cuando en cuando, algún joven minero se agarraba al

brazo de una mujer para subir los escalones que daban a las habitaciones del piso de arriba. La escalera, pintada con tierra de Sevilla, tenía una greca azul. Los escalones de madera chiriaban lastimeramente bajo las botas de los hombres. Al rato bajaban y de nuevo se ponían a beber vino con sus compañeros.

A media noche Amelia pagaba una ronda para todos. Amelia era la mujer más guapa del barrio; los hombres la miraban embobados, y eran bastantes los que le andaban sorbiendo el aire. Amelia era viuda desde los veinte años y, aunque gente de respeto la había querido colocar bien, ella había dicho que no, que esas cosas las hacía con quien quería y no por dinero. Las mujeres del barrio odiaban a Amelia, pero ella no andaba nunca con hombres casados. Tenía su moral y nunca la quebrantaba. Los mineros se encendían junto a Amelia como la mecha del barreno corre buscando la pólvora. Apoyada en el hombro de Menéndez parecía arder. Sus risas y sus cantares, y su manera de bailar, calentaban a los hombres encendiendo alegres pensamientos. Los hombres querían ser más hombres para que Amelia se fijara en ellos, pues ante una mujer como la tabernera, daba vergüenza el beber poco vino o no aguantar un pulso con el codo apoyado en una moneda de cinco pesetas. Bailaba con los mineros; sus canciones eran como chispas. Cuando bailaba, rendía a los hombres; ellos se cansaban y ella parecía no cansarse nunca.

Vino y más vino. Y charla desatada. Y mujeres llenando las copas. Era el día de descanso de los picadores. Cuando Luciano «el Cordobés» cantaba, era inútil hablarle. Lo hacía con los cinco sentidos, las venas del cuello salientes, los músculos enduridos, la mirada triste, fumando cigarro tras cigarro y bebiendo vaso tras vaso. A su alrededor, los compañeros de cuadrilla excitaban con sus voces el ardor y la tristura del cante de Luciano. Los gitanos no tenían mirada.

*Pobrecita de la madre
que tiene un hijo minero;
a la puerta de la mina
le están cantando el entierro.*

García mordió un trozo de guindilla y lanzó una mirada a Joaquín.

—¿Qué? ¿Se te pasó ya? Eso nos ocurre a todos al principio. «Dios, me decía yo, ese maldito polvo que se le mete a uno en el estómago y los pulmones, le hace sentirse a uno sin fuelle y como pegajoso.» Uno desea un trago de vino y nada más. Uno se cree que está loco por querer trabajar en la galería, parece como si te fueras a morir. Te preguntas cómo lo aguantan los demás, trabajando allí año tras año. Te dices que ganas buenas perras, más que en cualquier otro oficio, y que no tendrás que quedarte mucho tiempo. No más que el que necesitas para reunir un poco de dinero y marcharte a tu pueblo donde hay luz y sol para trabajar. Pero pasan los días, las semanas de setecientas pesetas con los destajos. Y tú arreas los caballos o hincas el martillo empujándolo con los brazos y la frente, y luego lo sacas y se cae el mineral. Y lo empujas, y lo hincas y lo deshincas; y lo vuelves a hacer y lo haces durante todo el día y durante toda la vida. Y el calor y el polvo agujereándote la piel. Y los brazos doliéndote de empujar una vagoneta, y siempre con cuidado de un atierre o de que te pille un barreno fuera de resguardo. Y cargas y descargas la vagoneta. Te vas a lavar, pero el jabón no te arranca la costra negra de la piel, que ya se te queda así para siempre. Tendrías que ser culebra y cambiar la piel cada poco. Y te vas a casa y te sientas, cansado, pensando en cuándo tendrás dinero bastante para irte del infierno, y nunca tienes bastante. Bueno, cuando llegué de Almadén esto me pareció el paraíso. Estaba contento de haberme ido de allí, de venir a respirar otro aire. Luego pasa el tiempo y todo da lo mismo: los pulmones se te van haciendo de piedra, ya no puedes irte a otro lao, ya no sirves para otro trabajo. Los sábados,

si todavía puedes, te acuestas con tu mujer para divertirte, o te gastas los cuartos en la taberna.

Pedro «el Extremeño» echó a broma la perorata de García.

—Ya lo ves, Joaquín, no es que lo diga yo. García se queja más que una preñada. En cuanto le vi caer por la cuarta con esa pinta de vago se lo dije: no te metas a minero, no te ganes el pan con las manos, métete a guardia o a sacristán.

—Bueno, dejarlo ya. No estamos en un velorio.

—Amelia, otra jarra de vino.

—¿Y qué vamos a hacer sólo con una jarra?

—¡Que traiga dos!

—Yo me apostaría a beber vino con cualquier hombre de la mina, del pueblo. ¡De España! Con cualquier tipo me apostaría —gritó Luciano.

Los jarros pasaban de boca en boca; reían, gritaban.

—¡Maldita sea el alma de mi padre, que me llevó a la taberna por primera vez! Había nacido el hijo de mi hermana y mi padre lo estaba celebrando. Mi padre, se llama Paco, siempre decía lo mismo: los buenos y malos ratos hay que pasarlos a tragos. Era carrero. ¡Buen camino, buena carga, buen vino y buenas mujeres!, eso decía. Bebía vino como una esponja y luego dormía tres días seguidos. Al levantarse se iba para la cuadra, enganchaba las mulas, y no volvía a casa hasta traer algo de dinero. Mi madre decía que iba a ir de cabeza al infierno por llevar a un chico como yo a la taberna. Pero mi padre no hacía caso de las amenazas; lo de ir al infierno eran cuentos de viejas. «No sé cómo decírtelo para que lo entiendas —reía—. Si Dios existe no tendré miedo de ir ante él. ¿Tú crees que Dios va a prestar atención y va a llevar la cuenta sólo porque yo coma carne los días de vigilia, beba vino y ría con las mujeres?» Tenía gracia mi padre —añadió «el Cordobés».

Luciano se frotó las palmas de las manos. Ya se le había pasado la tristeza y el mal vino de cuanto empezara a beber.

—No hay nada que endulce el paladar como una mujer. El corazón de un hombre padece cuando no tiene una mujer.

De nuevo los jarros pasaban de boca en boca.

—¿Te gusta la tabernera, Joaquín? —preguntó Luciano con un suspiro.

—¿Y por qué no había de gustarme? Tiene las cosas en su sitio. —Joaquín miró de reojo para su primo Antonio; éste reía.

—No te preocupes, primo, yo no soy un chivato. Ya se sabe, hombre, ya se sabe. La mujer es fuego, el hombre estopa, viene el diablo, fu, y sopla.

—Angustias se preocupará si tardo.

—Las mujeres, todas, sólo se preocupan de que no te gastes los cuartos.

—Yo me apostaría a beber vino con cualquiera, con cualquier tipo me apostaría a beber vino —repetía «el Cordobés».

Menéndez tocaba la guitarra. Las mujeres tenían la ropa desabrochada. No llevaban nada por bajo de la bata.

Un hombre, con sombrero y corbata, tomaba anís en el mostrador; tenía un hoyo negro en la cara y se retorció el bigote. Hablaba con un minero del relevo de noche que llevaba el gancho y el mechero de carburo colgando de la correa que ceñía su cintura.

—Pase usted por casa, mañana.

—Cuando esté usted; las mujeres dicen luego que no quieren saber nada del seguro.

—Entonces vaya el domingo a la noche.

—Llevaré la póliza.

—Es bueno éste —intervino Amelia—. Vive al otro lao de la vía. Éste es de los que pagan.

El hombre del bigote hacía su artículo; tenía labia para ello. Delante de unos vasos de vino trataba de convencer a tres hombres de lo importante que era llenar una póliza.

—Es bueno hacerse un seguro. Si a usted le ocurre algo, Dios no lo quiera, su familia no queda en la calle; puede morir tranquilo. Pagando dos duros todas las semanas le queda a usted una pensión de invalidez de trescientas pesetas mensuales. Si se muere, Dios no lo quiera, le damos cinco mil en mano

a la viuda, y quinientas el día treinta de cada mes.

Ruiz «el Asturiano» y López «el Viejo» estaban hablando de asuntos de trabajo. Había que pedir aumento de jornales, tenían que poner ventilación en las galerías.

—Tienen que poner más Berris, no llega el aire. Ya viste el otro día cómo se las canté al Felipe. Un día ése y yo vamos a salir mal.

—Es un soplón —dijo López—. El Felipe no sabe donde tiene la mano derecha para el trabajo; sólo sabe poner el cazo los sábados.

—Ya sabes, unos mocos son sonaos y otros mocos son sorbidos. De nada vale el trabajar si no le haces la pelota al jefe.

—Con un tantín así de unión —López mostraba la primera falange del dedo índice— nos duraba menos que un pastel a la puerta de un colegio.

—Así es. La pega más gorda para la unión son toda la gente que viene de fuera, igual que Joaquín. Como nunca han dao un sorbo a una cuchara, en cuanto tienen trabajo fijo se desentendien, les entra miedo.

García y Pedro «el Extremeño» peleaban, llenos de vino.

—Tienes cara de cura, tienes cara de cura —canturreaba Pedro.

—Maldita sea la madre que te trajo al mundo y el padre que te engendró.

—Medio portugués tenías que ser, maricón —respondió García otra vez.

—Anda, anda, cara de cura. Que cuando te acuestas en la cama con tu mujer te da el trasero.

—¿Sabes lo que te digo? Que te van a dar por donde amargan los pepinos.

—Yo, cuando me acuesto con una mujer, la canso.

—No sé por qué me huelo que andas buscando pelea.

Los parroquianos de Amelia no hacían caso de las voces de los dos hombres; todos los sábados por la noche se originaba alguna pelea y, entre el guitarrista y otros más, echaban a la

calle a los alborotadores. Por otra parte, sabían que García y Pedro eran buenos amigos pese a las apariencias.

—A mí déjame en paz, muchacho. No sea que tenga que darte en la cara.

—¿Tú a mí? ¿Tú a mí? Por aquí me vas a dar. —García, con el dedo corazón estirado, hacía un gesto obsceno.

—Estaros quietos ya. —Ruiz se puso en pie—. Ven acá, García; ven, «Extremeño».

Los dos de la cuadrilla se acercaron, recelosos.

—Venga, daros la mano.

—Que le dé la mano su tía —dijo Pedro.

—Que os deis la mano os digo, si no me lío con vosotros.

—El desgraciao éste, el muerto de hambre. Me ha dicho que no me puedo acostar con una mujer —replicó García con la mano derecha escondida tras de la espalda.

Ruiz se puso serio.

—Tú no tienes derecho a burlarte del García; a todos los que andan con el mercurio les pasa lo mismo. A ti mismo, si hubieras trabajao. Anda, daros la mano y vayamos a beber vino.

—Yo no he querido ofenderle —dijo Pedro.

—Tú no sabes tener la lengua quieta. Ea, daros las manos de una vez.

Se estrecharon las manos con fuerza, como probándose.

—Venga, otra de tinto; pago yo. —Amelia empujó a los dos amigos.

Al rato, «el Extremeño» y García bebían vino de la misma jarra. Luciano pasaba su brazo derecho por la cintura de una muchacha.

Las mujeres de los mineros dormían. La noche de los sábados era para los hombres. Siempre había sido así.

Aún era de noche, pero pronto se alzaría en el cielo la mañana del domingo. La calle aparecía desierta y sólo se veían algunas luces hacia el Tomillar y el casco viejo de la población.

«Entraré despacio —pensaba García—, abriré la puerta para que no se despierte Quinito, y me acostaré. Bueno, a lo mejor hoy puedo. Para eso estoy tomando los potingues del médico. Pedro dijo que Luisa me da la espalda cuando nos acostamos. Es buen chico Pedro; es mi amigo, el mejor que tengo, pero a veces le estamparía la cara. Yo antes podía hacerlo varias veces a la semana. Tuvimos un hijo, ¿no? Pero Luisa me dice que lo deje en cuanto lo intento; ella podría ayudarme mucho si quisiera, podría hacerlo. Es como si para mí todo lo que hay en el mundo fuera eso, acostarme con mi mujer. El caso es que si yo pudiera una vez creo que podría hacerlo más veces; pero ella ayuda poco. Pedro, ese cochino que me lo recuerda, dice que las zorras tienen más habilidad que las mujeres casadas, que saben trucos y posturas hasta para calentar a un muerto. Pero yo tuve mala suerte: cuando me acosté con aquella gordita, la llamaban “Lunares”, la mala zorra no tenía más que ganas de terminar pronto y dormir; eso que la di propina. Y menos mal que no se rió de mí. Por otra parte, Luisa dice que lo siente tanto como yo, lo dice, pero yo creo que no es verdad. Mejor será que piense en otras cosas; tiene uno bastantes cosas en la cabeza como para poder pensar. Lo malo es que a uno siempre le vienen las mismas ideas. Te esfuerzas en no acordarte, pero a veces pasa que las ideas son como los caballitos de la feria, cuando montas en ellos. Das vueltas y más vueltas; por más que quieras evitarlo es lo mismo: das vueltas. Ella dice que no me preocupe, pero ella es ella y yo soy yo. Era maravilloso antes, la besaba en la boca y la tocaba los pechos, le hacía cosquillas. “Basta”, decía. Pero te dabas cuenta que no era verdad, que lo decía con la boca pequeña, de modo que se los mordía una y otra vez. A lo mejor es que bebo vino y no me hace efecto la medicina. A los viejos también les pasa esto, pero ya son viejos. El abuelo Juan tomó gusto al vino, y como ya no podía hacer otra cosa, palpaba a todas las muchachas que podía; la abuela se reía de él. “Ya no puedes con los calzones, Juan”, decía la abuela. Pero aunque no podía con ellos, no por

eso dejaba de pensar en las muchachas.»

Un golpe de viento subía monte arriba chocando contra los árboles del alto. La luna daba de lleno en la calle; parecía de leche. García, callado, se ocupaba de liar un cigarrillo entre sus manos torpes.

Contestó a la pregunta de Joaquín.

—¿Que si hace mucho que me pasa esto? No, desde que estuve para la parte de Almadén me pasa. Es un veneno el mercurio, muchachos. Te entran temblores y una soñera que te duermes de pie. Los hombres duran pocos años; se mueren tísicos o les da el baile de San Vito; parecen viejas de ochenta años. Sí, les dan una pensión, pero ¿de qué les sirve? Se mueren como los muñecos de los títeres, las piernas, los brazos. Hace años no tenían ni hospital, toda aquella tierra era de ingleses. ¿Que por qué fui yo allí? Es fácil saberlo. Por lo mismo que Joaquín ha venido a la Minera del Sur: para buscar el pan. En casa éramos tres hombres y mi padre cuatro, la madre y dos hermanas. Cuando a mi padre le dieron en arriendo las tierras tuvimos que trabajar como bestias apaleadas, pero lo pasábamos bien. Al menos yo, que entones era chico y no tenía preocupaciones. Los sábados por la tarde, trabajábamos en un caserío, nos poníamos la ropa nueva y bajábamos todos los hombres al pueblo a beber vino y a comprar cosas. A mi padre, en cuanto bebía, se le desataba la lengua y por cosas de política se peleaba con todo Dios. A veces, los hermanos nos peleábamos hasta hacernos sangre; pero luego todo se arreglaba y continuábamos amigos como si nada hubiera pasado. No creáis, por lo que os cuento, que mi padre era un borracho; no, no lo era. Sólo le gustaban los buenos vinos. Yo, todas las tardes, iba al campo a robar uvas con otros muchachos. Otras veces íbamos a cazar. Un amigo mío de entonces, ya no me acuerdo cómo se llamaba, tenía una escopeta y se le daba muy bien tirar a los conejos. Los demás nos hacíamos tiradores de goma con horquillos de olivo. Andaba entonces como mosca en un plato de almíbar. Nadaba en el río, iba a peces con mis hermanos, qué sé

yo... Yo no sé cómo será vuestro pueblo, pero el mío estaba rodeado de olivos y viñas. Es un pueblo chiquito. Nuestra casa, pintada de azul, tenía un corral donde mi madre engordaba un cerdo todos los años; también gallinas. Sí, sí, entonces lo pasaba como un burro metido hasta las orejas en una carga de alfalfa. Mi madre siempre andaba diciendo a mi padre que tuviera quieta la lengua, que no hablara así. El viejo decía que Dios no existía y qué sé yo cuántas más cosas decía. Creo que nunca le perdonaron lo que dijo cuando el treinta y uno. Puso la bandera en el Ayuntamiento y estuvo bebiendo durante tres días para celebrarlo. Mi madre era muy católica y hacía rezar a mis hermanas para que mi padre se salvara. Pero él se reía de todo y la amenazaba con estrangularla si nos obligaba a rezar. Claro que lo decía de mentira, porque era un hombre más bueno que el pan de rosca. Siempre estaba dispuesto a echar una mano al primero que llegara. Mi madre decía que ella era una bestia de carga, danzaba de un lado para el otro todo el santo día. Renegaba y se peleaba con su marido. Mas si alguien de la casa se ponía malo sabía buscar hierbas para hacer un emplasto. También la llamaban de fuera, pues con sus curas había cogido fama. Todo pretexto era bueno para que acudiera mi madre; lo mismo ayudaba a una mujer que a una vaca que fuera de parto. Quería mucho a mi padre, aunque le llamaba iluso por querer formar una cooperativa entre todos los hombres del pueblo. Pero todo se fue al carajo. En el treinta y seis yo casi era un hombre y andaba moceando. ¿Nunca habéis visto a un pueblo gritando en la calle, dando vivas a la libertad? Yo nunca me olvidaré. La gente alborotaba por las calles, se abrazaba. Pusieron la bandera en el Ayuntamiento sin un solo tiro; después sí los hubo. Todo se fue al carajo. A mi padre y a mis hermanos los mataron en medio de la calle. Yo me casé años más tarde. Carmen no era del pueblo; vivía en la cabeza de partido donde yo me fui a trabajar. Marché para Almadén por culpa de mi cuñado; él trabajaba de listero con los albañiles de la mina. Nos escribía cartas y más cartas diciendo que allí se ganaban bue-

nos jornales; no decía nada de las enfermedades, ¡maldita sea! Las cartas de Eduardo las leíamos todos los amigos del pueblo. Os digo que el estómago se me ponía malo, de envidia, cuando mi mujer y mi suegra me restregaban el dinero de Eduardo. Tenían una casa, iban al cine todas las semanas... Entonces yo era un tontaina y me decía que la ciudad era buena para los hombres. En las minas, pensaba yo, los mineros viven mejor que un campesino con tierras. Empecé a trabajar con ganas. «Paleta», me decían, «así no trabajan ni los que están a destajo». Se ponían furiosos conmigo porque me llevaba hasta ochocientas pesetas a la semana. «Ya pararás», dijeron. Y claro que paré, me puse flaco y de color amarillo; me dormía en las galerías. Aquí también me duermo algunas veces cuando no me ve el Felipe; me entra un sueño tan bueno que parece como si estuviera muerto. Entonces todo iba bien, yo me acostaba con mi mujer y hacíamos nuestras cosas como todo el mundo. Y ahora, ¡mecaguendiez!, ando por la calle hasta que se hace de noche y ella se mete en la cama y se duerme. Me da vergüenza que se dé cuenta de que su hombre está como castrao. Os lo digo, se van los sesos tras de pensar. Cada vez que me encuentro a punto de ahogo bebo vino y me siento aliviado. La primera vez que me pasó no hice caso; eché la culpa al cansancio del trabajo. Luego, ya no; me volvía loco porque tenía treinta y dos años y, cuando me acostaba, mi mujer se arrimaba a mí y tenía que hacerme el dormido. Otras veces me acuesto y la toco la carne y algo me sacude todo el cuerpo; se me pone el corazón en la garganta. Estiro la mano por la sábana despacio. Y temo que ella se dé cuenta y se ría de mí. A veces la brillan los ojos cuando me mira; a veces le brillan demasiado y tengo miedo. Yo la pregunto si me cambiaría por otro hombre; ella dice que no, que está contenta conmigo. Pero hay días que no me convence, que no la creo aunque me lo jure. «¿Todavía no puedes?», pregunta. «No te preocupes», dice. Y las otras veces me tienta. «Anda», dice llena de miel, «anda, vamos a probar». Bueno, no puedo, y la tengo que contentar con la mano. No puedo, ¡maldi-

ta sea!, grito. Hay noches que me pongo como un bruto, la insulto y ella llora. Pero es que me da miedo, ¿sabéis? Miedo a que me la pegue. Otras veces le digo que hemos tenido un hijo, que tenga paciencia. Y es a mí a quien le hace falta la paciencia. Bueno, ¿ya os vais a dormir? Yo estaría andando hasta mañana sin cansarme. El lunes ya os veré en el tajo. De lo que he dicho del «Extremeño» no digáis nada; yo quiero a Pedro como un hermano. Lo que pasa es que yo no tengo humor para divertirme. Ruiz y los demás compañeros a lo mejor creen que yo me aparto de las cosas, y no me aparto de las cosas; es otra cosa. Conmigo podéis contar para dar la cara en la Dirección, aunque ya os he dicho: no tengo humor para nada...

Cuando García llegó a su casa abrió suavemente la puerta para que su mujer y su hijo no despertaran. Andando de puntillas fue a la cocina para coger un vaso de la alacena y echar en él una cucharada del líquido de un frasco.

El médico había dicho que lo suyo era una cosa muy lenta de curar. Se acordó del médico. Estaba sentado tras una mesa y tuvo que explicárselo todo, palabra por palabra, lleno de vergüenza, dolorosamente.

—Será lo que Dios quiera —dijo el médico—. A muchos hombres les pasa lo que a usted.

—¿Y no hay ninguna medicina?

—Mire, amigo. Si a usted le pilla una vagoneta o coge la «tos negra», puedo hacer algo por usted. Pero la impotencia..., pruebe con esta medicina.

—Gracias —dijo García.

—Pruébela, a lo mejor tiene suerte.

García se bebió el líquido y entró en la habitación. El vino le daba vueltas en la cabeza.

—Enrique —habló la mujer desde la cama.

—Estuve con los amigos en la taberna.

Se sentó en el borde de la cama para sacarse los pantalones.

—¿Estás cansao?

—Como siempre; fuimos a casa de Amelia.

—Esa mujer es un bicho. No hace más que calentar a los hombres.

—Fuimos con el nuevo: se llama Joaquín. Le cogió el humo de un barreno y tuvo vómitos.

—¿Y se fue a curar a casa de Amelia? Los hombres sois unos sinvergüenzas; entráis y salís sin dar explicaciones.

—¿Cómo está Quini?

—Te estuvo esperando para cenar.

—Uno no puede dejar a los compañeros así como así.

Luisa cambió de conversación.

—Estuvo mi hermano y su mujer. Carmen cree que van a tener un hijo. Mi hermano contó que van a admitir más gente en la fábrica de maderas; dijo que fueras por allí. Necesitan peones.

—¿Crees que me admitirían?

—Mi hermano cree que sí. Pagan trescientas a la semana.

—Con eso no hay ni para morirse, ni para comprar el traje de madera.

—Sí, no es mucho.

García se había tumbado en la cama y con voz apagada dijo a su mujer:

—Fui al médico.

—¿Y qué?

—Me dio un frasco para tomar.

—¿Otro?

—Otro, sí —mordió las palabras.

—No te preocupes; a mí no me importa.

—¿De veras?

—Dijo que a lo mejor podía ser, ¿no es eso? Pues no le des más vueltas. Te vas a volver loco y me vas a volver a mí.

No quería hablar; se encontraba estirado junto a su mujer, el cuerpo envarado, alerta. La sangre le hervía a borbotones. Quería volver a ser hombre, quería intentarlo otra vez, aunque sólo fuera por darle en la cara a Pedro.

—Déjalo, no puedes. Si quieres hablamos.

—No —dijo con rabia.

El cuerpo se le había quedado flojo. La idea de que Luisa estuviera burlándose de él le ponía fuera de sí. «Un día me la pegaré, estoy completamente seguro. Un día me la pegaré.»

Quedó mirando hacia el techo. A lo lejos se oían voces, risas. «A lo mejor hoy he bebido mucho vino y por eso no puedo. A lo mejor es eso.»

Luisa se había quedado dormida, vuelta de espaldas.

Días después se accidentó Luis y los compañeros dieron a Joaquín el encargo de avisar a la señora Dolores.

La mujer había concluido de preparar la cena y medio dormía apoyada en la mesa de la cocina. A la luz del mechero colgado en el vasar, se la veía difusamente. Era delgada, pálida, las manos grandes y sarmentosas, el pelo blanquecino. Medio dormía rezando unas avemarías para que la Virgen de la Gracia, patrona de Los Llanos, les librara de todo mal.

Al oír los golpes en la puerta, se levantó sobresaltada, y, antes de abrir, guardó los trozos de pan que había encima de la mesa dentro de un armario. Metió los platos sucios en un barrerño lleno de agua, se pasó la mano por la cara como para quitarse el sueño, y salió a la puerta de la calle a ver quién llamaba.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —preguntó.

Joaquín no sabía cómo empezar, temeroso de sobresaltar a la mujer. Estaba parado delante de la puerta dándole vueltas al casco entre las manos.

—Buenas tardes —dijo.

—¿Es usted, Joaquín? Estaba dentro dando una cabezada; me ha dado un susto...

—¿No le han dicho a usted nada? —murmuró Joaquín.

—No; ¿qué ha ocurrido?

—El Luis se ha herido.

—¿Mal? —tartamudeó la madre.

—Se ha herido un poco.

—Dios mío; no sé por qué, pero tenía mal presentimiento.

Le rezaba a la Virgen. Dios mío, qué desgracia la de una.

—Se le cayó una piedra en las costillas. Se rompió una madera de las que sujetan el techo. Ya le ha visto el médico y le ha dao la baja. Luis y los compañeros me encargaron que me adelantara para avisarla.

—¿Grave?

—No, no. El practicante dijo luego que no era nada, que dentro de diez o quince días ya andará bueno. Se ha magullao na más.

La señora Dolores se sentó en la silla de la cocina y empezó a llorar con desconsuelo. Joaquín trataba de consolarla.

—Le digo que no es nada; ni se desmayó siquiera.

—Pobre Luis. A su padre, que en gloria esté, le cayeron piedras en un atierre y allí me lo dejaron. A los tres días lo sacaron con las manos comidas por ratas. ¡Pobre Luis! ¡Pobre hijo mío!

Joaquín se secó el sudor que le corría por la frente.

—Le digo, señora Dolores, que el Luis ha tenido suerte; no le ha pasado nada. En los trabajos siempre pasan estas cosas, en cualquier trabajo pasan. A mi primo Ciríaco la hoz casi le rebana un pie; estaba segando hierba y se le fue la mano. El hierro le entró hasta el tuétano y se quedó renqueando de la izquierda. Uno no sabe donde tiene su sino; donde va el cuerpo va la muerte.

Al rato de llegar Joaquín trajeron a Luis en un coche. Tenía la cara pálida, asustada. Un gesto de dolor en la boca.

—¡Ay qué desgracia, Señor; ay qué desgracia! —exclamó la madre. Después, mirando hacia el cielo, recitó atropelladamente la canción de las tormentas.

*Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita
y en el ara de la Cruz
Paternoster, amén Jesús.*

—No se asuste, madre; sólo me duele un poco, como si me pincharan con agujas en el pecho —dijo Luis.

—Si quieres te doy unas friegas con alcohol de romero; a tu padre le aliviaban mucho.

—Déjelo, madre; estoy un poco dolorido. Vaya usted a casa de Carmela para que venga a verme en cuanto pueda.

—Bien, hijo.

—La Carmela es mi novia; es hija del señor Remigio, el maquinista de la locomotora eléctrica del pozo Oeste.

Joaquín conocía de vista al padre de Carmela. El señor Remigio era un hombre alto y fuerte. Como maquinista ganaba buen sueldo. Lo único malo era su gran afición a la baraja. Tras el juego se le iban los cuartos, pues no tenía mucha habilidad en el tute subastado. El señor Remigio, antes de ir a Los Llanos, trabajaba en Cartagena en los Ferrocarriles del Sur, y al acabar la guerra lo dejaron cesante mientras le depuraban. Contaba Remigio que había sido costalero tres años seguidos en las procesiones de Semana Santa. El primo de su mujer era encauchado del paso de la «Última Cena» y tenía gran amistad con el Hermano Mayor.

—Mira —decía su primo segundo—, tú haces lo que quieras. Los del «Descenso» dan dos duros más que nosotros y la imagen pesa menos. Pero nosotros salimos toda la semana. Tú verás si te conviene; damos veinte duros y todo el vino que se quiera beber. Y el día que paseamos la «Última Cena», como pesa mucho, damos treinta duros y toda la comida que va encima de las andas.

Como era habilidoso, al dejar su turno, el señor Remigio trabajaba en el corral de su casa durante un par de horas; luego se iba a jugar a la taberna del Millao. El corral lo había convertido en un pequeño taller. En la tapia del corral se leía un rótulo.

EL ÚNICO
TALLER DE REPARACIÓN DE BICICLETAS
BARATO DE VERDAD
REMIGIO HERNANDO

La mujer del maquinista se llamaba Rocío y era algo más de cuarentona, alta y gruesa. Y con una lengua tan procaz como para levantar ampollas en la boca de un carretero. Había pues-to a servir a Carmela en casa de un mandamás de la Minera del Sur que vivía en la Residencia de Ingenieros. Más de dos años llevaba Rocío guardando el dinero que ganaba la muchacha, pues quería que, cuando ésta se casara, su ajuar fuera lo más completo posible.

Carmela era una muchacha alta, espigada, de cintura fina y caderas anchas como jarra de Talavera. Tenía la nariz pequeña, la barbilla alargada, los ojos oscuros y maliciosos, y la boca colorada como un tomate moruno.

Carmela destacaba entre las chicas del barrio y a Luis le ha-lagaba el amor propio el que la gente supiera que la muchacha era su novia. Notaba un regusto especial cuando paseaban jun-tos y los compañeros de la mina les miraban con aire malicio-so.

—Ten cuidao dónde te metes —decían sonriendo.

Joaquín seguía sentado junto a la casa de Luis. El muchacho tenía la sábana cubriéndole el cuerpo a pesar del calor que ha-cía. Su cara estaba pálida y las venas se le dibujaban con líneas azulencas. Los ojos turbios, del color de la «madre del vino», las manos desfiguradas, sucias de polvo de la mina, agarrota-das como si aún estuvieran dándole al martillo.

—¿Te sientes mal? Dijo el médico que vendría a verte.

—Vaya, parece que tumbao me molesta menos.

—Esperaré a que venga tu madre.

—Como quieras —se dio vuelta para el otro lado.

Joaquín se acercó a la ventana para mirar a la calle. El cielo estaba oscuro, como si fuera a llover.

—Antes de mañana llueve —dijo en voz alta.

Seguía en pie junto a la ventana cuando entraron Carmela y la señora Dolores.

—¿Duerme? —preguntó la muchacha.

—No tendrá ganas de hablar; le cayó la piedra en el lao derecho.

—Hoy ha nacido mi Luis. Estas cosas no debían de pasarles a los pobres. Ahora habrá que darle medicinas y sobrealimentarle. Estas cosas no debían de pasarles a los pobres, digo yo. Claro que Dios sabe lo que le conviene a cada uno, y yo no soy nadie para contradecir su voluntad; pero no está bien que estas cosas les pasen a los pobres. Las mujeres de los mineros, las madres, siempre estamos en vilo pensando en los hombres. Se van de mañana y una no sabe si volverán.

Carmela miraba para su novio, no hacía más que mirarle. Ni siquiera se acercaba donde él pudiera verla para que no se agitara. Sabía que Luis había preguntado por ella. Prefería estar así, mirándole.

Joaquín se despidió de las dos mujeres.

—¿Ha venido Carmela, madre? —preguntó Luis. Tenía la cabeza vuelta para el otro lado; miraba a la pared.

—¿Qué hay, Luis? —dijo la muchacha sonriendo. Luego calló.

Dentro de su corazón no había hueco para las palabras.

El aire quemaba. El viento soplaba día y noche llevando el polvo negruzco de las minas, el vuelo de los pájaros que planeaban sobre la llanura lanzando gritos agudos.

El aire parecía arder. Las golondrinas se refugiaban bajo los aleros de las chabolas o bajo las tejas de la iglesia. Volaban sobre el barrio batiendo un instante sus alas para remontar el cerro, se dejaban caer rozando el suelo con su panza gris, serrando el aire con un chillido lastimero.

El viento ardiente y seco, como un puñado de pólvora, se arrastraba por las calles. La tierra de Santa Ana estaba como

arrugada, hendida, abierta en mil grietas. El barrio y las gentes parecían también vivir en calma. Sólo los días de paga parecía renacer. Santa Ana vivía de una manera distinta; durante la noche, todas las rencillas de los mineros parecían olvidadas. Las riñas en la taberna de Amelia parecían peleas de broma, buenas para estirar la lengua y los músculos. Al amanecer del domingo el pueblo se encalmaba; sólo los perros y los cerdos gruñían en el cerro, hartos de desperdicios.

Joaquín y su familia seguían instalados en casa de los primos. Las mujeres trajinaban en la casa, lavaban, limpiaban, hacían la comida, y se reventaban hablando del porvenir y de lo mala y cara que estaba la vida.

A los anocheceres, Joaquín y Angustias se sentaban en la puerta de la casa. El tiempo que llevaban en Los Llanos les había bastado para comprender que, si en la mina daban mejores sueldos que en el campo, la cuenca minera era también el pueblo de los precios caros y que el trabajador de Los Llanos era tan pobre, a fin de cuentas, como el de otro sitio cualquiera.

Joaquín jugaba con el pequeño, le hacía saltar en el aire, le hacía cosquillas con la barba. El niño reía, todo sucio de polvo. Angus, la pequeña, jugaba con Luisito. Aquella semana, cuando Joaquín salió del pozo, le entregaron el sueldo en el acostumbrado sobre azul. Sin chapuzarse siquiera se sentó en una banqueta y desgarró el sobre.

No en balde durante la semana todo había ido mal en el pozo. La veta era muy dura y en los destajos no habían llenado más de diez vagonetas diarias.

Anduvo contando los billetes y ni siquiera oyó a Ruiz, que, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—¿Estás de mal humor, granadino? ¿No has arañado bastante dinero para la familia? No hay que apresurarse a reventar; otra semana tendremos más suerte con la capa.

Contaba el dinero al tiempo que se hablaba: «Tendré que estar toda la vida arrastrando mineral en lugar de labrar la tierra».

—Así son las cosas, Angustias —contaba luego Joaquín a su mujer—; de picador se gana más. En cuanto pueda pido el puesto. Dentro de cuatro o cinco años, ahorrando, podremos regresar al pueblo. Compraremos una mula y alguna tierra junto al río. Echaremos cabras.

Angustias pensaba en el presente.

—En casa de los primos se ahoga una; no hay sitio, no hay aire.

Después añadía:

—Si al menos tuviéramos una casita...

—Y el dinero ¿dónde lo encontramos? —interrumpía Joaquín, vuelto a la realidad.

—Algo tienes ahorrao.

—Eso es para cuando regresemos al pueblo.

—Joaquín, una casucha de nada, pero nuestra.

Una bola se le sube a Joaquín a la garganta. Vuelve a ver en un relámpago su vida de hambre en Tero, la tierra de junto al río. La tierra de junto a cualquier río.

—Una casucha de nada, Joaquín. Dando cinco mil de entrada alquilan una al otro lado del barrio, cerca de los árboles del alto. Hay que pagar trescientas al mes.

—Yo pensaba hacerla con mis manos en los ratos libres.

—Dicen que es una buena casa, Joaquín.

—Ya veremos.

Joaquín, tumbado en el colchón, daba vueltas a la idea de la casa. «Trescientas cincuenta a la semana hacen mil cuatrocientas al mes. Cuatro horas de destajo, a dos duros la hora, más o menos, hacen cuarenta por día. Por seis días son doscientas cuarenta. Dejemos diez duros para comer, bien poco es. Quedan cuarenta pesetas. Los dos niños, Angustias y yo somos cuatro bocas. Cuatro bocas con diez duros. Luego vendrán las trescientas del alquiler y, además... Lo primero es la comida. Claro que Angustias y yo no necesitamos fortalecer los huesos, ya los tenemos duros. Podíamos ahorrar cuarenta duros todos los meses, dos mil cuatrocientas al año. En cinco años no hay más

que para comprar la tierra; podría dejar lo del mulo para más adelante...»

Encendió un cigarro; seguía absorto en sus pensamientos, con la mirada fija en la oscuridad a través del resplandor del cigarro.

Continuaba dándole vueltas a la idea cuando sonó el despertador. No había más que un camino, se dijo. «Si me dan la plaza de picador, trabajando once horas diarias, ganaría lo menos veinticinco duros.»

Se calzó las botas, comió su trozo de pan del día anterior mojado en el café, encendió un cigarro y partió para el trabajo. Antonio ya iba pedaleando carretera adelante. Ya no montaba con su primo. Procuraba hacerse el dormido y que Antonio saliera antes que él, pues no era una broma para la bicicleta el llevar doble carga; las cubiertas sufrían.

«Tendré que comprarme una bicicleta», se dijo.

Joaquín descendió al pozo. Charcos de agua gris, montones de tablas, martillos neumáticos, cobertizos de herramientas e infinidad de cañerías llenaban el espacio del anchurón. Recibió su contraseña de latón, y tras la cuadrilla avanzó por la galería. Colgó la chaqueta en un clavo. Seguía hablando en voz alta.

—Podríamos ahorrar cuatrocientos al mes.

Los de la cuadrilla miraron para la cara de Joaquín.

—Todavía está soñando —dijo «el Cordobés».

—No, si «el Granadino» es capaz de no comer con tal de ahorrar dinero para comprar tres olivos y un burro...

—Pedro dice que el Joaquín guarda los dineros en un calcetín debajo de la cama.

—Pedro no sabe la verdad. Joaquín guarda el dinero en el Banco. Le pasa igual que a uno que yo conocía: cuando estuvo en la «mili», al final de año metía en la cuenta corriente los trescientos sesenta y cinco reales de las sobras.

Sonó el pito llamando a los del primer turno, y pronto las perforadoras sacudieron el cuerpo y las manos de los obreros. Roncaban los barrenos al romper las entrañas de la mina. Las

manos luchaban contra las piedras. Las dieciséis manos de la cuadrilla transformaban la piedra en pan.

La cuadra olía a hierba podrida, a heces. Joaquín retiró a los caballos de junto al pesebre y se dispuso a engancharlos a la reata de vagonetas. Los caballos relincharon amistosamente cuando Joaquín les dio a comer un terrón de azúcar.

—Ya es hora del trabajo —les dijo.

El *Tieso* y el *Tuerto* se pusieron en pie y hocicaron contra la mano de Joaquín.

—Hoy el día estaba muy bonito. Aunque ya me pasa como a vosotros: la luz me hace daño en los ojos. Sólo puedo mirar de cara al sol cuando atardece. En el pueblo lo podía mirar cara a cara.

Siempre había hablado con los animales y a veces les cantaba cuando el trabajo era duro. Sentía una gran compasión por los dos caballos de la mina, que trabajaban y trabajaban sin darse punto de descanso.

—Ésos andaban tomándome el pelo por lo del dinero. Pero si yo pudiera ahorrar cuatrocientos todos los meses, ya veríamos quién se iba a reír de quién; el que no ahorra una peseta no ahorra un duro. Yo me pregunto cómo les puede gustar este trabajo de topas. El Luis dice que no hay nada como ser minero y bajar a presumir al baile con un billete de cien para gastar y un puro en la boca. ¿A vosotros qué os parece? Yo digo que es mejor andar con sol en la cara. Bien que os gustaría a vosotros el revolcaros en la hierba, al aire libre, o el padrear una buena yegua y no andar aquí medio cegatos.

Cruzaban el primer desvío cuando Joaquín habló de nuevo a los animales.

—Mi mujer quiere que alquilemos una casa, dice que Angus y el niño no pueden seguir durmiendo en el suelo. A mí no me parece mal, pero piden cinco mil de entrada. Yo preferiría hacerla en ratos libres comprando materiales de derribo, pero ella se empeña en que no, que nos llegará el día del Juicio sin tener casa. Uno no puede hacer caso de las mujeres: tienen la

cabeza a pájaros y siempre están tratando de que hagas lo que ellas quieren. Además, esta gente de la ciudad habla de los miles de pesetas como si todo el mundo fuera millonario.

Joaquín azuza a los caballos.

El vientre de la galería llora torrentes de agua negra. Rechinan las ruedas contra los carriles. Por lo hondo, resuenan las voces de los picadores y barreneros. El rugido de la dinamita ahoga los pasos del caballista. El capataz corre por la galería. La gente se agita sudorosa y los caballos se paran.

Joaquín, armado de una pala, se planta junto a un montón de pizarras mezcladas con arcilla. García y Pedro, cubiertos con los cascos, palean el mineral dentro de las vagonetas. Brilla la luz de dos mecheros. Felipe, el capataz, aguijonea a la cuadrilla con voz destemplada.

—¡Hale, hale! ¡Aprisa!

Sin enderezar el cuerpo, ni levantar la cabeza, lanzan por encima de sus hombros los trozos de piedra. La piedra y la arcilla pesan, tiran de las manos hacia el suelo; pero Joaquín aguanta, aprieta la pala, y voltea.

—¡Hala, hala! ¡De prisa!

El *Tieso* y el *Tuerto* arrastran las vagonetas llenas de piedra y tierra mojada, pesada y negra. Joaquín anda a grandes zancadas junto a las patas traseras de las bestias.

La tierra se pega a la suela de las botas y cuesta trabajo mantener el paso de las caballerías.

Pedro «el Extremeño», encorvado en un nicho de refugio, refunfuña en alta voz.

—Cuando escupo me sale negro. He trabajado seis años en el Inclinao y he masticao todo el polvo de la galería cuarta. Cuando hago mis necesidades me sale negrino. Aunque llegue a los cincuenta años, el polvo no acabará por salir de mis tripas.

—«Extremeño», ni el mismo demonio si existiera trabajaría igual que nosotros —dijo Ruiz.

Pedro llenó la vagoneta y escupió furiosamente. Sonaban las cimbras del entibado, secas como parches de un tambor.

«El Cordobés» movía la cabeza de un lado a otro al compás de la perforadora y cantaba con fingida tristeza:

*Qué triste es la vida del guardia civil,
qué triste es la vida del guardia civil,
en invierno de pana,
en verano de dril,
qué triste es la vida del guardia civil.*

García siguió paleando; tenía las arrugas de la cara cubiertas de polvo, el sudor le resbalaba por debajo del casco y las gotas, negruzcas como bolas de escarabajo, se le paraban entre los labios. Murmuraba entre dientes:

—Llegar a viejo es lo peor que a uno le puede pasar.

«El Extremeño» se echó a reír. Siempre le andaba buscando la lengua a García.

—¿A quién le llamas viejo, García? Tú y tu mujer no calentáis un huevo siquiera. ¡Eh Felipe, aprende de él, no hace más que colgar los pantalones en la cama y la parienta se le hincha como un pandero!

Toda la cuadrilla se echó a reír.

—Os aseguro que éste es el último hijo que me da la Emi. El alimentar cinco bocas es más que suficiente para un hombre, aunque éste sea capataz.

Ruiz, mientras luchaba con el barreno, preguntó al Felipe:

—Oye, ¿cuándo van a apuntalar esto?

—Vino el facultativo y dijo que ya está bien de puntales.

—Hay que doblar los puntales, Felipe; tú lo sabes.

La cuadrilla dejó de reír. Volvieron sus cabezas aguardando la respuesta del capataz.

—Me lo ha dicho don Elías; también me ha dicho que andas levantando los pies del suelo a los de los otros turnos que no han protestao. Yo te lo digo por tu bien, asturiano. No andes incordiando ni levantando los ánimos. Don Elías dice que se te despida y en tu lugar se contrate a uno más joven.

—Escúchame, Felipe.

—«Asturiano», no me vengas con historias. Recuerda que en la calle hay muchos hombres deseando buscar el jornal.

García arrojó su pala al suelo y se puso a gesticular delante de Felipe.

—Don Elías dirá lo que quiera, pero en el corte la piedra del techo se desprende por sí sola; como si fuera tierra.

—Te repito lo que he dicho al «Asturiano» —gritó el capataz.

—A García tú no le chillas —se interpuso Pedro.

El estruendo de un barreno terminó con la conversación de los hombres de la cuadrilla.

Luciano escupió contra el suelo y dijo, mirando a las espaldas del capataz:

—Esto es para ti, mamonazo... Para ti y todos los de tu casta.

García, mientras luchaba con su carga, pensaba en el fin de la jornada. No tenía cariño a la carretilla que empujaba desde el corte a la vía, ni tampoco a las piedras que arrancaba con las manos. Odiaba el trabajo. Notaba dentro de él una amargura que le comía las entrañas. ¿Cuándo levantaría la última piedra? Sus brazos tenían la certeza producida por el peso de las piedras que tiraban y tiraban desde los músculos del cuello, las piedras que tenía que levantar sobre sus hombros y luego arrojarlas en la vagoneta. No podía aliviar su trabajo con canciones al igual que los otros compañeros. Dentro de él algo hablaba con mudo lenguaje, el de la opresión y la desesperación que le atormentaban al comprender que había dejado su vida entre montones de mineral.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer si no os gusta este corte: buscar trabajo en otro sitio.

Felipe se alejó del corte con aire bravo. La cuadrilla había oído las últimas palabras del capataz con indignación.

—Ya os decía yo que el Felipe es un soplón, que no es trigo limpio —dijo López «el Viejo».

—Algo habrá que hacer, no vamos a dejar que el techo se nos venga encima porque la empresa quiera ahorrarse el dinero del entibao —intervino Ruiz.

—¿Qué quieres que hagamos? Tú mismo lo has dicho otras veces: estamos arriaos como los caballos de Joaquín —dijo Pedro, apoyándose en los lomos del *Tieso*.

El animal resoplaba fuertemente.

—Lo que yo digo es que la Empresa a lo mejor no tiene la culpa; a lo mejor no se enteran de estas cosas. El Felipe y los otros se las callan, digo yo —medió Joaquín.

—La culpa es de la forma de funcionar, no de que un hombre diga así o asao —saltó Ruiz inmediatamente.

—En la mina se gana bien, no se pasa hambre como en el pueblo —murmuró Joaquín. Era la primera vez que hablaba de problemas de trabajo y casi no se atrevía a opinar. Pensaba que a lo peor el Felipe daba parte de la cuadrilla y los despedían a todos, y adiós las tierras y la pareja de mulas.

—Yo digo que el Felipe, aunque sea un soplón, no tiene la culpa. Mientras haya gente con hambre y sin trabajo, los ricos encontrarán un capataz para arrear a los obreros —repuso Pedro.

—Tú eres un mandangas, Pedro —dijo García—; para ti todo el mundo es bueno. No tienes dos palmos de frente; el Felipe es una hechura de la Empresa. Si no lo fuera, ¿de qué le iban a pagar lo que gana y le iban a prometer una casa en la Colonia de Ayudantes? Está más claro que el agua: por soplón y ahorrar cuartos a la Empresa no apuntalando el corte.

—El mandangas serás tú. Yo digo que vuestras ideas estarán bien, pero siempre ha habido ricos y pobres.

Ruiz, arrodillado, mete el cartucho en la caña del agujero. Los hombres quedan en silencio, aguantando la respiración.

—Voy a encender la mecha —susurra «el Asturiano».

Joaquín retira las caballerías al abrigo de un recodo; los hombres retroceden hasta los nichos de refugio excavados en las paredes.

Crece la explosión a lo largo de la galería, ruedan el polvo y el humo hacia los arranques más profundos. Las pizarras saltan rugiendo, llenando el aire de navajas afiladas. Los caballos cocean asustados, y la nube de polvo negro pasa ladrando a través de los portalones. Gimen las cimbras y gritan las ratas bajo la voz de la dinamita.

Al rato salen los de la cuadrilla de sus nichos, negros y encogidos como si acabaran de nacer entre los antiguos estratos de la tierra; ahogándose en el polvo.

Como topos, por encima de la montaña de escombros, socavan las pizarras desprendidas de las entrañas del corte. Igual que las cucarachas sirven de alimento a las ratas de la mina, los hombres de la cuadrilla arrancan el pan de todos los días para otros hombres.

A lo lejos, el eco del barreno se arrastra con un gemido redondo.

—Vamos, *Tuerto*; vamos, *Tieso*.

A lo largo de la vía, Joaquín y la reata de vagonetas persiguieron el eco.

En vista de que Angustias seguía insistiendo en lo de la casa, Joaquín había echado sus cálculos. La mujer tenía cosido a la blusa parte del dinero procedente de la venta de las cosas del pueblo y Joaquín algo más de cincuenta duros, dinero ahorrado en los tres meses que llevaba trabajando en la mina. Reuniendo todos los recursos llegaban casi a las dos mil pesetas. Los primos no hacían más que instar a Joaquín a que siguiera los consejos de Angustias y alquilara la casa, pues en la de ellos, decían, no podían seguir durante mucho tiempo, ya que resultaba pequeña para tanta familia como eran. Con los buenos consejos de los primos y las dos mil pesetas en el bolsillo, sin vislumbrar mucha luz en su camino, Joaquín recordó que «el Extremeño» le había hablado de un amigo suyo, contratista, que alquilaba casas en el barrio. Ya decidido fue a visitar al «Extremeño», el cual vivía en la calle del Alférez Pasalodos.

Llamó en la puerta y le abrió la mujer de Pedro. Ésta le indicó que su marido aún no había llegado, que esperara en el comedor, pues no tardaría mucho. La mujer se fue a la cocina y Joaquín quedó en el comedor esperando a su amigo.

La casa del escombrero, un interior del primer piso, tenía una ventana abierta a un patio por el que subía un griterío de mujeres y niños. En el comedor había pocos muebles: tres sillas, una mesa de pino sin desbatar, y dos camas en un rincón.

Cuando llegó Pedro, la mujer de éste sacó una botella de vino y unos trozos de tomate. Merendaron los tres mientras Joaquín les contaba el motivo de su visita.

—Tengo que pedirte una cosa, «Extremeño» —dijo Joaquín deteniéndose en su tarea de morder un tomate.

—Si en mi mano está, cuenta con ello.

—Ando buscando casa.

—¿Y cómo vas a pagar el traspaso?

—Algo tengo ahorrao.

—¡Qué vas a tener tú!

—Eso te parecerá a ti; tengo cerca de dos mil pesetas.

—¿Quién te lo ha dao?

—Es dinero del pueblo, de cuando vendimos nuestras cosas.

—No, si tú eres un potentao; ya lo dice «el Cordobés».

—Lo que yo quiero es que busques a tu amigo, el que alquila las casas. Tú puedes conseguir que me rebaje algo; tú tienes lengua para eso. Yo soy más corto que las mangas de un chaleco.

—No hace falta que me des coba, porque el Gonzalo, tocante al dinero, es más agarrao que la pizarra en un corte duro.

—El Gonzalo, aunque sea de la tierra, es un sinvergüenza. Todo el dinero que tiene es de la Sebastiana —dijo la mujer de Pedro.

—¿Irás a verle? —preguntó Joaquín a su compañero.

—Bueno, dentro de un rato vamos si quieres. Para en el Bar España. Todas las tardes va a echar una partida de dominó.

—¿Y usted tiene mucha familia? —preguntó la mujer a Joaquín.

—Una chica mayorcita y un niño de pecho.

—¿Y se le crían bien?

—Vaya, parece que a la Angustias le va viniendo la leche; antes no tenía ni medio cuartillo.

—Nosotros también tenemos tres hijos —intervino «el Extremeño».

La mujer de Pedro era muy simpática al parecer de Joaquín. Tenía la cara chupada y le faltaban dos o tres dientes, motivo por el cual silbaba las palabras. Era de pequeña estatura, pero bien formada.

—La verdad, mira: yo quiero una casa decente para que mi mujer y mis chicos no duerman en el suelo.

—Hombre, Joaquín, a mí me parece muy bien.

—Oye, otra cosa. ¿Tú crees que tu amigo podrá esperar un poco para las tres mil que faltan?

—Ya te he dicho cómo es «el Huevos duros» para el dinero. Pídele a Ruiz que te lo preste. «El Asturiano» siempre está dispuesto a hacer un favor por un compañero. Sé que tiene algo de dinero en el Banco.

Al rato terminaron de beberse la botella, y «el Extremeño» dijo que ya era hora de ir a buscar a Gonzalo. Joaquín se empeñó en que la mujer del «Extremeño» fuera con ellos a tomar café.

—A mí no me gusta ir al café; una mujer está mejor en su casa.

—Bueno, pero una vez...

—Es que el Gonzalo no me cae bien como usted. Además, el España siempre está lleno de hombres.

—Vas conmigo —dijo Pedro.

La mujer dijo que no con la cabeza y se levantó para encender la luz.

—No tenéis mala casa —comentó Joaquín—. Vivís bien.

—Regular na más; mejor viven otros —replicó «el Extremeño».

—A mi marido todo lo de fuera le parece mejor que su casa.

—Yo no digo eso; sólo digo que vivimos regular na más.

—¡Que vengas pronto! —dijo la mujer al despedirse de su marido.

—No hagas caso a mi mujer; por ella tendría que estar atao como un perro a la pata de la cama.

—No hagas caso a mi marido; siempre habla por hablar —contestó con enfado la mujer de Pedro.

Joaquín estrechó la mano de la mujer y dijo que una tarde, cuando tuviera la casa, fuera a conocer a su familia.

—Angustias se alegrará mucho de conocerla.

—A mí también me alegrará.

Ya por la escalera, «el Extremeño» contó a su compañero que no acababa de entender del todo a la Isabel.

—Las mujeres son muy raras, chico. ¿Tú entiendes a tu mujer? Pues yo a la mía ni un cachito así. Pero es trabajadora, como buena jurdana. No para un momento.

—Es muy simpática —comentó Joaquín.

—Es algo zaína cuando no se la conoce, y me extraña que enseguida haya hecho migas contigo. Yo a veces la encuentro bien, y otras veces me parece más fea que Picio. No sé si te pasará a ti con tu mujer, pero, a veces, la Isabel tiene una cara muy especial.

—Nunca me había parao a pensar en ello.

El Café España estaba situado en la Avenida de José Antonio, frente al quiosco nuevo de la música. La avenida era muy ancha y flanqueada por árboles a ambos lados de la calzada. Por uno de los extremos, la calle terminaba en una transversal, donde brillaba el anuncio luminoso de un hotel para viajeros. Por la otra punta, la Avenida se ensanchaba hasta formar una explanada sin árboles que en tiempos debió de estar vallada, pues aún se podía ver un arco metálico, enrejado, junto a la caseta de un transformador. En lo alto del arco podía leerse:

CAMPO FIESTA DEL ÁRBOL.
1915

Las casas de la explanada eran viviendas de aspecto pobre, antiguas, de una planta. No había mucha gente en la explanada; algún hombre conduciendo un carro o alguna pareja de novios que aprovechaban la escasa iluminación para contarse el amor que se tenían. También, a la madrugada, cruzaban los hombres del último relevo y algún borracho que iba a dormirla al amparo del quiosco de la música.

—Sí, hombre, sí —dijo Pedro al cabo de un rato de silencio—; ya verás como se arregla todo.

Entraron en el café y «el Extremeño» se acercó al dueño del bar.

—¿Ha venido Gonzalo? —preguntó.

—Aún no ha venido, ya lo ve usted mismo.

—Pero vendrá, ¿verdad?

—Creo que sí; ya le están esperando para la partida.

—Nos vamos a sentar a esperarle.

—Como gusten.

El limpiabotas se acercó donde estaban los dos amigos. Se dirigió a Joaquín.

—¿No me recuerda usted?

—No caigo.

—Sí, hombre. Me llamo Celestino. Le indiqué la casa de su familia cuando llegó usted al pueblo. ¿No se acuerda que le enseñé el muñón?

El limpiabotas agitaba su mano sin dedos delante de la cara de Joaquín.

—Ya recuerdo —dijo éste.

—¿Me convida a un vaso?

—Sí, hombre. Y a dos.

—¿Su mujer y los chicos?

—Están bien. ¿Y a usted cómo le va la vida?

—Ya lo puede usted ver: tirando.

El limpiabotas se acercó al mostrador y, frotándose la mano izquierda contra la culera del pantalón, pidió una copa de coñac «Veterano».

—Los hay que tienen cara —murmuró «el Extremeño».

—Pobre hombre; le falta la derecha desde que le explotó un barreno.

—Lo que le falta es la vergüenza; hace falta tener cara para pedir que le conviden a uno de esa manera. ¿Quieres que echemos una partida mientras viene «el Huevos duros»?

—Hombre..., si te empeñas.

—Si no quieres, no; yo lo decía por matar el tiempo.

—Pues, mira, no me distrae el juego; soy negao para las cartas. Aunque a veces, en el pueblo, jugábamos a la brisca a céntimo el tanto.

La sala comenzaba a llenarse. Las voces de los hombres se mezclaban con las de los locutores de Radio Ciudad Real. El Café España tenía sus visos de elegancia: cuatro o cinco divanes tapizados de plástico rojo algo deteriorado. Dos espejos, anunciando el anís «La Pajarita», llenos de churretes. Una lámpara de cristal y bronce, grande, colgando en el centro de la sala. Escupideras de loza y dos tablonces donde podían leerse los resultados de los encuentros de fútbol, de primera y segunda división, celebrados el domingo anterior.

En torno a los veladores de mármol se agrupaban los jugadores y los mirones. El mozo, con aire aburrido y el paño al hombro, se apoyaba en una de las cuatro columnas salomónicas que sustentaban el techo del establecimiento. En un rincón, unos pequeños jugaban al futbolín.

Mientras los dos compañeros tomaban café, llegó Gonzalo. Era éste un hombre grueso, de nariz roma y sonrisa abierta. Tenía aires de vividor.

—Hola, Pedro; creo que has preguntao por mí —gritó al tiempo que palmeaba efusivamente las espaldas de su amigo.

—Este amigo, que quería hablar contigo.

—Pues usted dirá —dijo Gonzalo a Joaquín.

—Siéntese y tome algo con nosotros.

—Me tomaré una copita de anís.

—Yo quería preguntarle si me podía alquilar una casa.

—¡Hombre!... Me pilla usted de una manera...

—Es que me han dicho que usted tiene una chabolilla libre.

—Tener, tengo una que es algo más que una chabolilla. Lo que hace falta es que le convenga.

—Si nos arreglamos en el precio nos podemos entender.

—Oye, Gonzalo, el amigo Joaquín es compañero mío. Tráta-le como si fuera de la familia —terció «el Extremeño».

Un hombre de la mesa donde jugaban al dominó se aproximó al grupo. Habló a Gonzalo.

—«Huevos duros», ¿vienes a echar la partida?

—Ahora voy; en el entretanto echar unas manos. Di a los amigos que estoy tratando un negocio.

—Está bien. No tardes.

El hombre se volvió para su mesa. Gonzalo, mientras encendía un cigarro, dijo para Joaquín:

—Benito es un imbécil; me ve que estoy hablando con ustedes y enseguida viene a dar la lata.

—Los hay como mantas —comentó Pedro.

—Pero no abrigan —replicó Gonzalo.

—Yo quería esa casa de Santa Ana. ¿Qué tal está construida? —inquirió Joaquín.

—Mire, amigo, yo soy maestro de obras; se lo puede asegurar Pedro. Con el corazón en la mano lo digo: la casa no es un palacio. Pero tiene una torta de cemento en el suelo de lo menos treinta centímetros. Allí no pasa el agua como en otras del barrio, que en cuanto llueve se ponen perdidas de humedad.

—¿Y cuánto pide por ella?

—Lo sabe todo el mundo: cinco billetes verdes de entrada y trescientas de alquiler —contestó el maestro de obras.

—¿No le parece a usted un poco caro?

—Yo no soy de los que están a la que salga; cuando digo un precio es que lo vale la casa. No hay más remedio que ser for-

mal en los negocios. Además, ustedes los mineros ganan buen jornal.

—De eso hay mucha tela que contar —intervino «el Extremeño».

—Podíamos ir a verla mañana —sugirió Joaquín.

—Ni mañana ni pasao puedo. Hasta el domingo no hay nada que hacer. No tengo tiempo ni pa respirar —aseguró Gonzalo.

—¿Tanto trabaja usted? —preguntó con curiosidad Joaquín.

—Mucho —aseguró el maestro—, mucho; no se puede hacer ni idea. En cuanto me levanto voy a las obras de la casa que estoy haciendo en la carretera. Una casa a todo lujo, con calefacción, baño y bidé; me gustaría que la vieran. Va a costar lo menos dos millones. Luego me voy al Tomillar, donde estoy haciendo unas chabolillas para alquilar. A las dos regreso a casa, como con la parienta y duermo la siesta una horita o dos. Después me doy una vuelta por las obras y me vengo al España a echar la partida.

—Pues usted ganará mucho dinero.

—Gonzalo se está forrando —aseveró «el Extremeño».

—La gente no ve más que lo que uno gana; pero ¿y los gastos de la casa? Mi mujer no lo hace con siete mil al mes.

—Pues gasta usted más que un torero. —Joaquín quedó mirando con admiración al maestro de obras, pensando que con siete billetes al mes se podían hacer muchas cosas.

—La casa de la carretera la estoy construyendo por administración para un tipo que tiene muchas perras, él o su madre. Después de pagar los seguros y a los obreros no me van a quedar ni veinte mil duros. La madre del tipo ese no hace más que ir por la obra a ver cuánto cemento se gasta; lleva un cuadernito de pastas negras y anota cosas. Yo creo que lleva en cuenta todos los sacos que se gastan.

—El Luciano, un compañero de tajo —dijo Joaquín—, dice que una docena de fulanos son dueños de media España.

Los de la partida de dominó no hacían más que llamar a

Gonzalo. El contratista se levantó para ir a calmar a sus amigos.

—Perdonen un momento; enseguida vengo y acabamos de ultimar el asunto. Éstos son unos pelmazos que no dejan en paz ni a Dios en cuanto se trata de jugarse los cuartos.

Pedro, mientras el contratista hablaba con sus amigos, contó a Joaquín de dónde le venía el dinero al «Huevos duros».

—Dio el braguetazo a gusto. La Sebastiana tenía unas fincas por Almodóvar que lo menos valían sesenta mil duros.

—¿Y por qué le llaman «el Huevos duros»?

Mientras esperaban a Gonzalo, Pedro contó que el maestro de obras era de Casar de Palomero, capital de las Hurdes. Andaba de albañil y no tenía dónde caerse muerto. El mote de «Huevos duros» se lo pusieron cuando la guerra los compañeros de la unidad de caballería. Gonzalo, por aquello del hambre que pasaba, se fue voluntario con algunos más del pueblo. Como estaba dando el penúltimo estirón y siempre andaba con unas necesidades que le llevaban por la calle de la amargura, en cuanto tenía ocasión de comer se daba tales atracones que revolvió las tripas a sus compañeros. Un día que andaba de patrulla por la Sierra de Albarracín compró un ciento de huevos a una mujer. Los coció dentro de una perola y cuando ya estuvieron duros los metió en el macuto. Montado en el mulo llevaba el morral encima de las piernas y de rato en rato cascaba un huevo en el arnés del animal. Ayudándose con agua, en cuatro días, dio fin a la centena de huevos.

—Luego se vino para Los Llanos, yo vine a trabajar aquí por él, y anduvo trabajando de peón de mano en las obras de la Minera del Sur. Conoció a la Sebastiana y dio el braguetazo. La Sebastiana era algo mayor que él y más fea que un mono, pero tenía cincuenta mil o sesenta mil duros.

En seguida volvió «el Huevos duros», y los dos amigos cambiaron de conversación. Joaquín miraba con curiosidad al maestro de obras.

—Así que podríamos ver la casa el domingo, ¿no?

—Sí, señor.

—Bueno, pues ya me dirá «el Extremeño» dónde es.

—Mejor será que pase por casa y vamos juntos —dijo Gonzalo.

—Pedro me dará las señas de ustedé.

—Pues hasta el domingo, y no se olvide de llevar el dinero. Yo me voy con esas fieras —terminó Gonzalo.

Se fue a la otra mesa. Los jugadores le recibieron con gritos de «Ya era hora», «Pelmazo»... El contratista, mientras barajaba las fichas, llamó al limpiabotas. Celestino corría con la caja para servir al jugador, pues éste era cliente de todos los días.

Salieron los dos amigos y Gonzalo les saludó nuevamente cuando éstos pasaron cerca de la mesa de juego.

—Pide las tres mil que te faltan, a Ruiz —dijo «el Extremeño».

—¿Tú crees que tendrá?

—Yo creo que sí.

Se despidieron en la esquina de la calle donde vivía «el Extremeño».

—Bueno, chico, ya sabes lo que hay —dijo Pedro a manera de adiós.

Joaquín se fue para su casa pensando en la historia del contratista y en cómo pedirle a Ruiz el dinero que le faltaba.

Los días siguientes a la entrevista con Gonzalo, Pedro, por aquello de que él había sido quien había mediado en lo de la casa —y se sentía como responsable de ello—, acompañaba a Joaquín hasta Santa Ana.

A Antonio, primo de Joaquín, «el Extremeño» no hacía más que embromarle.

—Tú lo que quieres es echar al granadino de tu casa para quedarte a gusto.

—Yo le he dicho a mi primo que le daré dos sillas y un colchón en cuanto se mude —contestó molesto Antonio.

—Pues vaya cosas que le das.

—Hombre, no seas idiota; le doy lo que puedo.

—Bueno, dejarlo ya. Antonio me ha ayudao bastante. Ya llevo mucho tiempo en su casa y es hora de que me encarrile —terció Joaquín.

—¿Ya tienes el dinero?

—Aún no he hablado con Ruiz.

—Te podemos echar un cable. Ruiz vive en la calle de Valmaseda, frente al Hospital de la Minero-Metalúrgica.

—Podíamos ir —dijo Joaquín.

—Andando.

Tomaron la calle abajo y pronto llegaron a General Moscardó. El sol se iba perdiendo Tomillar arriba entre unas nubes verdosas.

Junto a las escaleras del Gran Teatro se agolpaba la gente para sacar entradas.

—Dan una película muy buena, me ha dicho Luis; una de americanos —comentó Pedro.

—Desde hace dos años que fui a Baza a vender tomates no he ido al cine. Vimos un drama muy bueno —comentó Joaquín.

—La mujer y yo vamos algunos sábados a gallinero —dijo «el Extremeño»—. Yo antes de venir a Los Llanos no había visto nunca el cine.

—Se te nota que tienes cara de paleta.

—¿Por qué se me nota?

—Porque la tienes.

—Uno siempre parece lo que es: yo soy de pueblo. Pero tú pareces otra cosa: tienes cara de gílipollas y de agarrao.

—¿De qué trabajabas antes? —preguntó Joaquín al «Extremeño», intentando cortar la disputa.

—Yo he sido pastor de cabras, he trabajado un cachino de tierra y he sido carbonero. Ahora trabajo en la mina.

—¿A ti te gusta el campo?

—Cuando hay tierra donde trabajar, sí.

—¿Cómo es tu tierra, «Extremeño»? —preguntó Antonio.

—La llaman la tierra de Jambri; así que por el nombre te puedes figurar cómo será. Allí no hay tierra donde sembrar ná;

todos son montes de pizarra más negros que las galerías del Inclinao. Por allí no ha pasao Dios; está dejao de la mano. No hay ni un dedo de tierra; hay que llevarla a espuertas, o en burro, y luego subirla monte arriba para que no se la lleven las aguas cuando las lluvias del invierno.

—¿Y qué se come por allí?

—Mi padre cogía unos cuantos habichuelos y diez o doce arrobas de patatas. Trabajábamos todos como bestias; yo andaba carboneando brezo para los de Béjar. Por la noche dormíamos en el cachino de huerto para que los jabalinos no se comieran las patatas. En cuanto te descuidabas ya te habían destrozao la cosecha.

—Pues la gente estará raquítica —comentó Antonio.

—Lo que da es una cosa que llaman bocio: se pone el cuello gordo, igual que pavos. La Isabel lo tiene un poco hinchao, pero casi no se le nota. Dicen que como el agua es tan pura, y no lleva ni cal ni yodo, da esa enfermedad. Mi padre tiene seis dedos y le faltan los dientes desde los treinta años.

—¿Y por qué no se va la gente de allí?

—La gente mayor no ha salido nunca del pueblo. Allí todo el mundo tiene su cachino de tierra; todos tienen tal para cual. No hay ricos. Yo creo que les da miedo perder lo poco que tienen. En las Jurdes no se puede vivir de otra manera: o trabajas como una bestia o hay que salir a pedir limosna por Castilla. Si no tienes suerte con el carbón o las cabras tienes que ir a segar a Salamanca por lo que te quieran dar. Yo estuve varios años para un pueblo que le dicen Ciudad Rodrigo y que tiene murallas y Seminario. Yo soy de una alquería del Malvellido que se llama el Gasco, y allí no teníamos iglesia ni Cottolengo. El Cottolengo está al otro lao del monte, cerca de Fragosa. Había que ir por un camino de cabras con cuidao de no despeñarte.

—¿Y teníais taberna al menos?

—Sí, pero el vino tienen que llevarlo de Salamanca. Allí todo lo tienen que llevar de Salamanca cruzando la sierra con burros. No hay trigo, no se amasa el pan.

—Yo sin pan no me apañaría para comer —comentó Joaquín—. En mi tierra el pan es bueno; cuando no hay otra cosa te apañas con pan, aceite y tomates.

—Pues tú no pareces muy bruto para haber vivido en un pueblo así —rió Antonio.

—La gente es bruta cuando no le abren las luces. En mi pueblo no saben leer más que los niños; los viejos, ni uno. Yo aprendí con las monjas; me enseñaron las letras y a sumar. El Cottolengo de las monjas tiene un motor para luz. Yo iba por las noches después del trabajo. Mi padre me contó que cuando llegaron las monjas a Nuñomoral pusieron a todos los hombres donde hoy está la carretera y los llevaron al río para que se despiojaran. Luego les dieron unas cruces para que se las pusieran al cuello. A los niños nos hacían rezar en voz alta y nos contaban cosas del cielo y del infierno. A mí me daba mucho miedo del Cristo que tenían: era de madera y tenía una mirada que te entraban temblores de verla. Un día fui a coger tomates a la huerta de las monjas, porque tenía hambre, y me pareció que el Cristo me miraba. Tiré los tomates y salí corriendo para el pueblo. Las monjas ni se enteraron, pero desde entonces le cogí miedo al Cristo, un miedo que no podía con él. Pero a pesar del miedo no escarmenté y fui más veces a por tomates.

—Y los domingos, ¿qué hacíais?

—Allí no había más diversión que el baile junto al río. Un mozo rascaba con una perra en una botella de anís de las que están hechas como con cachos de cristales, y todos los demás brincábamos alrededor de él, agarrados a las mozas. Cuando llegaba el camión de los carboneros de Béjar íbamos a beber vino con el conductor, para que nos contara cosas.

Joaquín sacó la petaca y lió un cigarro. Luego se la volvió a guardar en el bolsillo trasero del pantalón. Ya habían llegado junto a las tapias de la estación de ferrocarril que daban a la calle del mismo nombre, de la Estación. Al otro lado del puente que unía Los Llanos al barrio del Tomillar se alzaba el edificio del hospital minero.

—Ahí es donde se queda la sangre de los mineros —señaló «el Extremeño» al sórdido edificio.

El Hospital era un caserón de una planta, viejo y sucio, que daba frente a las vías del tren. Las siete ventanas de la fachada frontal del edificio estaban abiertas y por ellas se colaba el humo de las locomotoras que hacían maniobras con unos vagones abiertos, cargados de barriles de aceite que fabricaba la Minera del Sur.

—Me fui a trabajar al Casar con el Gonzalo. Yo le conocía porque fue a Nuñomoral con la cuadrilla de albañiles que hizo el Ayuntamiento. En el Casar estuve cerca de dos años y no me fue mal del todo. Allí me casé con la Isabel, que andaba de criada en la fonda de la plaza. Luego el Gonzalo se marchó del pueblo; había dejado preñada a una prima suya y no quería cumplir. Al año y pico, cuando ya se había olvidado el escándalo, «el Huevos duros» volvió por el Casar y me dijo que si me quería ir a Los Llanos a trabajar con él. El Gonzalo ya había dao el braguetazo con la Sebastiana y, como tenía dinero, arregló el asunto de su prima dando siete mil pesetas a su tío. La prima había abortao en sangre a los dos meses, y al no tener hijo la cosa no tuvo mucha importancia. El tío de Gonzalo se avino con el dinero de su sobrino de muy buena gana, compró un cacho de huerta y puso un criado por la comida. Anduve con el Gonzalo cerca de año y medio; tuvimos unas palabras porque me chupaba la sangre que era un gusto. Para no subirme el sueldo dijo que yo era un albañil de pega y que no tenía talento para nada. Yo le dije que él había tenido suerte al dar el braguetazo, que si no andaría como cada cual, pues no tenía dos dedos de frente. Al tiempo volvimos a vernos, hicimos las paces, pero no quise trabajar con él, aunque insistió mucho diciendo que me iba a nombrar encargao. Entré en la Minera del Sur, y hasta ahora.

—¿Y no quieres volver a tu tierra? —preguntó Joaquín.

—A las Jurdes no vuelvo yo ni atao. Y mira que es bonito aquello. Hay truchas de a palmo y la gente es buena. Iré a dar una vuelta para ver a los viejos. Cuando pongan luz y haya algo

para entretenerse.

Las gentes del Tomillar cruzaban por cima del puente. A las puertas de las casas, los chiquillos del barrio jugaban a lanzarse piedras. Todo el Tomillar estaba envuelto en el humo de los trenes; las casas parecían estar manchadas por los churretes de grasa que se desprendían del vapor de las locomotoras. Por las calles en cuesta se amontonaban las casas confusa, dolorosamente.

En seguida llegaron a la calle de Valmaseda. «El Extremeño» se detuvo frente a una casa pequeña que sobresalía de la alineación.

—Aquí vive «el Asturiano» —dijo Pedro.

Joaquín miró para la casa: era muy parecida a las otras de la calle. Entraron en el portal. Estaba iluminado por una puerta que daba a un patio lleno de ropas tendidas. Las paredes del portal aparecían llenas de nombres, de insultos, de sexos torpemente pintados. Del portal arrancaba una escalera de madera, estrecha y recomida, que llevaba al segundo piso.

Subieron los tres amigos para llegar a un corredor, largo y estrecho, que descansaba sobre el patio, apoyado en cinco pilares de piedra.

A lo largo del corredor se abrían las puertas de las viviendas. Encima de cada una de ellas aparecía un número pintado en azul añil.

—Ruiz vive en el número siete, al final del pasillo.

«El Extremeño» saludó a un hombre que estaba tejiendo cestos en medio del corredor. A su lado, un chiquillo destrenzaba juncos.

«El Extremeño» saludó al cestero.

—¿Cómo van los negocios, señor Toribio?

—Mal, con aprendices como éste...

—Hoy está usted de mala uva.

—Es que no me sirve para nada; no se gana el duro que le doy.

—Ya le enseñará usted.

El chico se puso en pie para mirar por la barandilla; parecía tener diez o doce años. Era un chico pelón y zanquilargo. Volvió la mirada para los tres hombres y dijo con aire descarado:

—El señor Toribio tiene poca paciencia para enseñar. Además, sólo me paga un duro.

—Ojalá pudieras aprender; para algo me servirías. No eres más que un vago. Como no te enseñé yo lo que me cuelga..., vas aviao conmigo. Si no quieres trabajar y morirte de hambre, allá tú. ¿A mí qué me importa?

—Yo no le faltó a usted, señor Toribio, que a todos nos cuelga algo —replicó el chiquillo.

—Bueno, hombre —dijo el cestero—; todo es una broma. Es que hoy estoy de genio; los fuelles, que no me dejan respirar.

El cestero se puso en pie como entumecido. Le silbaba el aire al entrar en el pecho.

—¿Está Ruiz? —preguntó Antonio.

—Hace un rato que le vi entrar —dijo el cestero.

El hombre volvió a sus cestos, y el chiquillo a destrenzar los juncos.

—Le dieron segundo grado; está silicósico perdido —comentó «el Extremeño» cuando el cestero no podía oírle.

«El Asturiano» abrió la puerta de su casa. Andaba medio desnudo y llevaba un periódico en la mano. No pareció sorprenderse de la llegada de los tres hombres.

—¡Hola! ¿Qué tal estáis? —dijo.

—Yo venía a pedirte un favor —murmuró Joaquín como con vergüenza.

—Pues tú dirás.

Pasaron los tres hombres dentro de la casa. El cuarto se componía de dos habitaciones y la cocina.

El retrete y la pila comunal estaban al otro extremo del corredor.

A una señal del «Asturiano» se sentaron junto a la mesa del comedor. Por la puerta de la cocina se oían las voces de la mu-

jer de Ruiz hablando con una vecina.

—Joaquín quiere coger una casa de traspaso y le faltan tres mil pesetas. Yo le he dicho que a lo mejor tú tenías para prestarle —habló «el Extremeño».

—Te las devolvería enseguida. Antes de tres meses.

—Yo puedo dejártelas. No es que tenga mucho, pero por tres mil no me dejo ahorcar. Ahora, que tienes que devolvérmelas en cuanto puedas, compañero.

Ruiz trataba de compañero a todo el que le caía simpático.

—¿Para cuándo lo quieres?

—Las necesito para el domingo.

—Cuenta con ellas.

—¿Qué tal es la casa?

—Aún no la he visto; será una chabolilla de nada. Pero mi mujer está empeñada en que nos vayamos a vivir solos.

—La Empresa ya se podía ocupar de hacer casas para los obreros con los cuartos que gana de más, y no dejar que la gente viva amontonada —dijo «el Asturiano».

—Ellos tienen hasta piscina para nadar.

—Y otros barrios sin una pizca de agua. Un día, muchachos, un día...

—Tú siempre estás hablando de ese día —dijo «el Extremeño».

—Eso pasará cuando todos nos demos cuenta por dónde nos aprieta el zapato.

—Yo creo que debemos mantenernos al margen; cada uno se las debe apañar como pueda —indicó Antonio—. Sí uno tiene fuerza, pues aprieta; si no la tiene, se amuela y nada más. Siempre ha sido así y siempre será.

—Tú hablas como los señoritos. ¡Pero este Antonio no sabe por dónde se anda, es un tarugo! —gritó Ruiz despectivamente—. En la época en que a uno le ha tocao vivir no hay más que dos caminos.

La mujer de Ruiz salió al oír las voces de su marido. Aunque ya estaba acostumbrada a sus gritos, no por eso dejaba siem-

pre de reconvenirle.

—No te exaltes, Laureano.

—¡Qué me voy a exaltar ni qué ocho cuartos! En cuanto uno dice las verdades, le llaman exaltao; a uno le toman por el anarquista Morral, el que tiró la bomba envuelta en flores, y yo de anarquista no tengo un pelo.

—Tiene razón «el Asturiano» —indicó Pedro.

—Lo que pasa es que hay gentes como el Luciano, que es un buen chico, de verdá lo digo. Pero no anda más que detrás de las faldas sin preocuparse de otras cosas. Las mujeres son cosa buena, pero cada cosa a su tiempo. Cuando toca ir con mujeres, se va. Y cuando toca hacer una protesta, se hace. ¿Vosotros creéis que hay derecho a que no se cumplan las leyes de seguridad? Pues en toda la Minera del Sur no hay ni un equipo de salvamento. Hace tiempo quisieron preparar unos cuantos; yo me presenté voluntario. Teníamos que ir a hacer prácticas después del trabajo y ni siquiera nos daban una gratificación. La gente, cansada de darle al pico doce horas seguidas, se aburría. El ingeniero encargado no aparecía casi nunca y no aprendimos nada. A los dos meses no quedábamos más que otro y yo, y nos dimos de baja.

—Los de la compañía francesa tienen equipos.

—Sí, pero éstos salen del tajo una hora antes para hacer las prácticas. No es que yo diga que los franceses sean menos usureros que éstos, pero saben hacer mejor las cosas. Al menos se preocupan un poco por el personal.

—Ya está arreglao el mundo. Si fuera tan fácil como lo dices... —murmuró la mujer del «Asturiano».

—Así que cuento contigo, ¿eh, Ruiz?

—Sí, hombre. Vente cuando quieras a por las pesetas.

—Y eso de la política tómalo con calma.

—Es malo el significarse en el trabajo, ya lo sé. Pero alguien tiene que ser el primero.

—Bueno, pues hasta mañana en el tajo.

En el corredor, el minero jubilado y el niño seguían pelean-

do. Algún vecino del patio tenía puesta la radio a todo volumen. El locutor de Ciudad Real recitaba la guía comercial.

Luis no acababa de ponerse bueno del todo. Podía valérselas y andar de un lado para otro aunque algo encogido. Los pulmones no le funcionaban bien y se ponía a morir cuando fumaba un cigarro. El médico le había recomendado que bebiere mucha leche y que hiciera reposo.

—Lo del golpe se le pasará enseguida. Cuando se levante tiene que ir a la consulta para ver cómo anda del pecho —dijo el médico—. ¿Trabaja muchas horas en lo hondo? ¿De qué?

—Diez —contestó la madre—. Mi Luis es picador, como su padre, que en la gloria esté.

—Pues no le viene bien el trabajar tanto. Le doy la baja para quince días.

—No tengo más remedio que echar horas; con el jornal pe-lao no llega ni para mal comer.

—Haga usted lo que quiera, pero comprenderá que yo no me echo nada en el bolsillo recomendándole que trabaje menos.

Todas las tardes iba Carmela a ver a su novio y se quedaba hasta que Luis le indicaba que se hacía tarde.

—Vete, que te van a regañar en casa de los señores.

Mas la verdad era otra. Deseaba que Carmela se quedara un rato más a hacerle compañía.

Luis mandaba a su madre a cualquier recado para quedarse a solas con Carmela. La muchacha, en cuanto quedaban solos, cerraba la puerta de la calle y se tumbaba al lado de su novio para besarle y hacerle caricias.

Se encontraba Luis muy impresionado por lo que había dicho el médico de mirarle el pecho por rayos equis. En la mina, todos los años, de cada cien hombres diez enfermaban con el primer grado de silicosis y los mandaban a trabajar en las labores del exterior.

Luis, como todos los mineros, tenía mucho miedo a la sili-

cosis, al polvo que llegaba a los pulmones hasta convertirlos en piedra.

«Cada día se puede respirar peor. Día a día la fatiga y la tos se hacen más grandes y andas como acatarrao.»

Se acordaba de cuando murió su tío Moisés. El tío Moisés era hermano de su padre y un hombrachón de cien kilos de peso, tieso como un pino. Picaba mineral por cuatro y bebía por una docena. Un día se puso enfermo y lo llevaron al hospital. Volvió al poco tiempo y ya parecía otro. No hablaba casi nunca y sólo bebía leche. Miraba todo con aire muy triste.

Ya los compañeros no tenían envidia del tío Moisés, ya no podía alborotar en la taberna, ni las mujeres andaban tras él como el ratón tras el queso. Ya sus puños no imponían respeto ni era capaz de echar un pulso con el que se terciara. Los chiquillos le chiflaban por la calle. Por la fatiga que le daba al trabajar se parecía al entibador flaco que se llamaba Ramiro; por las broncas que tenía con su mujer, al marido de la señora Dolores, y por el poco dinero que podía ganar en los destajos, y el hambre que pasaba, a cualquiera de los cientos de mineros jubilados que vivían en la cuenca minera.

Tío Moisés sólo sentía cariño por Luis. Cuando se notaba triste iba a buscar al muchacho y le contaba cosas de cuando picaba por cuatro hombres y bebía por una docena.

A veces renegaba de todo y le decía al muchacho:

—Luis, si un día mi hermano quiere mandarte a la mina, mata a mi hermano.

Otras veces se acordaba de sus buenos tiempos.

—Tú vas a sacar mis músculos. Ya verás cómo van las mujeres detrás de ti. Un minero siempre es un hombre, y no un currutaco de esos que andan despachando en los comercios.

A tío Moisés, contaba su mujer, un día le dio un arrechucho y se murió.

—Me lo contó el practicante. Al hacerle la autopsia le metieron el bisturí en el pecho; le hicieron un corte que casi le llegaba al cuello. Se le veían las costillas, y al abrirle olía muy mal.

Como a podrido olía el pobrecito... Tenía los pulmones negros; al doctor le costaba trabajo el abrirle; el bisturí se mellaba al cortar, mismamente hacía un ruido igual al que hace cuando lavas con asperón los cacharros de la cocina. El corazón le ocupaba medio pecho y parecía una bola llena de sangre. Me lo contó el practicante: el Moisés tenía tercer grado. Cuando el médico echó los pulmones dentro de un cubo de agua se hundieron como una piedra.

Luis contó a Carmela los pensamientos que le atormentaban. La muchacha se enfadó con él.

—¡Burro, más que burro! No digas esas cosas; se me pone la carne de gallina. Si una fuera a pensar en todo lo que puede pasar, apañada iba.

A medida que Luis se iba poniendo mejor dejaron de atormentarle todos los tristes pensamientos. Algunos días iban los compañeros a visitarle.

—¿Qué tal en la galería? ¿Ya te acostumbras? —preguntaba Luis a Joaquín.

—Acostumbrarme ya me voy acostumbrando, aunque ya sabes que a mí no me va ese trabajo. Y menos mal que ando con los animales. No sé por qué, pero al andar con el *Tuerto* y el *Tieso*, parece como si no hubiera dejado del todo el trabajo del campo.

—A mí los animales me gustan mucho. En casa de los señores tenemos un perro que en cuanto me ve viene detrás de mí. Se llama *Güisqui* y es muy cariñoso —contó Carmela.

—Los animales son muy listos; entienden todo. Yo en el pueblo tenía un burro que cuando yo estaba trabajando, y quería algo de casa, le metía el recado en la boca y el animal lo llevaba a mi mujer —replicó Joaquín.

Al acabar los quince días de baja en el trabajo, Luis saltó de la cama y, pedaleando carretera adelante, se fue para la factoría.

Dos días después, a la salida del pozo, Luis se acercó a Joaquín.

—¿Nos vamos? —dijo.

—Cuando quieras.

—Ahora mismo. He quedao con la Carmela a la puerta de la casa de sus señores.

—Pero yo no tengo bicicleta —observó Joaquín.

—La mía está en casa de mi suegro. La va a poner cambio.

—Yo me tengo que comprar una. En cuanto salga del lío de la casa me la compro; una bicicleta es siempre dinero.

—Cuando quieras comprarla vamos a casa de mi novia. El suegro siempre sabe de ocasiones, y a lo mejor puedes mercarte una buena por cuatrocientas pesetas.

Echaron a andar por la carretera particular de la factoría.

Soplaba un poco de aire. A espaldas de los dos compañeros se oían los silbidos de un tren minero. Por la boca de los hornos surgían bocanadas de humo gris. Desde el cielo llovía ceniza.

Los del segundo turno pedaleaban por la carretera. Albañiles, horneros, entibadores, escombreros, paleros, mineros de superficie y de fondo, fogoneros y maquinistas. Era una muchedumbre sucia, envuelta en sus ropas de trabajo, con sus candiles colgando del sillín, la que vomitaban las seis bocas de los seis pozos. «El Inclinado». «El Norte». «El Oeste». «El Pozo Plano». «El Sánchez». «El Hondo».

A los lados de la carretera que iba al pueblo se estiraban los campos quemados, tristes, yermos. Por todas partes se veían arenas grises, montones de escorias. Sólo, a lo lejos, se veía la mancha verde de alguna huerta. A la derecha, donde terminaba la llanada, el horizonte quedaba cerrado por las colinas. Algunas nubes parecían enroscarse entre los árboles del alto.

Cerca de las primeras edificaciones del pueblo se alzaban las tapias del campo de fútbol del equipo de la Empresa. Unos obreros andaban arreglando las gradas y, otros, jardineros, regaban el césped.

—¿A ti te gusta el fútbol? —preguntó de improviso Luis a Joaquín.

—En el pueblo, cuando chico —contestó Joaquín—, jugaba a la pelota en las eras; pero para ver no me gusta mucho. Una vez fui a los Cármenes a ver jugar al Granada con el Sevilla.

—La Minera del Sur tiene buen equipo; juegan en tercera.

—¿Y son mineros?

—Al principio, sí. Ahora ya no; compran jugadores.

—¿Y cuesta el entrar?

—A los de la Minera sólo nos cuesta un duro; pero a la gente le cuesta dos. Es un bonito negocio; siempre se llena.

Los árboles de la entrada del pueblo, de un verde apagado, parecían estar dormidos o muertos; no se movía una sola hoja. La carretera, amarilla y vacía, estaba inundada por el resplandor colorado del sol que, partido por la mitad, se escondía entre las lomas violáceas de la Sierra de Mestanza.

—¿Qué harías tú, si tuvieras dinero, Luis?

—¡Qué sé yo!

—Yo me iría al pueblo y compraría todas las tierras del río y del llano. Compraría un tractor. ¿Tú has visto cómo trabajan los tractores? Yo vi uno en Baza. Hacen plaf-plaf, y en menos que canta un gallo desbroza un campo en barbecho.

—A mí el campo me gusta para pasar el día. Carmela y yo hemos ido algunos domingos a bañarnos al río. Pero sólo me gusta para pasar el día. Un minero es un minero, y donde más a gusto se encuentra es en lo hondo, oyendo ladrar los barrenos. Yo lo he mamao. A mí dame eso de que los sábados te pongan un puro en la boca, te eches los cuartos al bolsillo y vayas con los amigos al baile a presumir delante de las mozas y de los tíos con corbata. Tiras de cartera y las mozas se van detrás de ti. Yo, si tuviera dinero, me casaría con la Carmela y compraría una mina que se moviera por electricidad, y cuando tuviera ganas de trabajo me bajaría a los cortes a explotar barrenos. Lo bueno del dinero es que, teniéndolo, nadie le pisa a uno.

Habían llegado a la residencia de los ingenieros. En la explanada, frente a la carretera, se alzaba la iglesia de los funcionarios.

La explanada estaba rodeada de pinos y de un seto que corría a lo largo del rectángulo de tierra limpia, amarilla.

—La trajeron desde el río en camiones —comentó Luis.

Joaquín, aunque había pasado muchas veces por delante, nunca había entrado en el barrio de los ingenieros. Habían transformado el yermo en un jardín. Los eriales de las afueras de Los Llanos estaban convertidos en un parque de mirtos, de acacias, de madre selvas, olorosas, con la baya carnosa de sus frutos.

Había surtidores y piscinas. Dos campos de tenis sembrados de arenas rojizas; un campo de baloncesto. Entre los rosales y los árboles enanos surgían las edificaciones de piedra y madera. Bancos de hierro entre los que crecía la hierba. Todo estaba fresco y jugoso, alegre como un bosque en primavera.

Entre los arbustos se veía jugar a los chiquillos. La infancia de los futuros jefes transcurría en el mundo reducido que se extendía desde la iglesia a las edificaciones. Una mujer extranjera llevaba a dos niños cogidos de la mano. El pelo rubio de la mujer caía sobre sus hombros. Llevaba un libro debajo del brazo.

—Es la mujer de don Gunter, el ingeniero alemán —dijo Luis.

Joaquín la miró pasar. Luego, por un paseo, llegaron junto a una de las piscinas. Unos niños se bañaban y tomaban el sol, esparciendo un suave olor a carne mojada.

Por fin llegaron a la puerta de la casa donde servía Carmela. Un guarda de uniforme los paró.

—¿Adónde van ustedes? ¿No saben que está prohibido pasar por aquí?

—A casa de don Mauricio. Vengo a buscar a la Carmela. Tengo permiso para pasar, ya lo sabe usted —contestó el muchacho.

El guarda les miró de arriba abajo y se marchó.

Joaquín miró para la casa. Las amplias puertas estaban abiertas. Nunca había visto una maravilla como aquélla. Era

todo gigantesco. La amplia escalinata de mármol, el patio que se veía a través de la puerta y que tenía una gran fuente en el centro, con flores raras y palmeras. Los cuadros y las estatuas del recibimiento, el garaje con tres coches donde tres hombres fregaban las carrocerías.

Al rato salió Carmela. Se había quitado el uniforme.

—Has tardao mucho —dijo.

Al reparar en Joaquín, le saludó.

—¿Cómo van los chicos?

—Bien.

—Pues vámonos; tengo que volver a las diez para la cena de los señores.

Al llegar junto a la carretera, Joaquín se despidió de los novios.

—No tengo edad para llevar la cesta y, además, he quedao con Ruiz para lo del dinero de mi casa.

Joaquín siguió su camino. Iba silencioso, pensando en el jardín de la residencia.

—¿Adónde quieres que vayamos? —preguntó Luis.

—Adonde quieras —contestó Carmela.

—No se me ocurre ningún sitio.

—Eres un soso; nunca se te ocurre nada.

—Podíamos ir al Cervantes a ver una película.

—Hoy no tengo ganas de cine. Vamos a otro lado.

—No sé qué otra cosa podemos hacer que ir al cine o a pasear.

Luis calló. En la mina tenía fama de tener la lengua larga; mas al lado de su novia no le salían las palabras. Las mujeres, todas —pensaba Luis—, quieren que les digan las cosas del amor de una forma especial; si no se molestan.

—¿Sabes que el señor me ha regalao un collar? Es de coral. Me lo ha traído de Mallorca.

—No me gusta que te anden regalando cosas.

—¿Tienes celos?

—¿Yo?

—Pues el señor es guapo.

—¿Te gusta? Pues ya te puedes ir con él —dijo Luis con enfado.

—Era una broma. Sólo te quiero a ti. Ven, pon tu mano aquí. ¿Oyes mi corazón? ¿Sí...?, pues dentro estás tú, sólo tú.

A Luis, a veces, su novia le parecía muy novelera; pero de todas maneras le gustó lo que ella dijo.

—De todas maneras no me gusta que te regalen.

—Luis, no discutamos esta tarde. Estoy muy cansada y contenta.

—Podíamos ir a pasear.

—¿Hacia el pueblo o hacia el río?

—Vamos por el camino del río.

Echaron a andar hacia la salida de Los Llanos por en medio de un rastrojo. Ya oscurecía.

Luis miró de costado y vio que Carmela sonreía. Le agradaba la suave piel de sus brazos, la forma arqueada y roja de sus labios. Miraba su cuello y la hinchazón de los pechos por bajo de la blusa. Se preguntaba Luis cómo sería Carmela; se veía apretando la carne de la muchacha contra su cuerpo. Un estremecimiento alegre le corrió por las venas.

—Luis, te noto algo raro.

Con cara inocente, estudiada, Luis se volvió hacia su novia.

—Pues no me pasa nada; estaba deseando pasear contigo.

Se sentaron en una piedra que marcaba el lindazo entre dos maizales. Las panojas movían el viento con su cabellera caída. A lo lejos, los chorros de humo de las chimeneas tenían resplandores rojizos. Ardían. La luna parecía una moneda de plata.

Carmela se acurrucó entre los brazos de su novio.

—Un día —dijo—, seguro que no te acuerdas, nos sentamos en esta misma piedra.

—Me acuerdo muy bien: fue cuando empezamos a hablar.

—Hace ya dos años. Aún no trabajaba en casa de don Mauricio.

—Tú venías de llevar la comida a tu padre y no querías ir al campo.

—Sí.

—¡Me acuerdo muy bien! Te besé y te enfadaste.

—Yo no estaba enfadada; yo deseaba que me cogieras.

—¿De veras?

—De veras.

El pueblo brillaba salpicado de luces. El río cercano, de aguas oscuras, susurraba tímidamente.

Luis encendió un cigarrillo. Luego se puso en pie para arrancar una panocha. La desgranó entre sus manos y ofreció las simientes a Carmela.

—Aún no es tiempo —dijo ella—; todavía verdean. Tendremos que irnos; ya se va haciendo tarde —añadió.

A la vuelta se sentaron un momento en el jardín de la Residencia. El aire jugaba al escondite entre los rosales. Los nenúfares amarillos, de hojas acorazonadas, se recostaban en la piel del agua del estanque. Las madreselvas rezumaban su olor.

—Anda, dame un beso.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

—Hay veces que no te entiendo; hace un rato querías.

—Hace un rato era distinto. Estábamos solos.

—Anda, dame uno; no hay nadie.

—Puede llegar alguien. Me da vergüenza que la gente nos vea, que pueda suponer algo.

La muchacha se zafa de entre los brazos de Luis. Ríe.

—No debieras de habérmelo dao.

—¿No te gustó?

—Sí, ¿por qué no me había de gustar? No eres tan feo —bromeó.

Brillaban las luces de las casas de los ingenieros. Se oía música de baile y el runruno del motor de un automóvil.

—Da gusto vivir como viven ellos —comentó Luis mirando

para las luces.

—Nosotros también tendremos nuestra casa.

—Sí, una chabola.

—No lo pongas tan negro. Yo no les tengo envidia.

—No es envidia, no. Es otra cosa.

—¿Vendrás mañana? —preguntó Carmela.

—A la misma hora.

—Ya se me hace tarde para dar la cena a los señores. No te retrases; luego no nos da tiempo para nada. ¡Se pasan tan pronto los ratos que estoy contigo! —añadió soñadora.

Luis, de pronto triste, se fue para la taberna de Amelia a beber un vaso de vino. La luna seguía pareciendo una moneda de plata.

Joaquín se fue para su casa y al poco, con la mujer y los dos hijos, marchó a visitar a Ruiz.

La mujer del «Asturiano» pronto hizo buenas migas con Angustias.

—Laureano me ha dicho que ya tenéis casa.

—El domingo, si Dios quiere, nos la dan.

—Pues habéis tenido suerte.

—Yo ya tengo ganas de vivir como Dios manda. En casa de los primos estamos bien, pero somos ciento y la madre. Ya sabes lo que pasa cuando la vivienda es pequeña y sólo hay una hornilla para guisar. Aunque la Lucía y yo somos casi como hermanas, siempre hay líos. Que si mi pequeño llora por la noche y no deja dormir a Antonio..., que Angus se pega con Luisito...

—No hay que darle vueltas: el casado casa quiere.

—Esas pesetas que nos va a dejar tu marido nos van a hacer el avío.

—Para eso estamos los amigos —dijo la mujer del «Asturiano».

—A mí me gusta pedir más a los amigos que a la familia. Familia y trastos viejos, lejos.

Angus y los tres hijos del «Asturiano» alborotaban la casa con sus juegos; daban patadas a una pelota de trapo.

—Hijos, ir a jugar al corredor —gritó Ruiz.

Joaquín y Angustias se sentaron junto a la mesa del comedor. Angustias llevaba al pequeño en brazos.

—¿Cómo se llama?

—Como su padre: Joaquín.

—La Mercedes os va a hacer el padrón —aseguró «el Asturiano», riendo.

—A mí los niños me gustan mucho —dijo Mercedes—. Da mucho gusto tener un pequeño colgado del pecho, chupa que chupa.

—Pues yo ahora le tengo que ayudar. Todos los días le doy puches de harina de maíz.

—Ahora no está mal; antes vomitaba mucho —comentó Joaquín.

—Niño vomitón, niño engordón —dijo «el Asturiano».

—Macho y hembra, qué gusto. Nosotros fuimos a por la chica y ya veis, tres chicos.

El pequeño había empezado a llorar y tenía la boca llena de saliva.

—Quiere mamar.

—Sujétalo un poco —dijo Angustias a su nueva amiga, al tiempo que ahuecaba la blusa para sacarse los pechos. La mujer del «Asturiano», aunque delgada, era amplia de pecho y de carnes prietas. Levantó al chiquillo en vilo y jugueteó con él.

—¿Quién te has creído que eres para alborotar así? Di. ¿Quién te has creído que eres, so renacuajo?

Le empezó a cantar:
*El cura de Campuzano
ya no gasta calzoncillos,
se los ha quitado el ama
para envolver a su niño.
Llénguere, llénguere...*

Sentía el peso del niño. Sentía el calor y la forma suave y redonda que encajaba perfectamente entre sus brazos. Miraba con envidia a Angustias, a los senos redondos que se iban cuajando de leche.

—A mí me gustaría tener más hijos. Cuando una va a traer un hijo todo parece distinto, no sé. Como si se tuviera toda la vida del mundo dentro del vientre.

—El niño se parece mucho a tu mujer —dijo «el Asturiano» mirando para su compañero—. Tiene su mismo corte de cara; parece como si ella lo hubiera hecho sola.

—Angus se parece a mi madre; es la difunta clavada —comentó Joaquín.

«El Asturiano» se levantó de la mecedora de mimbre en que estaba sentado, para sacar un sobre azul de uno de los cajones del aparador.

—Ahí tienes el dinero. No creas que soy un capitalista. Es que cuando puedo meto algo de dinero en la cartilla de la Caja de Ahorros por si vienen mal dadas.

Angustias daba de mamar al pequeño; sentía la ventosa de los labios chupándole la leche desde muy adentro, el filo cortante de los dientecillos. Joaquín y «el Asturiano» fumaban en silencio. Mercedes miraba con ojos muy abiertos pensando en los hijos desde la oscuridad de su vientre.

Angus empujó con el palo a la lagartija que Julianito tenía en la mano. La lagartija apenas se movió; tenía la piel muy verde y los niños la miraban fascinados. Los dos más pequeños se habían sentado en cuclillas junto a su hermano.

—En mi pueblo había muchas y jugábamos a cortarles el rabo —dijo Angus a sus amiguitos.

—Cuando se las corta el rabo, el trozo cortao se mueve mucho —dijo uno de los pequeños.

—El rabo de la lagartija, mientras se mueve, está echando maldiciones —contó Julianito—. Insulta a los santos y dice pa-

labrotas.

—¿Cómo te llamas tú?

—Yo me llamo Julián, y tengo siete años.

—Y yo Miguel.

—Y yo José.

—En mi pueblo hay un río muy grande. Se llama Tero y tiene unos peces que se llaman barbos —comentó Angus.

—En el de mi padre hay osos y bichos.

El hijo mayor del «Asturiano» tiró la lagartija al suelo y luego corrió tras ella por el corredor dándole palos hasta que le arrancó el rabo.

—Ya está maldiciendo.

Mientras el rabo de la lagartija se enroscaba y desenroscaba, los tres niños, en cuclillas, cantaban muy bajito:

*Putu tu madre,
santa la mía.*

*Putu tu madre,
santa la mía.*

—Sí, hombre, sí —dijo Ruiz a Joaquín—. El director tiene más dinero que pesa. Con eso de que es presidente de no sé cuántas sociedades, le sudan los billetes. Dicen que es mejor ingeniero que el otro director que tuvimos, como si eso sirviera para consolarnos. Cuentan que es más bueno y listo que el último. Claro que vete tú a saber; siempre dicen lo mismo del que está en cabeza.

—A mi pueblo fue una vez un ingeniero de los que entienden del campo, agrónomo creo que les dicen. Lo llevó el amo para que midiera las tierras. Era un señorón. Nunca hablaba con nadie; parecía que lo sabía todo.

—Se creen el ombligo del mundo, como si todo lo hubieran inventado ellos. Yo sé poco, pero lo poco lo he aprendido de otros; igual que les pasa a ellos.

—A mí me gustaría que nuestros hijos pudieran estudiar,

que fueran algo en la vida —intervino Angustias.

—A mí no me parece mal que la gente tenga dinero; teniendo lo mío, no envidio a nadie. Lo que tenían que hacer los ricos es dar trabajo y no meter el dinero en el Banco —aseveró Joaquín.

—Lo tuyo, lo tuyo... ¿Qué es lo tuyo y qué es lo mío, «Granadino»? Tú eres un alma cándida. ¿Te crees que los ricos quieren el dinero para hacer obras de caridad? Lo quieren porque el dinero da el poder. Tienes dinero y le dices a un hombre que baile, y baila. ¿Se te encapricha cambiar las leyes o hacerlas a tu medida? Pues las cambias. ¿Quieres acostarte con una mujer, no importa cuál? Con billetes hay pocas que se resistan. El pobre, métetelo en la cabeza, vive si le dejan, y si no le dejan, ¡cágome en...!, lo entierran, y tal día hará un año.

—Laureano piensa mucho, pero ve la vida por el lao malo —intervino la mujer del «Asturiano».

—¿Por cuál lao la voy a ver? Por el que tiene.

—Yo digo que mientras se pueda ir tirando no hay que meterse en líos y dar gracias a Dios —dijo Angustias.

—Siempre ha habido ricos y pobres —afirmó Joaquín.

—Y antes mandaban los reyes, y ahora casi no hay más reyes que los cuatro de la baraja. Y decían que el mundo era plano, y resultó redondo y da vueltas alrededor del sol. Cada cosa es verdad en su tiempo. No hay más verdad que ésta: el hombre lo ha hecho todo y lo cambia todo. Yo he visto y leído mucho. Yo no soy un político ni un paniaguas de nadie; pero siempre le estoy dando vueltas a la cabeza pensando en las cosas. Mercedes dice que soy un tostón y que aburro a todo Dios.

—Yo no entiendo nada de las cosas sociales, pero me gustaría vivir en América. El otro día vimos una película en el Gran Teatro. En América todos tienen coche y casa propia, con un aparato en el comedor que es igual que un cine en pequeño.

«El Asturiano» volvió la cabeza hacia su mujer.

—Eso se llama televisión y es un aparato que transmite fo-

tografías a larga distancia. Además, eso de que todos los americanos tienen coche y casa propia es cosa de las películas.

—Dirás lo que quieras, pero ellos viven bien.

—¿Y quién dice que no?

Joaquín pocas veces se había preguntado quién tenía la culpa de las cosas y las había aceptado tal como venían. Ahora, tras las conversaciones con «el Asturiano», mil ideas confusas se entremezclaban en su cerebro. No entendía bien el por qué un hombre como Ruiz, que ganaba más dinero que otro cualquiera de la cuadrilla, hablaba de esa manera. «El Asturiano» era el mejor barrenero de la cuenca. «Un tipo muy listo; sabe de todo», pensaba Joaquín mirando a su compañero.

—Si yo hubiera tenido tierras en el pueblo, no me hubiera venido para aquí. ¿Hay algo mejor que cada uno se trabaje lo suyo? —preguntó Joaquín.

—Algunos campesinos tenéis el instinto de propiedad metido en el cuerpo. En cuanto tenéis un trocín de tierra ya no queréis saber nada de los demás. Sólo os preocupa si llueve o no llueve. Claro que yo lo comprendo: cuesta mucho trabajo no querer lo que uno hace con sus manos.

—Yo estoy con Joaquín —dijo la mujer del «Asturiano»—. ¡Como que los demás vienen dando! —exclamó.

Ruiz no replicó, porque un amigo de la casa acababa de entrar en el comedor.

—Buenas tardes a todos —dijo el recién llegado.

—Hola, Matías —contestaron Mercedes y su marido.

Matías era un hombre alto y grueso. Tenía una cara especial, como si la carne de los mofletes le resbalara fofa y brillante. Vivía en el casco viejo de la población y era operador de cabina en el cine Cervantes. En los bajos del cine estaba la pista de baile. Los sábados y los domingos la gente trabajadora llenaba la pista.

El jefe de la cabina, el ayudante y Matías, eran muy aficionados a ver muchachas y a bailar si se terciaba. A mitad de la proyección del segundo rollo dejaban el trabajo en manos del

chico de cabina y bajaban a la sala de baile.

—Si se corta la película, y el público pateo y chilla, tú tiras de la palanca y das luz a la sala. Tú no te preocupes por los chillidos; que se fastidien. Tocas el timbre y enseguida subimos.

Aparte su afición al baile, el señor Matías era un republicano templado. Decía:

—En España no estamos acostumbrados a la democracia, que es lo más bonito que puede haber en un país. En seguida echamos los pies por alto, y así no se va a ningún lao.

—Aunque a mí algunos republicanos me resultan de derechas —contestó «el Asturiano»—, en eso tienes razón. Yo digo que lo pasao, pasao, y a empezar de nuevo, entre todos.

Joaquín se había levantado de su silla, y apoyado en la ventana miraba para la calle. Un mundo triste, irremediamente triste, se agitaba entre las calles del Tomillar. Un cielo sereno se alzaba sobre las últimas casas de la colina.

Las mujeres se habían ido a la cocina y hablaban de partos y de las cosas que hacían algunas para no tener hijos. Los niños seguían jugando en el corredor, y de cuando en cuando estallaban sus risas. Volvió Joaquín a sentarse.

—¿Cómo viniste a Los Llanos, Ruiz? ¿Tú has sido siempre minero?

—Siempre. Yo nací en la cuenca de Sama.

Mercedes, en silencio, había colocado una frasca de vino entre los tres hombres. Ruiz llenó los vasos y luego apretó el suyo entre las manos.

—Yo nací por la parte de Sama, y aún no era más que un chiquín cuando ya trabajaba en los lavaderos de la mina. Mi padre andaba de lamparero y mi hermana de vagonetera. La madre nos llevaba la comida al tajo. Era una época mala aquella. En octubre del treinta y cuatro, cuando la huelga, me tuve que echar al monte con el Tinuco. El Tinuco era picador de los buenos y festejaba a mi hermana. Se puso como una fiera cuando un soldado quiso abusar de ella. El Tinuco tiró de navaja y el soldado quiso tirar de machete, pero no le dio tiempo. El

novio de mi hermana le arreó tres viajes por bajo de la tetilla izquierda que le bastaron. Todas las cuencas estaban en huelga y los mineros revueltos; en algunos pozos se metieron y no dejaban bajar a nadie. Las mujeres les echaban la comida por las chimeneas de ventilación por medio de cuerdas. Por la sierra, algunos grupos andaban a tiros con la tropa y llegaron más refuerzos. En aquellos días, la vida no valía un culín de sidra. Un soldao o un guardia civil que se descuidara, iba aviao. Al revolver cualquier esquina lo daban de palos o de pedradas. Entonces fue cuando ocurrió lo de mi hermana, y me fui con el Tinuco al monte. Por las noches, el Tinuco y los otros bajaban al pueblo y, zambombazo va, zambombazo viene, asaltaban los puestos. Yo me quedaba en el alto, dentro de una cueva de pastores, a llenar con dinamita los cartuchos. Pero los guardias pronto nos cogieron las mañas. Cuando los hombres se arrastraban, ellos ponían las ametralladoras con el caño pegando al suelo y largaban cada rafagazo que Dios temblaba.

Ruiz calló un momento para volver a llenar los vasos. El vino rojo, espeso, se veía descomponer en tintas negras.

—Al Tinuco —prosiguió Ruiz— lo mataron cuando una noche bajó al pueblo para ver a su madre. La vieja había herido a un soldao con una aguja de las de hacer punto y la tenían en la cárcel. El Tinuco se despidió de mi hermana como si fuera para el monte otra vez; pero en vez de irse voló la puerta de la cárcel con un cartucho de dinamita. Cuando cruzaba el patio hacia las celdas lo frieron a tiros. Tenía reaños el Tinuco: antes de morir se tuvo tiempo de largar otro cartuchazo.

—¿Y tu hermana? —preguntó Joaquín.

—Se puso como una fiera y andaba calentando a la gente para que asaltaran la cárcel. Se la llevaron a Oviedo y estuvo unos días entre rejas. Cuando regresó al pueblo, cantaba en voz alta, con aire de desafío, para que la oyera todo el mundo:

*¿Qué es aquello que reluce
por el monte del Naranco?*

*Son los fusiles de Peña
que los están engrasando.*

—Yo andaba por Jaén, y allí también en algunos pueblos la hubo buena.

—En mi pueblo no pasó nada —replicó Joaquín.

—En el treinta y seis el lío fue con las columnas gallegas. Yo un día cogí a un sargento. Le cogí por suerte; estuvo a punto de liquidarme. Andaba yo con el fusil escarbando la tierra de un huerto para ver si encontraba patatas. Él me vio primero, y sin decir ni pío intentó descolgarse el ametrallador que llevaba al hombro. Pero yo le gané la mano. ¡Cágome en la leche! No tuve más que levantar el fusil desde la tierra. Me libré por el hambre que tenía. Si no tengo hambre, me machaca. Al poco tiempo me cogían prisionero cerca de la Estación. En el campo de concentración me quedé en las raspas; tenía menos carnes que una bicicleta. Cuando salí de ese y otros líos, me largué para León, pues en Sama las cosas no andaban bien para mí. Trabajé en el hierro y me casé con la Mercedes. En Ponferrada vivimos lo menos diez años, hasta que la Mercedes pescó el reuma y nos vinimos buscando el sol de estas tierras.

Cuando «el Asturiano» dejó de contar su historia, los hombres permanecieron en silencio. Sólo se oía el tic-tac del despertador que había encima de la mesa de la cocina, y el ladrido de un perro en el patio.

Después de beber el vino de la jarra se marcharon Joaquín y su familia; les acompañaba el señor Matías.

—«El Asturiano» es muy templao. Hombres como él hay pocos —dijo el operador del Cervantes.

Se despidieron en la esquina. Matías tenía que ir al cine a trabajar en la función de noche.

—Cuando quieran les doy un vale para butacas. Cuando echen algo bueno. Ahora están dando un petardo —ofreció Matías al matrimonio.

Ya camino de casa de los primos, Angustias comentaba con

su marido las impresiones que tenía de los amigos de éste.

—Mercedes y «el Asturiano» hacen una pareja muy simpática.

—Ruiz siempre está dispuesto a hacer un favor.

—Pero tú no te meterás en los líos de él, ¿verdá? Vamos a salir adelante, y no tendría ninguna gracia que por una tontería la tomara contigo el capataz. Ya estamos encarrilaos.

Joaquín no contestó nada. Apretaba contra su pecho la cartera llena de billetes.

La luna de los mineros se asomaba por Santa Ana.

El domingo por la mañana toda la familia se levantó muy temprano para ir a visitar la casa que el maestro de obras, Gonzalo, les iba a alquilar.

Era una mañana seca de las de finales de verano. El sol ascendía lentamente, bañando de oro los caminos. Hombres y mujeres, y niños y perros, se entregaban a sus faenas dominieras.

La familia, después de andar un buen rato, llegó a la casa del maestro de obras. Vivía éste en una casa grande y blanca, rodeada de un pequeño jardín de flores polvorientas.

Joaquín tocó el timbre y quedaron aguardando silenciosamente junto a la puerta del vestíbulo. Abrió Gonzalo y saludó a la familia con aire amistoso. Se acababa de levantar de la cama y se movía con dificultad, como si aún estuviera dormido. Llevaba puesto el pantalón del pijama y andaba en camiseta. Se veía su pecho, de carnes blancas, abombado y velludo, carnoso como papo de buey. No hacía más que rascarse la cabeza.

—¡Cuánto madrugan ustedes! —exclamó, sacudiendo la mano derecha de Joaquín—. Así que se ha decidido usted.

—Sí —dijo Joaquín, envaneciéndose delante de Angustias por el buen recibimiento de que eran objeto—. Lo hemos pensado, y aquí estamos. Ésta es mi mujer y éstos son mis hijos —presentó a la familia.

—Son unos chicos muy guapos. La niña ya está hecha una

moza. Dentro de poco, en edad de merecer —dijo el maestro, al tiempo que daba una palmadita en la cara de la niña—. Pero pasen ustedes, que en un santiamén me arreglo y nos vamos.

Por el final del pasillo de entrada se oía la voz de la mujer de Gonzalo.

—¡Que tengan cuidao, que la chica acaba de fregar!

—Mi mujer es más limpia que los chorros del oro —murmuró el contratista—. Se pone mala en cuanto ve algo sucio; tiene esa manía.

Luego, en voz alta para que lo oyera su mujer, dijo:

—Son amigos de Pedro y vienen para que les enseñe la casa. Quieren alquilarla.

—Que pasen al recibimiento —gritó la mujer.

Gonzalo les acompañó hasta la sala y allí les dejó esperando mientras él se arreglaba.

La habitación, grande y de techos altos, estaba adornada con dos columnas de alabastro, encima de las cuales las manos de la dueña de la casa habían colocado dos tiestos con flores artificiales. Las paredes se hallaban empapeladas hasta una cenefa azul que bordeaba el techo. El dibujo de los papeles representaba a la diosa Diana corriendo tras un ciervo.

Las cortinas, de color amarillo, desvaídas. Los burlones, deshilachados. La habitación de recibir parecía una almoneda: sillas, sofás de felpa, adamascados. Un trincherero con luna, paragueros de loza, rinconeras. Un loro encadenado por una pata a un aro metálico.

La mujer del contratista se acercó a saludarles. Andaba en bata y llevaba arrollada a la cabeza una toalla listada. En la mano derecha lucía una gran sortija. No hacía más que mover el dedo con objeto de que los visitantes se dieran cuenta del brillo de la joya.

—Padezco de insomnio, y por la mañana tengo un humor de perros. Siempre me duele la cabeza —suspiró la mujer.

—Sebastiana tiene que tomar pastillas para dormir; se lo ha recomendao el médico porque no pega ojo por las noches —

indicó Gonzalo.

—Pues nosotros no queremos molestarla —murmuró Angustias, cohibida ante la presencia de la mujer.

—Venimos para que su marido nos acompañe a ver la casa —dijo Joaquín disculpándose.

—El insomnio me trae a mal traer.

La mujer de Gonzalo ponía una cara muy triste para hablar; parecía que le costara mucho esfuerzo.

El guacamayo de plumas rojizas silbaba. Angus, fascinada, se acercó al bicho.

—Ten cuidao, niña. El lorito te puede picar. Es muy arisco con los extraños; sólo está acostumbrado a mí —explicó Sebastiana.

—Ese loro tiene muy mala leche —aseguró Gonzalo.

La cara ajada, triste y vieja, de la mujer del maestro de obras, se contrajo en un gesto de enfado.

—A mí me hace mucha compañía —dijo, y de nuevo volvió a quejarse de sus dolores.

—Luego, tengo la desgracia de que la chica que tenemos no tiene mano para guisar; es tonta de remate. No sabe hacer una comida a derechas. Anoche echó mucho picante a la salsa del conejo, y tengo la tripa como hinchada y llena de ardores.

—Estaba muy bueno —replicó su marido.

—Tú tienes un estómago de hierro y toleras todo el picante que quiera la Remi echar. Aunque yo me pirro por el conejo, por la noche no me va. Está comprobado. Yo prefiero comer las cosas en su punto y hora. Por las noches, nada de picante ni de grasa; unas rajitas de merluza, unos huevitos con jamón, y mi buen café. ¿No le parece a usted?

—Sí —contestó Angustias bajito.

Gonzalo ya se había arreglado. Con su sombrero de los domingos parecía otra cosa.

Por el camino les estuvo alabando las extraordinarias condiciones de la casa que les iba a alquilar. Con la charla no se les hizo largo el camino. Mas la vivienda, a pesar de las loas del

contratista, vista de cerca, presentaba aproximadamente el mismo aspecto que los cientos de casuchas que se extendían por la ladera del monte. A Joaquín se le cayó el alma a los pies al comprobar que la casa no era tan bonita como había imaginado. Pero como estaba recién pintada, no hacía mal efecto del todo, pasada la primera impresión. Gonzalo les dijo que era completamente nueva, y que los materiales empleados eran de primera.

—¡Ésta es la casa! —El maestro de obras se frotaba las manos con satisfacción—. Vale diez veces lo que les pido. Se la dejo a usted en las cinco mil por venir de parte de Pedro. Es completamente nueva; nadie ha vivido en ella. Vamos, está sin desvirgar como quien dice.

Como Angustias ponía algunas pegas, Gonzalo salió a su encuentro diciendo que tenían que decidirse enseguida, pues había bastante gente que deseaba tomarla en alquiler.

Abrió la puerta de la casa para que entrara la familia. Olía a pintura y a humedad.

—Tiene una torta de mortero de treinta centímetros. Esto no se hunde ni pasan las humedades. —Gonzalo daba grandes saltos como para aseverar que el suelo no podía hundirse—. Cocina económica con salida de humos, y una fosa séptica como no la hay en todo el barrio.

La casa estaba situada cerca del alto del cerro y en una especie de calle sin empedrar; alrededor, unas cuantas viviendas esparcidas y una taberna.

El interior de la vivienda consistía en tres piezas: dos habitaciones blanqueadas, de regular tamaño, y una pequeña cocina. La casa tenía un pequeño patio cercado y, en él, una garita para la fosa séptica.

—Aquí, ustedes que son campesinos, pueden tener bichos al engorde.

El techo era de cielo raso, y por alguna parte se podía ver el encañado al descubierto.

—Bueno, ¿y a ti qué te parece? —preguntó Angustias a Joa-

quín.

—No me gusta mucho.

No podía por menos de acordarse de la casa del pueblo, más amplia, distinta. Mejor, más querida.

—Es mejor esto que vivir en compañía —comentó Angustias.

La niña, cansada y aburrida, se había sentado en el suelo; miraba a sus padres.

A Joaquín, su alma de campesino le impedía soltar el dinero sin antes regatear un poco.

—El alquiler es algo caro.

—¡Qué va a ser! —contestó Gonzalo—. Esto es una ganga en toda tierra de garbanzos. Por trescientas pesetas al mes no encuentra siquiera una habitación.

Después de un breve forcejeo, Joaquín se decidió a entregar las cinco mil pesetas. Contaba los billetes uno a uno, aun a sabiendas de que en la cartera llevaba exactamente esa cantidad. Mientras ponía los billetes en la mano del contratista pensaba que en el patio se podía plantar una parra, y que por la ventana se veían los pinos cercanos.

Antonio y Lucía, como habían convenido, les prestaron un colchón y dos sillas de paja. Mas como a todas luces esto era insuficiente, se encontraron en la necesidad de comprar unos cuantos muebles. En Los Llanos era fácil el procurarlos. No había más que salir a las calles céntricas, y entre la serie de anuncios de ventas a plazos escoger lo que más conviniera. Hasta ahí todo era fácil; no había más que firmar diez o doce letras de cambio y comprometerse a su pago todos los primeros de mes. Caso de que no fuera así, no importaba la causa, el contrato estipulaba el embargo de la totalidad del mobiliario suministrado, con pérdida de las cantidades abonadas, por parte de la casa acreedora.

Compraron dos camas: una estrecha, de matrimonio cariñoso, y otra más pequeña para la niña. Para el niño, un cenacho de palma con dos asas. También compraron una mesa camilla y

dos sillas más. Un palanganero y diversos cacharros de cocina. A Angustias se le antojó, por novedoso, un Cristo fosforescente, y un jarrón con flores.

Angustias estaba loca de alegría. Después de colocados los muebles, aquello ya era verdaderamente un hogar. Los pequeños detalles de la casa constituían la obsesión de Angustias. Pintó unos cajones para que les sirvieran de armario; volvió a blanquear las paredes y cosió unos cuantos trapos para que unidos hicieran de cortina entre las dos habitaciones.

Joaquín, después del trabajo, corría para su casa y andaba muy atareado construyendo una conejera en el corralito.

Al llegar la noche se encontraban cansados. Ya en la cama, se cogían las manos y permanecían llenos de contento mirando hacia el techo de la habitación.

Algunas tardes iba Joaquín a la taberna de enfrente a beber un vaso de vino. Pronto se hizo amigo del tabernero y de un minero enfermo que se llamaba Heriberto.

El tabernero era un tipo muy alegre. Cuando no tenía trabajo en el mostrador salía a la puerta de la calle y se ponía a piropear a las muchachas.

La gente le apreciaba mucho, pues no aguaba el vino y lo daba al fiado.

Heriberto no podía fumar porque andaba mal del pecho. De pequeño anduvo trabajando en «los terreros». Luego, varios años en las galerías. En el año cincuenta y dos le hicieron un reconocimiento médico y le dieron incapaz por silicótico. La pensión que le había quedado era del orden de las tres cuartas partes del salario base.

—Quinientas y pico me han quedao. ¿Usté cree que con quinientas y pico pueden vivir un hombre, su mujer y dos hijos?

—Con eso no hay ni para cordilla para el gato —decía el tabernero.

—Cada poco tiempo me hacen un reconocimiento. Mandan las radiografías a Madrid —contaba Heriberto.

En una de las casas próximas a la taberna vivía la Amalia. Era ésta una mujer algo gruesa que siempre andaba con un saco a costillas. Vivía sola y se ganaba la vida cambiando trapos por botellas vacías. Podía decirse que en el barrio mucha gente vestía ropas procedentes de las transacciones celebradas con la buscavidas.

El tabernero, se llamaba Machado, conocía a la Amalia hacía muchos años. La mujer frecuentaba la taberna. No se metía con nadie y silenciosamente bebía su vino, pues era aficionada, con cierta moderación, al clarete manchego.

Los parroquianos de Machado tenían a esta mujer un cierto aprecio, quizá sólo por la costumbre de verla, y cuando alguien se estiraba a pagar una ronda también a ella le llenaban el vaso.

Un día en que estaban solos, Machado contó a Joaquín la historia de la mujer.

De jóvenes habían sido muy amigos y tenido sus más y sus menos antes de que un catalán la dejara encinta. Machado se enteró de que la Amalia estaba embarazada quince días antes de que la muchacha diera a luz. La muchacha se había fajado de tal manera que no se la notaba nada. Cinchada así, consiguió dar el pego a su padre al cual tenía mucho miedo. Cristóbal — así se llamaba el padre de Amalia— era un hombrachón avinagrado que andaba acompañado con una garrota de hierro. De carácter violento, en cuanto peleaba, hacía suyo el refrán castellano de «al amigo, chinche en el ojo». Llevaba a las hijas —la Amalia tenía una hermana más pequeña— derechas como husos. Pero la Amalia tenía mucha escuela, le buscaba las vueltas, y siempre encontraba la manera de andar de pendoneo.

La Amalia se lo dijo de sopetón.

—Dentro de quince días doy a luz.

Machado la miraba y remiraba, y por más que se esforzaba en ello no le encontraba nada raro.

—Chica, dirás que veo menos que un pez por el culo, pero te veo más lisa que un mármol.

—Es que voy fajada. Ya sabes cómo es de bruto mi padre; si se entera me mata.

Al comprobar que la cosa era verdad, Machado se llevó el gran susto.

—Oye, Amalia. ¿No se te ocurrirá decir que es mío? Tú y yo hace tiempo que no apareamos juntos. El que haya hecho el compro que lo lleve al hombro. ¿Quién es el padre? ¿Lo conozco?

—No lo conoces. Se llama Calafells y es de Tarragona.

—Lo que no comprendo es cómo te has dejao estirar el parche. Tú no eres una novicia.

—Pues, chico, no lo sé. El caso es que al mes siguiente no me vino San Gregorio.

—Ya. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Que vayas al hotel donde se hospeda.

Al día siguiente, Machado fue a ver al catalán. La pensión en que éste se alojaba, situada en el Paseo de la Feria del Árbol, era una de las mejores en aquellos tiempos.

Preguntó al portero por el catalán.

—¿El señor Calafells vive aquí?

—Sí, señor. ¿Qué desea?

—Dígale que un primo de la Amalia quiere verlo.

Se había inventado lo de primo para dar un carácter serio a la entrevista.

Salió el catalán de su habitación. Era un tipo con bigote a lo Alfonso XIII que vestía una bata larga y fumaba emboquillados.

—¿Es usted don Alejandro Calafells?

—Sí, señor; ¿en qué puedo servirle?

—Me llamo Machado y soy primo de la Amalia.

—¿Y qué tripa se le ha roto a la Amalia?

—A la Amalia no se le ha roto ninguna tripa; se le va a romper dentro de poco si Dios no lo remedia. La Amalia está embarazada. ¿Lo sabía usted?

—Tenía indicios de ello.

—Usted debe cumplir.

—Mire, joven —contestó Calafells con aire de fastidio—, yo de la Amalia no quiero saber nada. Es una locatis, por no decir otra cosa y ofenderle a usted. Hace tiempo que regañamos.

—Pues a la Amalia se le pegó el arroz.

—Yo no sé nada.

—No me sea camama; no me diga que la Amalia y usted no se han dao la fiesta.

—Sí, señor; no lo niego. Pero con otros también se la ha dao, lo sé de buena tinta. Lo que pasa es que me quiere cargar el mochuelo.

—Está comprobao que es de usted, hay testigos. A más, ya sabe usted, la paternidad se puede comprobar con la sangre.

—Yo no quiero ningún lío.

—Pues como se entere su padre los va a haber y gordos. Usted no conoce al padre de la Amalia; es muy bruto. Un pedazo de carne con ojos. No le digo más que a la hermana de Amalia le vareó las espaldas porque andaba, que sí que no, con uno de Ciudad Real, conque por esto...

—Mire, venga mañana y hablaremos con calma. Ahora, que de casarme ni hablar; en todo caso reconozco a la criatura y nada más.

—Pero usted me da su palabra de que no intentará escaparse.

Cuando la Amalia dio a luz el catalán reconoció a la cría. Como era hombre de algún dinero pasaba una pensión de treinta duros para mantener a la criatura. Parecía ilusionado con la pequeña. Cuando la niña murió a los quince meses, el catalán desapareció.

Un día, al cabo de veinte años, Machado hablaba con la Amalia y de repente, sin saber por qué, le vino a la memoria el nombre del catalán.

—¿Qué será de Alejandro Calafells?

—¿Quién es Alejandro Calafells? —contestó la Amalia, un tanto ausente.

—¿Quién va a ser? El padre de tu chica.

A Machado no le cabía en la cabeza que Amalia se hubiera podido olvidar del padre de su hija.

Se lo decía a Joaquín.

—No me cabe en la cabeza; no me cabe, no señor.

Otras tardes, Machado contaba nuevas historias que Joaquín escuchaba complacido.

No había noche ni día, siempre era igual bajo el círculo luminoso del candil.

«Como un ratón en el agujero», pensó.

Quemaba la tierra. El aire de los compresores reseca la boca hasta convertir la saliva en una masa negra y caliente. El cauce de junto a las vías acarrea un sofocante olor a tierra fermentada. La camisa de Joaquín estaba empapada y los chorros de sudor le nacían por bajo del casco, le arañaban la cara y luego, por el espinazo, corrían hasta los pies.

Las ruedas del tren de vagonetas entonan un canto de hierro. Tienen un ritmo preciso, uniforme como la marcha de un reloj. El compresor «Berry» redobla constantemente con voz profunda y grave, igual que un gigantesco tambor.

La galería se iba estrechando. Los caballos, en su cabeceo, rozaban el «puente de los portalones». El aire llegaba con aliento podrido, llegaba cálido y sucio.

Los testers, perforados en escalones, se levantaban como torres babilónicas invertidas. Las galerías de dirección dividían el criadero en macizos, en laberintos de callejas.

Se habían callado las perforadoras, y el silencio, como la ventosa de un pulpo, absorbía hasta el respirar de los hombres y de las máquinas. Era un silencio mineral, profundo, un silencio de siglos.

Joaquín experimentaba una sensación extraña, molesta, un miedo primitivo ante la soledad de las piedras. Piedras azules. Piedras pardas, rojizas. Piedras verdosas, aterciopeladas.

Con una voz paró a los caballos.

—Voy a plantar un peral en el corralillo. Tierra, *Tuerto*, tie-

rra para hincarme en ella como las raíces del olivo. En Tero había muchas tierras, y el amo no sabía qué hacer con ellas y las tenía en baldío. Yo sí sabía qué hacer con ellas, *Tuerto*. Sembrar y cosechar, y hacer pan y comerlo. Eso es lo que pedíamos: tierra para trabajar. Pero no nos la dieron nunca.

No había día ni noche; siempre era igual bajo el círculo luminoso del candil.

Las perforadoras «Ferroux» comenzaron a funcionar de nuevo. Graznaban igual que cuervos.

—Ya os lo decía yo —el Felipe está de pie junto a un montón de mineral—. El ingeniero dice que la galería está sana.

Los mineros, silenciosos, cazurros, se afanan en sus trabajos. Hincan sus herramientas con desesperación, con rabia.

El Felipe vuelve a gritar.

—Nosotros sabemos lo que decimos; gritabais vosotros. ¡Una mierda ibais a saber! Ya os dije cien veces que no formarais la comisión, que luego vendrían los disgustos. Lo habéis visto. No han dejao pasar ni siete días y ya os está metiendo mano. Lo tenéis bien merecido por andarle buscando las cosquillas a la Dirección. ¿Qué os han quitao los destajos y las primas? Chincharos. A mí ya me han chinchao por culpa de vosotros; esta semana no me dan gratificación. Vosotros tenáis razón: ¡Una mierda de razón tenáis!

Los hombres se vuelven para mirar al capataz. Sus caras están llenas de odio y desesperación. Algo irremediable se lee en sus ojos, en la protesta de sus manos que se agitan nerviosamente. Porque ahora no se trata de algo sin importancia, se trata de respirar, de que el aire no haya que atraparlo a mordiscos, de que pongan otro compresor. De que activen suficientemente las galerías, de que no se hunda el cielo de la mina como hace dos años, como hace cinco años.

—¿Qué podíamos hacer? —López habla en voz alta preguntándose a sí mismo.

Los de la cuadrilla están pensando. Hay una dureza de piedra en sus miradas.

—Siempre se puede hacer algo —concluye finalmente García.

—Deberíamos denunciarlo —murmura Ruiz, «el Asturiano».

—No hay nada que hacer más que aguantarse.

—No te servirá de nada, «Asturiano». No servirá de nada el denunciarlo.

—Son unos hijos de mala madre.

—Había que pasarlos por la piedra.

—A lo mejor nos echan y adónde va uno.

—Tienen las cartas en la mano.

«El Asturiano» sigue dando vueltas a la misma idea. «Si vamos solos —se dice—, los de la cuarta galería no conseguiremos nada importante.» El suprimir los destajos y el quitar las primas de producción era un aviso para los mineros.

—Tendríamos que protestar todos, todos los del pozo. Toda la cuenca.

Al cabo de dos semanas de castigo la cuadrilla volvió a trabajar a destajo. La Dirección parecía haber olvidado el incidente.

Según iba para su casa, Joaquín se metió en un café a tomar una gaseosa fresca. Desde el otro lado del mostrador le miraba un hombre joven que vestía ropas de pana.

—Yo le invito —dijo el hombre.

Joaquín bebía a pequeños sorbos. La gaseosa le burbujeaba en la nariz.

—Yo soy murciano, de Mula. Me llamo Castillo —se presentó el joven.

Bebía vino con gaseosa y mascaba una sardina arenque.

—Todos los de mi tierra van pa Barcelona. Yo me vine para acá porque oí que daban trabajo.

—En esta ciudad nadie es nacido en ella. Bueno, alguien habrá, digo yo —comentó Joaquín.

—¿Usted no es aquí? Usted es minero, ¿verdad?

—Soy de por Granada y trabajo de caballista en la galería cuarta. Me dan las bases; los destajos son aparte. He pedido una plaza de picador.

—¿Se gana dinero como dicen?

—Se puede salir hasta por veinte duros al día.

—Una cosa así me convenía a mí —prosiguió el murciano.

—¿Está usted sin trabajo?

—Vine en el tren de esta mañana. Yo me he criado en el campo, pero creo que le puedo coger el tino a esto.

Joaquín terminó de beberse la gaseosa. Las burbujas le seguían hurgando la nariz.

—¿Quiere usted liar un flajo? —el murciano ofreció la petaca.

—Pensé que podría trabajar en el muelle de Valencia, pero allí sobra gente. También anduve arreglando los papeles para embarcar a Venezuela. Cuando no hay trabajo en un sitio, a mí no me gusta acluecarme y calentar el culo. Me echo al camino.

—Vaya usted a las oficinas. Allí siempre hay gente aguardando que le den trabajo.

—¿Usted cree que me darán? —preguntó el de Mula.

—Puede que sí, puede que no. Por intentarlo no pierde nada —contestó Joaquín al tiempo que liaba el cigarro de picadura.

El murciano se despachó la sardina y el vino. Luego permaneció callado.

El calor se concentró en nubes negras y bajas. Los relámpagos iluminaban la habitación y pronto la lluvia comenzó a llamar a la ventana.

Angustias, con alegre cuchicheo, medio desnuda, se lavaba en el lebrillo. Joaquín la miraba desde la cama. La mujer olía a hierba recién cortada, a rocío de agosto, a viento de montaña.

—Termina —dijo, y quedó escuchando el ruido de la lluvia que sonaba a flauta de pastor en noche de plenilunio.

A López le llamaban «el Viejo», aunque no tenía más de cuarenta y seis años.

Llevaba mucho tiempo trabajando en la cuenca minera y ya iba perdiendo el vigor de otros tiempos. Su vida ya estaba hecha, por lo que no tenía muchas apetencias. Se sentía satisfecho con poder tomar unos vasos de vino, jugar a las cartas en la taberna de Amelia, y luego ir a cenar a casa y acostarse enseñado.

Hasta el momento la silicosis le había respetado, y en su ya larga vida de minero sólo había tenido un accidente serio. Estaban trabajando en el hundimiento de una capa de carbón que parecía tierra de tan bien como se desprendía. No anduvo listo en meterse en el «nicho» y le cayó encima el techo de la galería. Le tuvieron que enyesar las dos piernas y coser las heridas abiertas. Mas a los tres meses de ocurrido el accidente, debido a su buena naturaleza y encarnadura, otra vez andaba dándole al pico en la galería.

Los domingos tenía por costumbre el levantarse cerca de las dos de la tarde y dar un paseo por la carretera. A la vuelta tomaba un vermut y sacaba las entradas de cine para la sesión de tarde.

Le agradaba tumbarse en la cama y escuchar la radio. Otras veces tomaba entre sus manos el periódico de Ciudad Real o Madrid y leía hasta los anuncios por palabras. Después de comer, con el último bocado entre los dientes, se levantaba de la mesa y se iba a jugar la partida de tute hasta la hora del cine. Amelia, la tabernera viuda, le preparaba un café bien cargado y le servía una copa de coñac «Veterano».

López se defendía bien con el sueldo, pues toda la familia que tenía que mantener se componía de su mujer. El único hijo del matrimonio andaba trabajando en un garaje de Ciudad Real y ya tenía veinticinco cumplidos. López le había mandado allí, pues no quería que fuera minero, cosa prácticamente inevitable si el muchacho se hubiera quedado en el pueblo.

La mujer del «Viejo», Laura, echaba de menos al hijo, y

cuando hablaba o pensaba en él, sentía que la garganta se le apretaba. Laura notaba la ausencia del hijo —Carlos se llamaba— en las pequeñas cosas: en que no se sentaba a la mesa a la hora de comer, en no regañarle cuando llegaba tarde, en que no le oía dar las buenas noches y en no oírle rebullir por las noches en la cama. Las lágrimas le brincaban en los ojos y corría a la iglesia de la Virgen de Gracia a buscar consuelo en los rezos.

—Virgen de Gracia —pedía—, que todo le vaya bien al Carlos. Que me escriba más a menudo. Que no le agarre una pebandusca. María, Virgen de Gracia, Jesús, mi Señor, mi Dios. Señor. Cristo.

A veces la buena madre se pegaba a la ventana y sin motivo alguno esperaba que Carlos entrara en la casa, encendiera la luz de su cuarto y comenzara a alborotar por cualquier causa.

López, de cuando en cuando, le daba cuatro gritos y la mujer parecía serenarse.

El chico ganaba buen dinero y estaba muy considerado en el taller mecánico. Era la mano derecha del jefe.

Mientras caminaba por la carretera, López iba pensando en sus cosas. Se detuvo un instante para encender un cigarro y mirar a su alrededor. Más abajo, en la entrada del pueblo, junto al peralte, se hallaba un carro de mulas cargado de verduras y el carrero se ocupaba en apoyar los tentemozos en el suelo. Los árboles raquíticos movían el viento de la tarde. Desde la Residencia de Ingenieros llegaba el ladrido de un perro y el mosconeo del motor de un automóvil. Siguió caminando y cruzó por delante de la explanada de la iglesia. La cigüeña, con sus patas de alambre, se mantenía tiesa en el campanil. Más atrás se veían las luces de las Residencias trepando por el cerro.

«La vida es para cuatro nada más —pensó—. ¡Qué bien deben vivir ahí dentro! Yo le digo a Laura que si hay cielo nos vamos a llevar una sorpresa: irán ellos. A ver, nunca dicen palabrotas ni reniegan de los santos, como nosotros, que siempre andamos mentando a toda la corte celestial. Y es que uno tiene

que aguantar muchas cosas aparte de que el trabajo resulte duro para cualquiera. Diez horas de sudor excavando las tripas de la tierra, como si la tierra fuera un queso y uno fuera un gusano. Y total, para nada de provecho. Y eso que yo no puedo quejarme tal como se han puesto las cosas, con los quinqueños, los puntos y las comas, salgo cerca de las tres mil. Claro que ya no puedo darle a la punterola como antes, y de cuando en cuando parece que se me entumescen las piernas cuando va a llover. Las piernas son como un reló, en cuanto amenaza lluvia me empiezan a doler. Por eso le dije a Carlos que no trabajara en la mina y se fuera para Ciudad Real a ese taller. La Laura no lo entiende, pero tiene que ser así. El chico tiene mucho sentido, y eso que entonces no tenía pelos en la cara. Mientras un hombre no tiene pelos en la cara generalmente no sabe lo que quiere. Claro que ha tenido que hacer el servicio militar. Si hubiera trabajado en las minas se hubiera librado por la ley ésa. Pero casi ha sido mejor, no por la “mili”, sino porque los muchachos se hacen hombres fuera de las faldas de la madre. Se aprenden a valer por sí mismos. Yo hice la guerra por Pozoblanco, primero con los rojos y después con los nacionales. ¿Y qué? Pero a la hora de la verdad no sirve para nada el dar tiros. Uno no hace hijos para que los lleven a la guerra, sino para que trabajen y le llenen a uno de nietos. Eso es lo que le pasa a la Laura, que es una madraza y no se acostumbra a que el chico esté fuera. Todavía se cree que el Carlos anda en mantillas y no es verdad. No es que a mí me guste que ande con mujeres, pero mientras tenga vista, y no le larguen algo que no tiene, la cosa no requiere darle importancia mayor. Le andaba rondando a la Amelia y ella no le ponía malos ojos, porque el chico, aunque esté mal que lo diga un hombre, tiene planta. Cuando me hablé de la colocación no lo pensé más y le di los cuartos para el viaje. Si un día es un hombre, y no una mierda a los cuarenta y pico de años, me lo deberá a mí. Y no es que yo quiera que me lo agradezca; un padre está obligao. A mí me hubiera gustado que conmigo hubieran hecho lo mismo, o yo haber tenido cora-

je para emprenderla en otro sitio. Pero hasta que a uno no le salen pelos en la cara, uno no sabe lo que quiere. Además, lo mío fue distinto; cuando vine del frente me tuve que agarrar a lo único que sabía hacer, darle al pico. En ese taller de Ciudad Real, Carlos puede hacerse un hombre, casi un señor; es la mano derecha del jefe. Se ha comprado una moto “Lube” y, cuando viene, menudas vueltas me da. A mí me gusta llevarle a la taberna para que los amigos se den cuenta de que el hijo de uno no es un lila que no sabe ganárselo. A la Amelia y a la “Pies Planos” el culo se las hace agua de limón cuando le ven tan bien hablao y con esa planta que tiene. A lo mejor Carlos puede establecerse por su cuenta, y me retira de trabajar, porque para eso es de mi sangre.»

Su sonrisa se desvaneció mientras caminaba. Una nube negra se comía la luz de la luna dando sombra a los bajos del pueblo. Un grupo de hombres, sentados en el bordillo de la carretera, con las piernas extendidas, fumaban tranquilamente.

Pasó por delante de ellos y les dio las buenas noches. Los hombres contestaron con un gruñido y continuaron sentados. Un camión de la Minera del Sur iba hacia la factoría. Con el ruido del motor las mulas del carro de verduras hicieron un extraño.

En el quiosco de la esquina compró un diario de Madrid. Con el cigarro entre los labios abrió la puerta y entró en su casa. Fue hasta el comedor, se sentó en una mecedora bajo la ventana, abrió el periódico y se puso a leer las noticias del extranjero.

LA SEXTA FLOTA ES LA VANGUARDIA DE OCCIDENTE

Le dolían algo los ojos cuando terminó de leer el artículo. Luego, tras frotárselos, la emprendió con el artículo de fondo.

Al rato encendió de nuevo el cigarro que prendía de su labio inferior; una chispa cayó sobre su pantalón, haciéndole un agujero. Se sacudió a toda prisa y tiró la colilla al suelo. Volvió

a pensar en su hijo y en cuando éste le retirara. De golpe se vio con un traje nuevo y fumando tabaco de treinta pesetas. «No esta porquería de la Tabacalera.» Iría a presumir a casa de Amelia y, mientras echaban la partida, hablaría con los compañeros de los buenos y malos ratos que habían pasado juntos.

Dejó el periódico encima de la mesa y, con las piernas encogidas, aupadas sobre el asiento, comenzó a mecerse.

De la calle subía el clamor de las blasfemias de un grupo de chiquillos que peleaban junto al portal.

Llamaron a la puerta y López se levantó molesto, pues el sonido de la aldaba cortaba el hilo de sus agradables pensamientos.

—Hola —dijo la mujer. Llevaba el capacho de la compra colgado de la mano derecha.

—Llegué hace un rato.

—En seguida preparo la cena.

—¿Qué tenemos esta noche?

—Algo que a ti te gusta mucho: sardinas. —Laura se fue para la cocina y sacó las cosas del capacho para dejarlas en el vasar.

López, comodón, volvió a coger el periódico y a continuar su mecedura.

—Pensaba en el chico —dijo.

—¿En quién, López? —Laura siempre llamaba López a su marido.

—Pensaba en el chico —repitió.

—¿Ha escrito?

—No.

—Hace mucho que no escribe.

—Ya sabes lo que ocurre cuando uno es mozo: no se tiene tiempo para nada.

Laura se acercó a la puerta de la cocina. Llevaba una sardina en la mano a la que iba arrancando las tripas.

—Me las pones asadas.

—A veces me pregunto si el chico no nos necesitará. Hay

veces que pienso que el chico no debiera haber crecido para que me necesitara en todas las cosas —dijo la madre.

—Carlos está bien donde está; no sé qué más puedes desear.

—Ya sé; pero una no se acostumbra.

A López, las palabras y el tono triste con el que las pronunciara su mujer, le llenaron de ternura.

—Otra vez solos, vieja; igual que cuando empezamos. Es ley de vida.

Las sardinas se doraban en la placa y el humo picante salía al comedor.

—No me las ases mucho. Ya sabes que a mí me gustan medio crudas.

Laura, parada delante de la cocina, vigilaba la lumbre. «Ella cuidará de él», susurró mirando a la imagen de Santa Bárbara que colgaba en la otra pared, encima de la mesa, y de la cual era devota.

Cenaron en la mesa del comedor. López rebañaba la grasa de las sardinas con un trozo de pan blanco.

—Yo me comía un kilo de sardinas asadas —aseguró.

Laura no dijo nada y quedó mirando a la cara de su marido. Había terminado de cenar y comía un migote de pan.

—Si no me como un migote me parece como si me faltara algo.

López, tras la última mascada, se enjuagó la boca con un trago de vino. A Laura, al principio de casarse, le daba asco cuando su marido se enjuagaba, pero ya se había acostumbrado, aunque no por eso dejaba de reparar en ello.

—Me encontré con Angustias, la mujer de Joaquín «el Granadino», y me contó que habíais tenido lío con lo de la reclamación. Como nunca me cuentas nada, soy como una pavisosa.

—¿Para qué te voy a contar los líos del trabajo?

—Ya me di cuenta de que me entregabas menos jornal, pero lo achaqué a que habías pagao dos plazos de la radio.

Mientras López se desnudaba, la mujer fregaba los cacha-

ros en la pila de la cocina. Cuando Laura terminó la limpieza se sentó a descansar en una silla.

Pensaba en el tiempo que había transcurrido desde que se casara con el minero. Había lagunas en el recuerdo, espacios de vida gris en que nada bueno o malo había sucedido. En conciencia —pensaba la mujer— podía decirse que todo había marchado bien. Emilio había sido un buen hombre y, aparte de algunas cosillas propias de hombres, no le había dado un mal disgusto. Cuando era más joven —ahora tenía cuarenta y cinco cumplidos— se pasaba mucho tiempo delante del espejo poniéndose guapa para Emilio. Él lo sabía agradecer, aunque la mitad de las veces no se daba cuenta de que ella había cambiado su manera de peinarse. Pero ahora, desde la marcha de Carlos, la vida ya no tenía su antiguo significado. Los días, los meses y los años, se hacían más largos. A Emilio parecía sucederle otro tanto. «Y eso que los hombres van de acá para allá y se distraen viendo volar una mosca.» «Pero las mujeres, siempre metidas en casa, son las que se dan cuenta de las cosas, del correr del tiempo.» Se pegaba a Emilio, pero él no siempre quería o podía estar junto a ella y, aunque quisiera y pudiera, no siempre se daba cuenta de lo que la sucedía.

—Carlos tiene ahora veinticuatro años. Supongo que pronto buscará mujer para casarse. Eso es lo que tiene que hacer: buscar mujer y recogerse.

Después, se borró el recuerdo del hijo y quedó mirando con tristeza a la noche que entraba por la ventana del dormitorio. López dormía ruidosamente. Le miró con gesto amistoso, con cariño. Recordaba al hombre que conociera veintiséis —¿o eran veintisiete?— años atrás. Pero más que al hombre recordaba su juventud, la juventud de las muchachas de la cuenca minera. La juventud perdida entre hambres y sufrimientos y trabajos. Apenas con la alegría de un domingo irremediabilmente corto, de un vestido barato, de un agarrado con los mozos. Y de esperanza, de mucha esperanza. Eran veintisiete años ya. Le miró de nuevo como al buen compañero de las horas

alegres y de las horas amargas. Compañero al que esperaba inquieta todos los días, temerosa siempre de la tragedia que como un ángel malo acecha a todos los mineros.

De verdad hubiera querido volver a ser joven y ofrecer su cuerpo blanco al viejo compañero.

Un viernes por la tarde la familia de Angustias fue a visitar a los primos.

Los parientes, de buen talante, se deshacían en halagos desde que Joaquín tenía casa. Los últimos meses habían sido de prueba para ellos. De estar constantemente bajo la mirada de los primos que, aunque no eran extraños para algunas cosas, sí lo eran para otras. Se encontraban contentos ahora que los primos se habían marchado de la casa y podían hacer lo que quisieran sin tener testigos de vista.

La familia estaba sentada alrededor de la mesa. Joaquín escuchaba las palabras de prima Lucía alabando todos los detalles de la casa. La prima tenía los labios pintados y la cara llena de polvos.

Después de descansar durante unos instantes, fueron todos al corral a ver la conejera que había construido Joaquín.

—Si fuera un poco más grande sembraría tomates —dijo Joaquín, refiriéndose al pequeño patio.

—Tenéis una linda casa —comentó Lucía.

Antonio fumaba pitillo tras pitillo de la petaca de Joaquín. Las mujeres hablaban con frases espaciosas de cuando en el pueblo se podía vivir con el jornal de un hombre.

—Si queréis aderezamos un gazpacho —ofreció Angustias.

—Bueno; un gazpacho pasao siempre viene bien con la calor —respondió Antonio.

—Este jarrón es muy bonito —dijo Lucía señalando al búcaro negro que había encima de la mesa del comedor.

—Lo encontré tan bonito que no pude resistir la tentación. Me costó cinco duros. Las flores las compré en la calle Mayor.

—Ya te vas encarrilando —dijo Antonio a Joaquín.

—No creas —contestó éste—. Aún debemos diez plazos de muebles.

—Pero te vas encarrilando.

Mientras Angustias aderezaba el gazpacho, Joaquín fue contando a su primo todos los proyectos que tenía para un futuro inmediato.

—He pedido plaza de picador; de caballista, ya sabes, se gana poco. Y yo tengo que ahorrar mucho dinero.

—El ahorro no sirve para nada. Si no comes, no vistes y no haces lo otro, ¿para qué sirve el vivir? Si no comes, todo se lo lleva la botica. Hay que echar gasolina al motor para que ande; cuanta más gasolina, mejor. —Antonio se golpeaba el estómago.

—Antonio, ya sabes que mi idea es dejar la mina lo antes posible. Cuando tenga unos miles ahorraos, la Angustias y yo nos vamos para el pueblo.

—Tú haces lo que quieras, pero con la salud no se juega. Ya sé que andas trabajando doce horas todos los días, y eso no hay cuerpo que lo resista.

—Eso es cosa mía. Si trabajo unos años de firme no habrá quien me tosa allá en el pueblo. Si tuviera que quedarme para siempre en este pueblo sería igual que un gorrión encerrao.

—El Joaquín es muy burro; no hay quien lo apee. Yo digo que es mejor seguir aquí.

Antonio cambió de conversación al ver que su primo se amoscaba en cuanto le hablaban de que ahorrara menos.

—¿Cuándo vas a venir por casa de Amelia una noche?

—Joaquín no sale por la noche; luego no hay quien le levante a la hora de la sirena.

—¿Ves cómo son las mujeres? —rió Antonio—. ¿Lo ves? Igual me pasa a mí. La Lucía no hace más que refunfuñarme en cuantito ve que voy a matar la araña con los amigos de la taberna. Y no te creas que es porque a la mañana siguiente tenga que madrugar. ¡Ca! No hay más que verla; los sábados me va a buscar a la taberna para que la entregue el jornal, no sea que

me lo gaste, dice ella. Es por eso por lo que la Angustias no te deja salir: por el dinerito nada más. Menudas lagartas están hechas las mujeres.

—Hijo —replicó la Lucía con enfado—, es que a ti en cuanto te dejan rienda suelta trituras el jornal que da gusto. No sería la primera vez. ¿Sabéis? —dijo para avergonzar a su marido—, el otro día me sisó veinte duros con el achaque de no sé qué cosa.

—Por el dinerito nada más, Joaquín. Por el dinerito, no te quepa duda —remachó Antonio.

—No me cabe —siguió Joaquín.

—¡Anda con éste! También eres bueno tú —intervino Angustias algo molesta.

Angustias fue a la cocina para enseguida volver cargada con una fuente honda llena de gazpacho.

—Está al estilo de la tierra: pasao.

—A mí el gazpacho me gusta hasta en la cabeza de un tiñoso —comentó Lucía.

—Podíais ir a por un poco de vino a casa del señor Machado.

Angustias se sentó junto a su prima. Se oían las voces de Angus jugando en la calle.

Joaquín, en dos zancadas, se plantó en un momento en la taberna de Machado.

—Vengo a por un litro del más bueno que tengas.

—¿Es tu santo?

—No. Es que han venido los primos y tenemos una miaja de merienda.

Al otro lado del mostrador, un hombre, flaco y melancólico, atenazaba entre sus manos un vaso de vino. Tenía las piernas medio dobladas, como si no fueran suyas.

—Hola, Heriberto —saludó Joaquín al hombre.

—Está desesperao —cuchicheó Machado—. Los de Madrid le han mandao un certificado diciendo que está útil y normal para toda clase de trabajo. Le han quitao la pensión y tiene que

volver al pozo. Yo no sé lo que le va a pasar si baja a lo hondo; está más picao del pecho que un melón podrido. Es la primera vez que un silicósico de segundo grado se cura. Yo creía que en esa enfermedad no hay mejoría que valga cuando se llega a esos extremos. Si acaso, se estaciona.

Heriberto se acercó donde Joaquín y el tabernero hablaban.

—Estoy medio curda, ¿sabes? Ya te habrá contaó éste... Anda, tómate un vaso a mi salud.

—Has tardao un siglo —dijo Angustias.

—Estarían pisando la uva —bromeó Antonio.

—Me entretuve con el Heriberto. Le han dao el alta y tiene que volver al pozo. Estaba medio bebido —contó Joaquín.

—Pobre hombre —musitó Angustias al tiempo que cucharaba el gazpacho.

—El que estaba con una buena curda era anoche el Luciano. Más mamao que un niño de pecho, estaba —dijo Antonio.

—Ése siempre anda dando tumbos.

Angustias preguntó a su prima por la señora Eulalia y por su marido, a los que hacía mucho tiempo que no veía.

—El marido, el otro día cogió una pataleta que por poco se va al otro mundo. Tuvo que venir el médico y dijo que tenía cuantísimo de alcohol en la sangre y que a lo mejor la diñaba. La señora Eulalia anda hecha una mártir, pues, por si fuera poco, la Fausti no se endereza. Claro que menudos ejemplos ve en su casa: la Fausti anda mucho con esa que la llaman «Pies Planos».

—«La Pies Planos» es una zorra y la Fausti una pirantona.

—¿Y la señora Dolores?

—Como siempre: hablando de su Luis y de lo buena que es la Carmela.

—La Carmela es una buena chica. Yo he hablao con ella —dijo Joaquín.

Después que hablara Joaquín toda la familia calló para dedicarse a darle gusto al paladar. El vino de Machado entraba bien y el gazpacho no tenía un pero.

—¿Sabéis que el otro día me volvió el dolor del costao? —comentó Lucía.

—Llamamos al médico del seguro, pero no la acertó. Tuvi-
mos que avisar a don Lucas.

Angustias se acordaba de don Lucas; un hombre bajito y grueso, viejo, en el que la gente del barrio tenía mucha fe. Hablaban del médico como de un dios. Don Lucas, al hablar, accionaba de tal forma, y con tanta violencia, que sus palabras pasaban a la categoría de sentencias. Cobraba muy baratas las consultas y tenía por ello una gran clientela en el barrio mine-
ro.

—La estuvo palpando el costao y luego la escuchó con las gomas —contó Antonio.

Don Lucas, en verdad, trabajaba concienzudamente y era muy considerado a la hora de recetar.

—Esta señora —dijo— lo que tiene no es de importancia. Son dolores reumáticos. Ahora bien, yo por darme pisto podría mandarla a los baños de Alhama, pongamos por caso. Se gastar-
ría mil duritos y se pondría como nueva. También podría recetarle Cortisona, que vale un puñadito de billetes y también se le calmarían los dolores. Tampoco le irían mal unas inyecciones de salicilatos, que son más baratas. Pero... —al llegar a este punto don Lucas dio mayor énfasis a sus palabras—, pero yo he visto que ustedes son gente humilde. ¡Así que ni las cinco mil pesetas del balneario! ¡Ni la Cortisona! ¡Ni siquiera las inyecciones de salicilatos! Solamente por la módica cantidad de cinco pesetas, valor de un cuarto de litro de aguarrás, va esta señora a quedar sin dolores. Unas friegas con mano dura, y adiós los dolores.

—Y se me pasaron a los tres días de las friegas —terminó prima Lucía.

Incuestionablemente, a pesar de su aire de charlatán, el arte médico de don Lucas obraba milagros.

Felipe, el capataz, se levantó de la cama y entreabrió las

ventanas. Sin saber bien por qué, al ver entrar una cuchilla de sol por la rendija, se puso a cantar.

Era alto y corpulento, de fuerza considerable y salud de toro bravo. Ganaba mucho dinero en la mina. Su manera de ser con los compañeros le granjeaba muchas enemistades, ya que nunca hacía causa común con ellos. Así pues, Felipe andaba por la vida teniendo pocos amigos, pero ganando un buen sueldo.

Daba a su mujer mil pesetas semanales y corría con todos los gastos extraordinarios, como ir al cine, comprar alguna silla, e ir quince días de veraneo a Santa Elena, que era el pueblo de su mujer.

La puerta de la habitación estaba entornada y se oía el ruido de los cacharros de la cocina. Luego de desperezarse se acercó a la cuna. Otro niño y ya eran cinco. «Tres hembras y dos varoncitos», pensó. «Tiene toda su cara», había dicho su mujer, y era verdad. El mamoncete se parecía a él como una gota de agua se parece a otra. Otra vez se acercó a la ventana para abrir las hojas y dejar que entrara el sol naciente.

—Las siete de la mañana —dijo en voz alta mirando al reloj colgado en la pared.

Al volverse vio la cara de Emi; luego sus manos colocando el desayuno encima de la mesa. Acercó la silla y tomó una taza.

Seguidamente cortó unas rebanadas de pan y las untó de miel. Dio un mordisco al pan y luego sorbió un trago de café.

Emi era una mujer de corta estatura, metida en carnes y de buen ver. El pelo liso, recogido en un moño; los ojos verdes, demasiado claros.

—Tienes cara de gato —repetía Felipe en muchas ocasiones.

—¿Quieres un poco más de café? —preguntó Emi a su marido.

—Bueno, échame un poco.

Mientras migaba sopas dentro del tazón miró para su mujer.

—Hoy tengo que ver al ingeniero.

—¿Qué te quiere?

—No lo sé.

Y siguió tomando el café con aire satisfecho.

—No has ido a ver la lavadora —dijo Emi rompiendo el silencio.

—No he tenido tiempo.

—Lo mismo me dices todos los días.

—No tenemos dinero bastante. A pesar de los billetes que traigo parece como si tuvieras un agujero en las manos.

—Podríamos comprarla a plazos. La mujer de Juan la ha comprado así...

—Juan está de jefe de almacén y gana más dinero que yo, y su mujer no es una manirrota.

—De manirrota, nada; siete bocas no se llenan así como así. Si quiero la lavadora es porque hace mucho avío.

—Yo no te he negao el comprarla; pero el dinero lo estamos debiendo. Si no hubiera sido por lo del crío ya la tendrías.

—No me eches la culpa de lo del crío. Si tú no te durmieras en las pajas no hubiera venido.

Felipe terminó de tomar el café de su desayuno y se puso en pie junto a la ventana. «Hoy va a hacer un buen día; menos calor que ayer. Ayer caía una solanera de mucho cuidao», pensó.

—Ya tengo el sitio donde la voy a colocar; lo tengo medido y me viene justo.

—¿Dónde? —preguntó Felipe distraídamente.

—Debajo de la ventana de la cocina, entre la mesa y el fogón.

Herido por la luz, el pequeño se agitaba en la cuna y pronto empezó a llorar.

—Ese niño grita más que un gorrino recién capao.

No había forma de hacerle callar. Emi tomó al niño entre los brazos y con un brusco movimiento sacó los pechos llenos de leche; los pezones grandes y renegridos.

—Tiene toda tu cara.

—Sí —dijo Felipe, y encendió un cigarro.

«Como una gota de agua se parece a otra», se repitió satisfecho junto a la puerta. Salió sin apenas hacer ruido para evitar que se despertaran los chicos.

Se detuvo un instante en el portal para habituarse a la luz. Luego echó a andar y torció por la primera bocacalle, dirigiéndose, a paso lento, hacia la plaza a tomar el autobús que la Minera del Sur destinaba a los empleados y capataces.

Se montó en el primer autocar. Para Felipe era motivo de orgullo el llegar al tajo antes que los demás hombres de la cuadrilla, antes que el ingeniero, antes que nadie.

—Así es como se deben hacer las cosas —decía—. Para eso pagan.

«Dinero, dinero.» No tenía que olvidar eso. «El dinero es lo más importante del mundo.» Cuando viera al ingeniero tenía que sondearle para pedirle un aumento de sueldo.

«Cinco bocas: tres hembras y dos varones.» La Dirección de la Empresa tenía buen concepto de él.

—Tendrán que hacernos caso —había dicho «el Asturiano».

—Nos harán caso. Sin nosotros no pueden hacer nada.

—Y tú, «Granadino», ¿qué opinas? —preguntaron a Joaquín.

—Yo haré lo que la mayoría diga.

A Felipe le parecía que lo de los escritos no era manera de hacer las cosas. Todo el mundo debía de trabajar lo mejor que pudiera y dejarse de protestas, que a nada bueno conducían.

—Conmigo no contar —dijo.

—¿Vas a hacer el esquirol? —le preguntaron.

«Esquirol, esquirol. Eso no son más que palabras, garambainas de muertos de hambre. Que digan lo que quieran, que yo no muevo un dedo. Lo importante es estar a bien con don Rosario y no con unos desgraciaos como el Luciano o el Joaquín. Pero la cosa no es así —pensó—. Los imbéciles de mi cuadrilla quieren echarlo todo a rodar y a mí me van a hacer la

pascua. Ya me quitaron la gratificación una vez y no estoy dispuesto a que me quiten otra. Con cinco bocas de niño, y una mujer que come como una lima y tiene aires de grandeza, uno no puede dejar que los billetes le pasen a la altura de la nariz. Y no es que piense que les falta razón para reclamar. Los hombres deben trabajar sin miedo a que se les caiga el techo encima y deben cobrar mejores jornales. A la galería cuarta no llega aire ni para un gorrión, y hacen falta lo menos tres portadas y un par de cientos de rollizos. Pero eso no es de mi incumbencia. Se lo dije al ingeniero, ¿no? Yo no puedo meterme en líos y andar repitiéndoselo cien veces como quieren los de mi cuadrilla. Tengo que hacer lo que me convenga; la vista gorda y poner el cazo a la hora de las gratificaciones. Que cada uno con su pan se lo coma.»

Desde la ventanilla del autocar observaba a los pájaros de la plaza. Saltaban de rama en rama y luego daban un corto vuelo para posarse en las ramas de otro árbol.

Sus pensamientos, reculando como un cangrejo, se remontan a cuando tenía dieciséis años.

«Mi padre quería que yo estudiara. Si no hubiera muerto mi padre, yo andaría hecho un señor. El viejo ganaba dinero trabajando para los ingleses de La Carolina, y a buen seguro yo sería todo un señor facultativo con el coche a la puerta. Tendría una vivienda en la colonia de los jefes e iría al “Casino de los Señores” a jugar a los dados.»

—¡A ver si arrancas de una vez!

Todos los empleados hablaban a un tiempo, se gritaban para mejor oírse.

—El Madrid se va a traer al Puskas.

—Puskas, Kopa y Di Stéfano, la delantera de seda.

—Ya puede el Barcelona apretarse los machos.

—Aquí dicen que Gento, la «Galerna del Cantábrico», metió dos goles de artesanía.

—Corre mucho, pero no tiene clase.

El conductor se puso al volante y pronto salieron de la pla-

za en dirección a la carretera.

«La vida es buena si uno no se la complica. Nosotros podíamos vivir tan ricamente si no tuviéramos tantos hijos. Y ahora, para remate, nos ha venido éste. Emi dijo que había consultao con el cura. El cura dijo que el método Gino, Ogino, Angino, o como sea, no era pecado porque no había que ponerse nada o “apearse en marcha”. Y yo no sé si la entendí mal, el caso es que la Emi se quedó embarazada. Yo hubiera ido a la partera por ver si se podía arreglar, pero la Emi dijo que no, que le daba miedo. Que a lo hecho, pecho. Y así estamos. Dicen que donde comen cuatro comen cinco, pero eso es mentira. Para que te fíes de lo que te dicen, Emi, para que te fíes.»

Al llegar a la explanada de carga el autocar se detuvo y los hombres se fueron para su trabajo. Felipe entró en la jaula y cambió algunas palabras con el maquinista del ascensor. El penetrante olor a humedad lo llenaba todo, pero ya estaba lo bastante acostumbrado como para reparar en ello. La jaula se detenía en todas las plantas.

Pensaba que el ingeniero quería verle. Para algún lío sería. A buen seguro para echarle una bronca por el escaso rendimiento de la cuadrilla a su cargo. Pero los picadores, él lo sabía, no querían saber nada de aumentos de producción si no venían acompañados de una mejora de salarios. Él los arrearía, pero no podía responder del resultado. La cosa era así: la Dirección a un lado, al otro los mineros, y él, Felipe Sánchez, en medio.

Al rato de caminar por la galería llegó al frente de corte. La boca de la mina, ochocientos metros más arriba. El pozo maestro, a unos dos kilómetros de distancia.

Se sentó en un montón de «estéril» a esperar la llegada de la cuadrilla.

A media mañana fue a ver al ingeniero encargado del pozo. Golpeó en la puerta del despacho y aguardó a que le invitaran a entrar. Llevaba el casco entre las manos y tímidamente le daba vueltas. Le daba rabia, pero no podía remediarlo; siempre que hablaba con un superior tenía que tener algo entre las manos y

darle vueltas.

—Entre —dijo la voz de don Rosario.

El capataz entró en el despacho y, tras cerrar la puerta, quedó parado delante de la mesa. El ingeniero hizo una seña indicando que esperase, pues se encontraba leyendo una carta.

Por la ventana abierta se veían las paralelas oxidadas de la vía del pequeño tren del exterior. Más atrás se divisaban los parques de maquinaria y las oficinas del pozo «Oeste».

Las paredes del despacho, forradas con planchas de corcho, estaban adornadas con fotografías y dibujos de la explotación.

—¿Cómo andas, Felipe? Felipe ha tenido un nuevo chico; bueno, él no, su mujer —dijo el ingeniero volviéndose hacia la mecanógrafa que se encontraba sentada en una mesa colocada en un rincón del despacho.

—Que sea enhorabuena —dijo la muchacha sonriendo.

Don Rosario se levantó del sillón giratorio, sacó una cajetilla del cajón central y ofreció tabaco al capataz. Era un hombre de pequeña estatura, abotijado de cuerpo, cuello corto con papada, bigote recortado, ojos chicos y vivos. Medianamente calvo. Voz chillona.

—Es americano legítimo —dijo.

Luego, se volvió a la mecanógrafa para decirle:

—Señorita Rosa, haga el favor de salir un momento. En cuanto termine con Felipe la avisaré.

La muchacha se levantó y fue caminando hacia la puerta moviendo acompasadamente las caderas.

—¿Cuántos hijos tienes, Felipe?

—Cinco, don Rosario.

—Creced y multiplicaos, dijo el Señor —bromeó don Rosario.

Después, y ya seriamente, continuó hablando:

—Tú tienes una forma de ser que me gusta: serio, callado, dócil. Nunca te metes en líos ni reclamaciones. ¿Te importaría que te hiciera unas preguntas?

—No, señor; las que usted quiera —contestó Felipe, bastante

confuso ante el desarrollo de la entrevista.

—Tú has ido a la escuela, ¿verdad?

—Mi padre quería que yo me hiciera facultativo, pero cuando murió tuve que trabajar.

—¿Dónde te pilló la guerra, Felipe?

—En Jerez.

—Buena tierra, Jerez. Yo tengo muchos amigos allí. Bueno, al grano. A ti supongo que no te interesa la política.

Felipe miró, extrañado, a don Rosario.

—No, señor; no me interesa para nada. Yo digo que un hombre con trabajar ya tiene bastante.

—Me alegro que pienses así —rió don Rosario—. A mí tampoco me interesa gran cosa; no tengo buena opinión de los políticos. Sin embargo, creo que, por desgracia, tenemos que aceptarla. Sin política caeríamos en algo peor: en la anarquía.

—Ya sabe usted que yo no me metí en el lío de las reclamaciones.

—Ya lo sé, y por eso te he llamado a ti. Tú eres uno de los pocos en quien confía la Empresa. Aquella vez se te quitó la gratificación porque no había otro remedio, pero siempre se te ha tenido en cuenta para los ascensos. Bueno, a lo que iba. Yo creo que aquí pagamos salarios decentes a todo el mundo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Tú sabes que esto de ganar dinero es una cosa un poco especial, que la empresa puede tener consideraciones con los que la sirven bien y mano dura para los que la sirven mal. Por ejemplo, ese Ruiz de tu cuadrilla, ¿qué piensa? A mí me parece un revoltoso, por no decir otra cosa. ¿Cómo es? ¿Y ese Pedro? ¿Y ese que se llama López? ¿Y ese Joaquín?

—El Joaquín no se mete en nada; siempre anda pensando en sus cosas. Quiere ahorrar para irse a su pueblo y comprar tierras.

—Ya. Supongamos que te doy a ganar quinientas pesetitas al mes más de las que ganas. ¿Qué te parece? Tú tienes cinco

hijos y te vendrán bien.

Felipe levantó la cabeza para mirar a don Rosario. Éste se había vuelto de espaldas y miraba hacia el pequeño tren del exterior que corría por debajo de la ventana abierta.

—¿Qué quiere que le cuente de Ruiz?

Joaquín miraba al viñedo que se extendía por la ladera, a los olivos, al sol. A la tierra cálida llena del olor de los chumbos. Andaba entre los surcos de las labrantías cercanas, contemplaba las huertas; los rojos tomates, las calabazas llenas de verrugas.

Lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos, las aletas de la nariz temblonas.

¿Cómo era posible que un hombre no sintiera gozo viendo crecer las espigas, oyendo el rumor del viento a través de un trigo? El olor de la paja quemada por el sol, el aroma a tierra mojada, a lluvia, a viento, ¿no era una alegría?

Joaquín se había comprado una hoz y todos los domingos por la mañana trasponía el cerro para ir a segar hierba para los conejos.

Luego de segar se cargaba al hombro el saco lleno de hierba y se iba a charlar con Roque. La casa de éste quedaba en hondo junto al ribazo de una vaguada, era una casa vieja y chiquita rodeada por una pequeña huerta. Había conocido a Roque la segunda mañana en que fue a segar. Joaquín tenía sed y pidió al hombre que le dejara beber agua del pozo. El hombre, sentado a la puerta de la casa, arreglaba unas reatas para las caballerías. Tenía barba crecida y ojos amarillentos.

—¿Adónde va el hombre? —preguntó el huertano.

—A ver si podía darme usted un poco de agua. Vengo de cortar hierba —dijo Joaquín al tiempo que dejaba el saco en el suelo.

—Pues beba la que quiera. Ahí tiene el pozal para que la saque.

Joaquín se llegó junto al brocal y hundió el cubo en la pro-

fundidad del pozo. Puso la cuerda en la garrucha y de tres tiro-
nes lo sacó a la superficie. El pozal se bamboleaba. Vertió agua
en el vaso que le acercó el campesino y se la bebió de un sorbo.

El viejo cosía la reata con una aguja de zapatero. Mordía el
cañamo antes de enhebrarlo. Desde lejos llegaba el canto de las
chicharras aserrando el silencio. En el hogar bajo crepitaba el
fuego.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Joaquín al huertano.

—En las tomateras ando ahora.

—Eso da mucho dinero.

—Sí, pero también mucho trabajo. Primero hay que hacer
los caballones, luego plantar. Hay que azufrar y dar lo menos
dos riegos a la semana.

—Y luego recortar con tijeras —añadió Joaquín.

—¿Usted trabaja en el campo?

—Trabajaba.

Roque quedó mirando con curiosidad a la cara de Joaquín,
mas nada le preguntó.

—Casi plantaría otra cosa en vez de tomates. Es mucho tra-
bajo pa un viejo —dijo Roque.

—El algodón rinde bien.

—Ésta no es buena tierra para algodón —replicó el huer-
tano.

—Cansa mucho a la tierra; pero también el tomate la cansa.

—Ya; pero les tengo cogido el aire a los tomates.

Cuando se despidió del campesino éste le regaló unos to-
mates y le invitó a que fuera a visitarle cuando quisiera. A Joa-
quín, la conversación con el huertano le había removido hasta
lo hondo haciéndole recordar otros tiempos. Y por eso, tras
dejar al viejo en su labor de coser las reatas, aunque ya tenía el
saco lleno, se dio una hartazón de segar hierba.

El único que sabía de su amistad con Roque era Luis. Una
mañana le había acompañado y, mientras Joaquín le daba a la
hoz, el muchacho se bañó en el regato.

El viejo y Luis habían discutido. Cada uno tenía sus puntos

de vista. Para Luis el campo era una esclavitud; para Roque lo era la mina.

—Si todavía el campo fuera suyo...

—Si todavía la mina fuera tuya...

—Si en el campo no hiciera frío en invierno...

—Si en la mina hubiera sol...

A la vuelta del campo, Joaquín invitó a Luis a tomar unos vasos de vino. Llevó a su compañero hacia los altos del barrio. Llevaba el saco al hombro y saludaba contento a todos los vecinos que se encontraba al paso.

—Entra —dijo Joaquín al muchacho.

Un grupo de hombres bebían junto al mostrador. Cerca de un tonel se encontraba un individuo al que Joaquín creía conocer, mas no le dijo nada por si acaso se confundía.

—Hola, Machado —saludó Joaquín al tiempo que dejaba el saco apoyado en el mostrador.

—Hola, «Granadino» y compañía —respondió el tabernero al saludo.

—Buenas —dijo Luis.

—¿Qué van a tomar?

—Nos vas a picar unos tomates, que nos han regalao, y nos vas a traer media de tinto.

Mientras el tabernero picaba los tomates los dos compañeros se sentaron en una mesa cercana a la puerta.

—Aquí tienen buen vino.

—No está mal esto —dijo Luis—. Se está fresquito. Se agradece la sombra después de la caminata.

—Este Machado es un buen tipo. Fíjate en la guitarra que tiene colgada; es de concierto.

—Menéndez, el de casa de Amelia, sí que tiene buena guitarra. Menéndez tiene gusto para tocar.

—Hace mucho que no voy por casa de Amelia. Ya sabes, uno siempre está liao con algo en la casa.

—¿Cuándo vas a ir a casa de mi suegro a ver la bici?

—No sé.

—Vamos después, si quieres; ahora tiene unas muy majas.

Machado puso la fuente con los tomates picados y se fue para el mostrador a seguir conversando con los tres hombres que allí se apoyaban.

—Buen vino —comentó Luis después de vaciar el vaso—. Es un poco gordo, pero no está aguante.

—Machado no es cristiano; no bautiza el vino.

El hombre que estaba junto al tonel se acercó a la mesa y le habló a Joaquín.

—Yo a usted quería conocerle.

—Lo mismo me pasa a mí. En cuanto entré me dije: esa cara me es conocida.

—Lo mismo me pasó a mí.

—Usted, si no me trasconejo, es amigo del «Asturiano» y trabaja en el cine Cervantes.

—Ése soy yo. Y usted es el Joaquín.

—Eso es.

—¿Y cómo va esa vida?

—Vaya. Éste es un compañero del «Asturiano» y mío; se llama Luis —presentó Joaquín al muchacho.

—Pues tanto gusto en conocerle; en la cabina del Cervantes me tiene para lo que guste.

—Ahora venimos del campo, de segar un poco de hierba para los conejos —comentó Joaquín.

—«El Granadino», que no puede dejar de pensar en la tierra.

—Lo mismo me pasa a mi con el cine. Miren si llevo años trabajando, que ya desde chico andaba en butacas vendiendo caramelos, y ahora tengo los cincuenta cumplidos y estoy en cabina. Pues el cine me sigue gustando como el primer día. Yo soy el hombre que más entiende de películas en el mundo. A mí no se me escapa un primer plano ni un encuadre raro. Yo soy un técnico al que no se le escapa un detalle. La gozo cuando veo algo bueno.

—Yo vi una película muy buena —aseguró tímidamente

Luis.

—¿Cuál?

—*Estrómboli* o algo así se llamaba.

—Esa película no vale nada —aseguró Matías.

—A mí me gustó lo del pescador.

—La Ingrid, desde que se casó con el Rosellini no ha hecho película buena. Antes sí —dijo Matías.

—Yo voy a pasar el rato al cine.

Matías sonrió con aire de suficiencia, hizo una mueca y vació la botella dentro de su vaso.

—Mire usted, joven. Esa película es mala de remate. Se lo dice uno que se ve hasta las películas que echan en el Gran Teatro, que tiene la exclusiva de los tostones. Buen cine, el de Charló.

Al rato Matías se marchó, pretextando que tenía prisa en ir a la estación para recoger el saco de las películas que iban a poner por la tarde.

Una vez descansados, los dos compañeros se pusieron en pie.

—¿Vamos a casa de mi suegro? —preguntó Luis.

—Bueno; pero antes pasaremos por mi casa para dejar el saco —dijo Joaquín.

Cuando ya iban cerca de la puerta, Machado se acercó a Joaquín para decirle, en tono bajo, que en cuanto le viniera bien hiciera tiempo para hablar con él, pues tenía que contarle lo que le había pasado al Heriberto.

El padre de Carmela, Remigio, se hallaba en su rincón del patio pintando una bicicleta con un pulverizador de desinfectantes.

—Buenos días, señor Fernández —gritó Luis desde la puerta del corral.

—Hola, hijo, aquí dándole como siempre.

—Eso está bien.

—La Carmela anda ahí dentro con su madre.

—Ahora pasaré a verla; es que vengo con un amigo para

que vea las bicicletas.

—Ya nos conocemos de vista —dijo Joaquín.

—Tengo tres Orbeas como para ir a la vuelta a Francia; ni Bahamontes tiene una como ellas. Guía de media carrera y cambio al pie con piñones de triple multiplicación.

—Ahora no la puedo comprar; sólo verlas. Es que el Luis se ha empeñado en que viniera.

—Pues son unas joyas las máquinas éstas. Y regaladas que las dejo. Por ochocientas se puede llevar la que quiera. Dese una vuelta y verá que lo que digo no es cuento.

Joaquín se montó en la bicicleta para dar una vuelta alrededor de la casa. Remigio salió a la puerta del taller limpiándose las manos sucias de pintura con un trapo mojado en gasolina.

—¿A que va bien? —dijo.

—Apenas si pesa nada —comentó Joaquín tras apearse de la bicicleta.

—Como un niño recién nacido: cuatro kilos y medio.

Luis hablaba con la señora Rocío, madre de Carmela.

—Hoy me convidó a comer en esta casa.

—¿Lo sabe tu madre?

—Se lo dije esta mañana.

—Pues podías haber avisao antes para hacer otra comida. Hoy tenemos patatas con bacalao.

Carmela, al oír la voz de su novio, dejó lo que tenía entre manos y salió a saludarle.

—¡Qué bien que te quedes! —dijo—. Hoy los señores me dieron permiso para todo el día.

Luis miraba a la muchacha. Ella era como una fruta olorosa, dulce como el albillo, gustosa como naranja. Al novio le andaba el amor entre las manos.

—¡Quién te pillara junto al río! De veras, ¡quién te pillara! —le dijo bajito a la muchacha para que la madre no le escuchara.

Joaquín hablaba con el padre de la chica acerca de las má-

quinas que se empleaban en el campo. Fernández tenía opiniones tan atinadas que Joaquín se pasmaba de admiración.

—El problema del campo se solucionará cuando se mecanice. Entonces se lograrán más cosechas y el trabajo no será tan bruto. El campesino tendrá que entender de mecánica y de electricidad, conducir un tractor o un camión.

—Parece que eso que dice usted está muy atinao, sí señor —contestó Joaquín al maquinista.

—El mundo es igual que una máquina: cuando cada pieza está en su sitio todo marcha bien y a una, igual que las cosechadoras.

—Nosotros tenemos un compañero que opina parecido a usted. Dice que las máquinas son un invento bueno, aunque en manos de los ricos sólo sirven para mejor sacarnos el tuétano. En los pueblos, eso lo conozco yo, la máquina deja muchos brazos sin trabajo. Una máquina segadora vale por unas cuantas cuadrillas y tienes que contratarte, si puedes, por tres perras gordas o la comida —explicó Joaquín.

—Eso es verdá; pero no por culpa de la máquina, sino de los dueños de ellas. Yo digo que con las máquinas se rinde más en menos tiempo, y que es de razón nos paguen la diferencia, porque la jornada de trabajo es la misma.

Joaquín continuó un buen rato charlando con Fernández. Éste se encontraba a sus anchas explicando sus teorías, pues Joaquín le escuchaba con atención.

Tras su perorata Remigio ofreció al «Granadino» la oportunidad de que se llevara la bicicleta sin dar ni cinco céntimos de señal.

—Me la paga usted como pueda; me da todos los meses algo, y cuando la paga de Navidad me liquida el resto.

—Consultaré con mi mujer. Como tenemos casa nueva, estamos metidos en gastos.

—Ya sabe dónde nos tiene. Venga cuando quiera.

Joaquín se despidió de la familia del maquinista y fue a la taberna de Machado para hablar con éste.

—¿Te has enterado de lo del Heriberto? —le preguntó el tabernero.

—No.

—Ya sabías que en Madrid le dieron útil para el trabajo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ayer bajó a la tercera planta a las ocho de la mañana y se puso a trabajar como los buenos. A las diez empezó a escupir sangre y le tuvieron que traer a casa porque no se tenía en pie.

Joaquín, tras escuchar a Machado, fue a su casa a buscar a su mujer.

—Vamos a casa de Heriberto —dijo.

—¿Qué le pasa?

—Que la está espichando.

El hombre estaba tendido en la cama y tenía la cara, blanca y chupada, como un cirio. La habitación se encontraba llena de vecinos que habían ido a consolar a la mujer de Heriberto, la cual lloraba con desconsuelo y se retorció las manos.

—Soy caso perdido —decía Heriberto.

—No hable usted, señor Heriberto; le hará mal el pecho —decía la Amalia.

Joaquín miró para la mujer; se acordaba de la historia del catalán que le había contado Machado y no pudo por menos de sonreír. Amalia volvía a repetir:

—Le hará mal el pecho si habla.

—Bajé a la sexta y empecé a darle al martillo. Todo iba bien hasta que me vino la sangre y me desmayé.

—Calla —le dijo Joaquín.

—¿De dónde lo voy a ganar para mi mujer y los hijos? —preguntaba con desesperación el enfermo.

—Ten paciencia; ya se pasará.

—Me voy yendo ya, Joaquín. Me voy yendo ya para el otro barrio.

Ya era anochecido cuando atravesaban el pueblo. Los árbo-

les de las afueras parecían más altos en la oscuridad. Una luna con cuernos para arriba, azulencá y pesada, se sostenía en el cielo apoyada en una nube de algodón.

Por mucho tiempo Carmela permaneció silenciosa, ocupada en arreglarse el pelo. Después habló. La voz de la muchacha le caló como un hierro encendido.

—Ven aquí —le dijo con voz segura.

Se acercó a ella, la ingre nerviosa. De pronto había adquirido el convencimiento de que Carmela iba a entregársele en ese preciso momento. Sin palabras, con el corazón a punto de reventar, le pasó las manos por los hombros como si no tuviera ropa, como si estuviera desnuda. Todo en ella daba la idea de lo que tenía que ocurrir.

—¿De veras lo quieres?

—De veras, cariño.

Hizo un lecho en el maizal.

Caminan en silencio por la loma de junto al río. Han desaparecido las luces y los árboles. La ciudad de los mineros se aprieta contra la tierra. Caminan en silencio y ya miran a la ciudad. No aprietan el paso; van despacio con su amor, como si llevaran algo muy importante a la ciudad de los mineros.

Una tarde, en que Angustias había ido con los chicos a visitar a sus primos, Joaquín salió de su casa para ir a la taberna de Amelia. Corrían las primeras jornadas del otoño, y aunque había llovido y las calles estaban encharcadas, de nuevo había salido el sol y las hojas de los olivos parecían de calamina.

El tiempo de oro brillaba en las calles.

En la plaza se encontró con «el Extremeño».

—¿Adónde vas? —preguntó Pedro.

—A casa de Amelia.

—Pues te acompaño.

Por el camino, «el Extremeño» fue contando a Joaquín historias de su tierra.

—Las casas tienen el techo de pizarra y para entrar tienes

que agacharte; das con la cabeza en el techo si no. No se utiliza cemento ni barro siquiera; piedra sobre piedra. Para las ventanas se hace un agujero con cuatro piedras y no se pone cristal ni nada. Hay alguna gente que tiene cama, pero la mayoría duerme encima de una piedra con unos sacos llenos de hojas secas de maíz. Yo la primera vez que vi luz eléctrica en un pueblo, aparte la del Cottolengo de las monjas y la de los faros de los camiones carboneros, fue en agosto del año cuarenta y dos. Tenía diecisiete años y me fui con otros mozos de Nuñomoral a las fiestas de La Alberca. Nos dimos una buena de andar. Cruzamos toas las Batuecas hasta llegar al convento de los frailes. Nos metimos en el huerto y nos dimos una hartazón a comer naranjas y una cosa que le dicen caquis. Yo hasta entonces no había catao las naranjas, aunque un día las había visto en casa del practicante de Nuño. Luego, subimos por el Portillo y entramos en Salamanca. La Alberca es un pueblo grande y tiene unas fiestas muy buenas con cohetes y todo. Estuvimos viendo bailar con música y luego nos fuimos al casino del cura a beber unas gaseosas. En La Alberca dan teatro al aire libre y los dominicos de la Peña de Francia bajan a ver la función.

«El Extremeño» calló, pues ya estaban cerca de la taberna de Amelia. Se oía el son de una guitarra.

—Menéndez lo hace bien.

La puerta de la taberna se encontraba abierta.

—Ahí está el Luciano —dijo Joaquín.

—Ése está más fijo en la taberna que una beata en las novenas.

«El Cordobés» daba brincos con una de las mujeres de la taberna. La mujer saltaba cómicamente en torno al minero.

—Ya la ha liao con «la Pies Planos» —comentó «el Extremeño» después de una pasa.

En otro rincón dos muchachas tocaban las palmas y se con-toneaban lúbricamente.

—¿Quiénes son ésas?

—«La Barreno» y «la Fideo». «La Fideo» tiene muy mala

uva y no aguanta que la pongan la mano encima si no vas con intenciones serias de cama.

Joaquín miró con atención a las prostitutas, a las cuales conocía de vista y de oídas. «La Barreno» era ancha de espaldas y tenía aires hombrunos. Llevaba un vestido ancho y muy corto; en las muñecas, unos brazaletes y unas pulseras de las llamadas esclavas.

—Le gustan mucho las joyas; se pirra por ellas —comentó «el Extremeño».

Así como «la Barreno» era alta y gruesa, «la Fideo» hacía honor a su apodo. Era alta y flaca y tenía caderas de muchacho. Vestía una bata amarilla y por entremedio del abierto se le veían las piernas huesudas, como patas de canario.

Cuando Menéndez dejó de tocar la guitarra, «el Cordobés» y «la Pies Planos» dejaron de bailar. Un murmullo de voces corrió por toda la sala. Las mujeres se pusieron pegadas a lo largo de las paredes o se fueron junto al mostrador para ver si las convidaban a algo.

Las muchachas sonreían, miraban a los mineros jóvenes y les hacían guiños y buscaban la lengua.

Amelia hablaba con un grupo de hombres que la miraban embobados. La tabernera se mostraba más bella que nunca y sus ojos, almendrados y maliciosos, brillaban como faroles mineros. Los hombres se volvían locos por ella. Pero ella, con una risa, se burlaba de todos.

—¿Puedo subir a tu habitación? —le preguntaba Rufino, el capataz del pozo «Oeste».

Amelia sonreía y le llenaba el vaso con un vino de Almonte capaz de revivir a un difunto.

—¿Para qué? —contestaba maliciosa.

—Para quererte un ratito. ¿Hay algo malo en ello?

—Y luego irás presumiendo que por tu cara bonita te has acostao con la Amelia, ¿verdá?

—Mira, si tú quieres no se enteran ni los muertos. Te lo aseguro.

—No asegures tanto. Si tu mujer se entera te la vas a ganar.

—¿Subimos? —decía con voz ronca el capataz.

—Otro día; la semana que no tenga jueves.

—Tú no haces más que burlarte de los hombres; ni que fueras una santa de palo.

Una muchacha muy decente

un día se descarrió...

cantaba Amelia con son de burla.

El minero se ponía fuera de sí, pero la tabernera le servía vino por cuenta de la casa y le daba un cachete en la cara. Y sonreía con la boca y con los ojos, que parecían dos estrellitas pequeñas.

Verdaderamente, Amelia volvía locos a los hombres.

La cuadrilla casi estaba en pleno. Pedro bebía vino pensando en sus cosas. López charlaba con Ruiz, Joaquín con García. «El Cordobés» andaba en bromas con «la Fideo».

Sólo faltaba Luis, que había ido a pasear con su novia.

Felipe, el capataz, nunca alternaba con la cuadrilla.

—Si no vas a comprar, no toques el género —decía «la Fideo», enfadada con los juegos de manos que se traía «el Cordobés».

—«Fideo», no te las des de señorita de la buena sociedad.

Refunfuñando, «la Fideo» se apartó de Luciano, cerró su bata y echó a andar escaleras arriba hacia su habitación.

—¿Qué, echamos la partida? Estoy dispuesto a jugarme el alma con el primero —gritó Luciano acercándose a la mesa de sus compañeros de cuadrilla.

Luciano «el Cordobés» era alto y delgado. Andaba un poco inclinado hacia adelante debido sin duda a la costumbre de andar así por las galerías del corte. «Esta joroba se me quitará en el nicho», decía a veces. Tenía ojos oscuros y una boca gruesa siempre abierta a una sonrisa franca. Le gustaba divertirse. Todo el dinero que ganaba huía enseguida de sus manos generosamente agujereadas; porque no había en toda la cuenca minera hombre que supiera derrocharlo como él. Era soltero, y

el vino, el juego y las mujeres constituían su pasión. Por lo demás, era muy apreciado por todos, hombres y mujeres, pues su cartera siempre se encontraba a disposición del amigo.

—La madre que te echó, «Cordobés»; la madre que te echó. Siempre andas lo mismo: cuando no con el vaso, dándote el pico con alguna.

—Siempre, «Asturiano», siempre. Las mujeres son la sal de la vida. Cuando uno sabe entenderlas son siempre vírgenes, por más hombres que hayan conocido; te lo digo yo. Si las sabes entender son como una corriente de agua: bebes una vez y la notas fresca; vuelves a beber, y ya es otra agua.

—Pero es que a ti te gustan todas —rió «el Viejo».

—Todas; las viejas por lo que saben y las jóvenes por lo que aprenden. Con algunas hay que ser un lobo y con otras un cordero.

—Gallina vieja hace buen caldo —murmuró Joaquín.

—Todas las mujeres son iguales cuando te acuestas con ellas; con todas te apañas. La baja y la alta, la flaca y gorda, todas son iguales. En la cama no hay estaturas —aseguró Pedro «el Extremeño» al tiempo que llenaba los vasos.

—¡Amelia! —gritó «el Cordobés»—. Otra botella para la compañía. A ver, dame un cigarro.

Joaquín entregó su petaca a Luciano. Éste lió un cigarro gordo como un dedo.

—Cuando hay más de cuatro cada uno fuma de su tabaco —dijo Joaquín guardándose la petaca.

—Y la Amelia, ¿cómo es? —dijo «el Asturiano» mirando a la taberna.

—La Amelia es como quiere —contestó ésta.

—Guapa es lo que es Amelia —gritó Luciano—. Pero tiene unos ojos que da miedo el mirarlos. A la Amelia habría que estudiarla despacio, muchachos.

—Pero que muy despacio —aseguró «el Asturiano».

Amelia se fue contoneándose entre las mesas. La cuadrilla bebía vino alegremente; sólo García parecía estar ensimisma-

do.

—Venga, García, mueve las tabas y sal a bailar una pieza con «la Fideo».

—A mí dejarme en paz, que bastante tengo con lo mío; yo he venido a beber vino sin meterme con nadie.

—Tú eres un curda indecente; eres más borracho que la uva —gritó «el Extremeño».

—Como os decía antes de las mujeres. Vosotros no sabéis nada de nada. ¿Cómo vais a saber si sois como esos gallos que no saben más que cubrir al vuelo?

—Uno ya es viejo y tiene sus experiencias —replicó López «el Viejo», marcando mucho la equis.

—Mirar dónde está el detalle. Ya sabéis que hay quien dice que las mujeres del norte son como el hielo, que no son como las de Despeñaperros para abajo; pues eso lo dicen los que no tienen mano izquierda con las damas. Yo una vez me tropecé con una vasca, y para qué os voy a contar. Me dejó como un alambre: ni de canto se me veía. ¡Qué piernas la había criado Dios!

—Cuando te coge por banda una mujer calentona estás perdido; te chupa el tuétano en menos que canta un gallo —dijo Ruiz.

—¿De dónde eres tú, «Cordobés»? —preguntó López «el Viejo».

—De donde el aguardiente: de Rute. Trabajaba de embotellador, pero no me gustaba el oficio y me fui para Algeciras al contrabando.

—Así estás tú desde entonces. Te conservas en alcohol, igual que los fetos —intervino García.

—Hombre, ya respiras. Ni que tú escupieras el vino. Resulta que tú eres más borracho que Noé el de la barca del Diluvio.

—No le hagas caso a García; está avinagrao —comentó Pedro.

—Un día te voy a dar en la cresta, Pedro; un día te voy a dar.

—¿Es que no sabéis estar un rato sin pelear? Parece que os tragáis la Osa Mayor, y luego os dais el pico como las palomas —medió López.

Pedro calló y se puso a liar un cigarro.

—¿Y luego? —preguntó Joaquín al «Cordobés».

—Cruzábamos con barcas hasta Gibraltar y las traíamos llenas de ginebra escocesa.

—¿Cuántos ibais?

—Diez y tres perros. A los perros los echábamos al agua cerca de Algeciras y llevaban la mercancía a casa de la Celsa; una mujer que valía un riñón, la tal Celsa.

—¿Estaba bien?

—Estaba bien y tenía un par de «güitos».

—¿Y por qué dejaste aquello?

—Los carabineros la tenían tomada con nuestro grupo. Hubo un chivatazo y una noche nos frieron a tiros desde la moto-
ra. Pudimos escapar a nado. Nos mataron los perros y perdimos la mercancía, más de tres mil duros. Luego me trincaron, pero como no pudieron probarme nada sólo estuve unos días en la cárcel. Al soltarme dijeron que nunca más volviera a poner los pies en el muelle.

—¿Te fuiste para casa?

—Sí. Anduve unos cuantos meses en casa de Celsa y luego me fui para casa, pero aguanté poco. Ya sabes cómo pagan en las fábricas. Un día tuve un lío con el encargao y nos dimos de bofetadas. Fui para Linares y luego para acá.

—¿Por qué no te casas? —dijo Joaquín—. El Luis también quiere casarse.

—«El Granadino» es un moralista; es un cura, un obispo, una beata de la parroquia —exclamó Pedro.

—Casao, ahorcao —murmuró filosóficamente García desde su rincón. Iba agarrando una tajada más que regular.

—Los buenos tomates son los de la huerta ajena. ¿No es así, «Granadino»? —dijo «el Cordobés» mirando para Joaquín.

—El Joaquín tiene sus puntos de razón. Yo no es que crea

que el matrimonio sea la solución para el hombre y la mujer; vamos, el matrimonio para toda la vida. Hay veces que el divorcio sería necesario; pero mientras la sociedad no cambie no hay otro remedio —comentó «el Asturiano».

—Casao, ahorcao —filosofó otra vez García.

—El Luis todavía tiene la leche en las encías; es un ternero en cuestión de mujeres.

—¿Echamos unas manos a la baraja? —insinuó López «el Viejo».

—Yo me voy para casa; tengo que poner un cacho de red a la conejera —dijo Joaquín.

—¿También hablas con los conejos? —bromeó García. No era un secreto para la cuadrilla el que Joaquín hablaba con los animales. La primera vez que le oyeron hablar con los caballos de la mina se burlaron de él, pero dejaron de molestar a los animales.

—«El Granadino» habla con los caballos.

—El *Tieso* y el *Tuerto* lo entienden.

—Como que habla su mismo lenguaje.

—El lenguaje de los caballos.

—Vosotros reíros —contestó Joaquín muy serio—; pero hay animales que entienden más que algunas personas. Además, los caballos agradecen que se les trate con cariño.

—Lo mismo que las mujeres —rió Luciano.

Joaquín se puso en pie y se despidió de los amigos hasta la mañana del día siguiente. «El Asturiano» y los demás se quedaron en la taberna jugando a las cartas y hablando pestes del Felipe y de que la galería amenazaba hundirse, dijera lo que dijera el ingeniero.

El hundimiento

Yo no vengo a llorar aquí donde cayeron:
vengo a vosotros, acudo a los que viven.
Acudo a ti y a mí y en tu pecho golpeo.

Dio vuelta a los caballos en el anchurón y de nuevo enganchó las bestias a las vagonetas. Volvía Joaquín a hundirse otra vez en el ojo negro de la galería inclinada. Las explosiones se sucedían espaciadamente, dominando con su voz el repiqueteo de los martillos, a las conversaciones de los mineros y al golpear de las vagonetas contra los carriles.

Caminaba delante de las caballerías. Los trozos de pizarra bailaban con ruido metálico al chocar contra los costados de las vagonetas según descendía la pendiente hacia el frente de corte donde aguardaban los paleros.

Otra vez —igual que todos los días— tuvo la impresión de vivir en un mundo desconocido, un mundo sin sol. Azuzó a las bestias. La luz de los carburos, colgados en los puentes de las portadas, caía sobre los lomos de los animales. Tras cada portada, la sombra se comía los cuerpos.

Gritó a los caballos y se puso a cantar. Nada importaban las penas. Cantaba también por sacudirse la angustia que siempre sentía en la mina, el miedo primitivo a la oscuridad. Miró, mientras cantaba, el reflejo sucio de agua que corría por el canal del túnel. «Cuando uno anda solo —se dijo—, solo en compañía de los animales, y se escucha en lo profundo el chapoteo del agua y el crujir de los maderos, a uno, por mucho temple que tenga, se le pone un nudo en la garganta.»

Cantó más fuerte y luego calló. Los cascos de las caballerías golpeaban los carriles. Centró su atención en guiar la reata por el camino que siempre era el mismo. Joaquín se echó a un lado para montarse en la primera vagoneta. De cuando en cuando, mientras los caballos andaban con paso tardo, hablaba en voz alta, miraba a las paredes rezumantes de agua, al resplandor de los carburos sobre la sucia piel del *Tuerto*, a las sombras del túnel que parecían olivos retorcidos.

—*Tieso* —llamó al primer caballo de la reata—. Hoy hace

día de sol; ya es tiempo que llueva. Ha llovido un poco, pero no es bastante. Roque dice que el pozo se está quedando sin agua, que no tiene ni dos palmos.

El alma campesina de Joaquín gritaba por la lluvia y por los campos.

Pensaba en Roque. Le envidiaba su huerto, su casa en la vaguada, sus tomateras alineadas y en flor. Mas era una envidia buena, una envidia de hombre que quiere ser igual que un árbol. Hincarse en la tierra y dar frutos. «Un día tenemos que ir a casa de Roque toda la familia. Es un hombre bueno y hará buenas migas con Angustias y los niños. Yo me daré una hartá a segar; lo estoy necesitando.»

—Si el tiempo no trae agua no sé qué va a pasar con la sembrera; no sé qué va a pasar.

Se inclinó hacia delante y acarició las ancas del *Tuerto*.

—Pero un día bonito sí que hacía. Ya me gustaría sacaros a vosotros de aquí y llevaros a labrar la tierra. Os daría un buen montón de alfalfa y un cubo de agua limpia para beber. ¿Eh, *Tuerto*; eh, *Tieso*? ¿No os gustaría? Veréis; cultivar la tierra es como montar una mujer o una yegua: es hincar la simiente y esperar su tiempo. Pero meterse en el pozo donde es difícil el respirar, no es bueno. El aire de la mina es muy caliente, es sucio. Es ácido como cuando el vino se pica en la cuba. Dirás, *Tieso*, por qué trabajo en la mina y no en el campo que tanto me gusta. Verás, la vida se ha puesto muy mala y el hombre no encuentra un pedazo de pan en la tierra que le vio nacer. A mí me han empujao, me han echao de la tierra. Si la vida la hacen así, ¿qué puede hacer un hombre más que amolarse, eh, *Tuerto*? El aire del campo tiene olor a vida, a tierra mojada, a naranjos, a pan y a lluvia.

El tren de vagonetas iba descendiendo por la galería inclinada. Toda la vía aparecía llena de boñigas de las caballerías, de excrementos humanos. Los esquistos brillaban con luz de acero. Entre los estratos brillaban los agujeros negros de las catas.

—¡Soo, *Tuerto, Tieso!*

En el fondo de la galería se apelotonaban los hombres de la cuadrilla bajo los círculos luminosos de varios candiles. El tren de vagonetas se detuvo en el claroscuro donde grandes láminas de pizarra relucían como cuerpos desnudos. Los chorros de luz alumbraban a retazos las paredes y el suelo de la galería. Subidos sobre los escombros, los picadores hendían las paredes. Los brazos de los mineros se convulsionaban con el temblor de los martillos neumáticos. La tierra palpataba antes de desmoronarse.

—¡Vaya calor! —se quejó Luis al tiempo que se secaba las gotas de sudor pardo, que, como granos de café, resbalaban por su cara. El muchacho bebió un largo trago de agua del botijo que se hallaba suspendido de un madero. Joaquín levantó los ojos para mirar las manos del minero, el chorro de agua, la garganta que se movía de arriba abajo.

—¡Vaya calor! Buena mañana hacía.

—Buena para ir de pesca —contestó Joaquín.

—Buena para el que le guste ir.

—Así es.

Joaquín cambió la conversación.

—He hablado con Angustias y le parece bien comprar la bicicleta.

—¡Hombre! Me alegro que te la compres. Daba no sé qué el verte meterte la longaniza de una hora de camino.

—Así que cuando quieras vamos a ver a tu suegro.

—Mañana.

Joaquín, «el Extremeño» y García comenzaron a cargar las vagonetas.

—No palees tanto, que no vamos a destajo —gritó Pedro.

Paleando más despacio los escombreros siguieron cargando la vagoneta. Desde lejos, desde el anchurón, se arrastraba el sonido de la sirena. El clamor lejano, débil al principio, se convertía al acercarse en un son penetrante que retumbaba en el plano inclinado y en todas las galerías y contrapozos que como

brazos de pulpo se alargaban bajo la tierra.

—¡Cristo, cómo crujen estos maderos! —dijo López.

Del techo caían trozos de pizarra y algunos pegotes de arcilla.

—Un día esta porquería de mina se va a ir a la mierda —volvió a decir López, mirando para el techo.

—Bueno, vamos a comer —indicó «el Asturiano».

En los caladeros, en los pozacos y en los planos locomotores, gente sudorosa, desnuda de cintura para arriba, llamándose con gritos unos a otros, comenzaron la hora alegre de la comida.

Luego, reinó el silencio. Sólo se oía el ruido de los compresores «Berry».

—Ésta es la única hora en que se puede respirar un poquito. Como durante el descanso no se mueven los martillos llega más aire.

—Hoy se podía masticar el aire.

—Habría que protestar otra vez. Con dos «Berrys» no hay bastante para todo, los hombres y las máquinas —dijo Ruiz.

—Ya verás el caso que nos hacen otra vez. Si hay suerte, dirán que lo ponen a estudio. A mí me da mala espina cada vez que bajan los ingenieros, tras cada protesta. Siempre nos hacen alguna faena. Acordaos de cuando nos quitaron los destajos.

—Anda, García, que tu mujer te lave los pantalones, que los tendrás sucios de caca.

—Llenos de mierda los tendrás tú, Pedro. Yo soy hombre que no se aparta de dar la cara para lo que haga falta.

—Bueno, vamos a comer —intervino Joaquín.

Los siete mineros se sientan en los escombros rotos por las punterolas. Luego quitan los cascos y se ponen a comer.

López, «el Viejo», abre el saco de su comida y saca una manzana; limpia de polvo sus manos refregándolas contra la culera del pantalón. Da un mordisco a la manzana y luego otro. Los mineros se quedan quietos mirando comer a López.

—«Viejo», pareces una liebre comiendo, y eso que no tienes

tres dientes tuyos.

López termina de comer la manzana y abre la tartera llena de tomates partidos y de trozos de escabeche. Del bolsillo del pantalón saca una navaja de hoja corva, y corta y moja grande trozos de pan en la salsa de la ensalada. La cara y la boca de López están manchadas por el polvo negro. Los dientes le brillan como a lobo. Tiene cara grave «el Viejo», una cara de soldado.

—¿Oye? —pregunta Joaquín a Ruiz—. ¿Sabes si pagan esta semana los puntos?

—El Felipe dijo que los pagarían.

—El Felipe no sabe nada de nada —cortó «el Asturiano».

Joaquín come en silencio, corta con su navaja el pan. Lleva el torso desnudo. Mastica despacio, saborea la comida. De cuando en cuando escupe el polvillo negro que se queda detenido en su boca, el polvillo negro que se mete hasta el estómago, hasta los pulmones.

Dos o tres ratas están quietas esperando a que los hombres terminen para lanzarse sobre los restos de la comida. Unas cucarachas gigantescas corretean entre las piernas de los mineros.

—Putas —grita López a las ratas—. Es a lo único que jamás me he acostumbrao: a las ratas. A verlas quietas, aguardando.

Luciano, «el Cordobés», se recuesta contra un rollizo de pino. Sus ojos, negros como escarabajos, brillan. Canta bajito, alegre.

El resto de la cuadrilla descansa tumbado en el suelo.

Beben vino; el vino rojo mancha con viveza los labios secos y negros de los cavadores. La garganta del «Viejo» se ensancha, al dar un largo tiento a la botella, como el buche de una paloma.

—«Granadino» —dice Luis a Joaquín—. El trabajo de la mina es malo y duro, pero se le llega a tomar cariño. Yo no me cambiaría por nadie cuando tengo la herramienta entre las manos y siento que la tierra tiembla como una muchacha

cuando la haces el amor. ¿No es así, Luciano?

—Claro que sí. Cuando el minero va de farra no hay otro hombre en la tierra. A las mujeres les gustan los mineros. Lo único malo es que un hombre dura poco en la mina. Los hombres del hondo mueren pronto... ¡Y si al menos uno se pudiera llevar a la tumba a todas las mujeres guapas!

«El Cordobés» continuó hablando.

—Las mujeres son la gloria del hombre, el cielo. El otro día bajaba yo por el barrio de la Estación y me vi a una muchacha con unos pechos que ya ya, se movían como campanas en día de fiesta. Me quedé como ya os podéis figurar; la lengua se me salía un palmo. Tenía ojos de gata y andares de potra salida. Yo me dije que la muchacha era el mejor tajo que le podían dar a un picador con suerte, y me fui tras ella. Nos metimos a beber en un bar y allí no la toqué un pelo, aunque se me iban las manos. La procesión iba por dentro. Me dejé los cuartos comiendo gambas y bebiendo cerveza.

—¿Y después? —preguntó Luis.

—A ti, muchacho, te pasa como a los críos cuando leen novelas picantes: están deseando pasar la hoja para ver si viene un dibujito. Después —Luciano escupió al suelo— arreglamos el asunto.

—¿Y te gastastes todo el dinero? —preguntó García—. ¿Con una fulana? Tú, Luciano, eres un animal.

—Ni que fueras el casto José, ni que fueras un ángel del cielo que no conoce el vino ni se ha acostao con una mujer. Eres un santo varón. Si no fuera porque dices palabrotas y empinas el codo...

—Tú eres un fantasioso, Luciano.

—¿Fantasioso yo? Anda, muérete. Lo que te pasa es que te da envidia porque ninguna mujer te mira. No sé cómo te has podido casar, con esa cara que tienes.

«El Viejo» cerró la navaja y dio un puñetazo al madero de la portada como si una idea repentina le hubiera llegado a la cabeza.

—Esta tarde vamos a casa de Amelia, muchachos. Hoy hace años que me casé y quiero tomar unas copas con vosotros; yo convido. Me casé a los dieciocho años. Ella era tan pobre como yo, aunque fuerte como el demonio; me llevaba el pulso. «¿Nos casamos?», le dije. «Es una tontería, Emilio; no tenemos dónde caernos muertos.» Y era verdad; pero nos casamos.

—¿Y tu chico, López?

—Hecho un señor, no un desgraciao como vosotros. Tiene moto y usa corbata.

Calló López y todos los hombres se tumbaron en el suelo. Llegaba Felipe por la galería.

—¿Qué hay? —dijo.

—Aquí, descansando.

Joaquín partió unos trozos de pan y se los dio a comer a los caballos.

—Luego os echaré el pienso.

De nuevo la sirena lanzaba su sonido a lo largo de las galerías. Se oían las voces de los mineros al regresar a los tajos.

—Bueno, muchachos, espabilar. Ya es hora —dijo Felipe.

Los hombres se ponen en pie y pronto los martillos empezaron a trabajar; enseguida lo hicieron a toda marcha. La cuadrilla se entendía a gritos.

—Felipe, tienes que ir a la Dirección, tienen que mandar a los entibadores —gritaba «el Asturiano».

Joaquín descolgó la lámpara del madero y, yendo hacia las vagonetas, la colgó en la pared. Miró para el filón azul oscuro que brillaba reflejando la luz.

Los mineros se entregaban por completo a su labor, los brazos y las herramientas eran una sola unidad. Los picadores hendían las paredes, luchaban contra la tierra para arrancarle las riquezas que guardaba. Cubiertos de polvo negro, los hombres parecían miméticos con la misma tierra.

«El Extremeño» y Pedro terminaron de llenar las vagonetas. Joaquín arreó a los caballos plano inclinado arriba. Los animales respiraban forzosamente, hincaban sus cascos en el

duro suelo para afianzarse y poder arrastrar la pesada carga.

—¡Arre, *Tuerto!* ¡Arre, *Tieso!*

Miró para atrás. El círculo de luz se iba haciendo cada vez más pequeño según iban subiendo la cuesta.

—Tiene gracia el Luciano, tiene gracia —dijo en voz alta.

El círculo de luz se había perdido y sólo se escuchaba el ruido del trabajo y el chapoteo de los cascos de los caballos.

—Cómo crujen los maderos.

Escuchó, haciendo un agujero entre los mil ruidos distintos. Un segundo crujido y luego un tercero.

—¡Esto se cae! —gritó.

En seguida un cuarto crujido, fuerte como el de un árbol tronchado por el viento. El techo se desplomaba en el fondo de la galería sobre los hombres que gritaban y gritaban. Una nube densa, de polvo negro, venía envuelta en el círculo sonoro.

Echó a correr por la galería adelantando a los caballos.

—¡Luis! ¡Felipe! ¡García! —gritaba Joaquín llamando a sus compañeros, asustado por su propia voz.

Las paredes se caían haciendo un ruido profundo. El techo se resquebrajaba, las pizarras gemían al romperse. Las ratas chillaban con voz humana.

—¡Ruiz! —gritaba mientras corría por entremedio de la nube de polvo. El farol se le desprendió de la mano y todo quedó lleno de oscuridad, como una noche sin estrellas.

Los caballos daban botes y piafaban asustados. Golpeaban con sus cascos sobre las vagonetas intentando romper las co-reas. Joaquín corría pendiente arriba, sin aliento ya.

—¡Emilio, «Viejo»! —El largo grito de Joaquín resonaba in-frahumano por la galería. Los estemples y las cimbras crujían, y luego se doblaban como juncos. Corría y corría, perseguido por el resoplar de los caballos. Tuvo la impresión de que la sangre se le paraba en las venas, que no circulaba. Escuchaba los gritos incesantes que restallaban en lo hondo del socavón.

Al tropezar, algo golpeó sobre su cuerpo y cayó sobre las aguas del canal. En seguido se vio arrastrado. Luchaba contra

el ahogo, contra el polvo negro que se le metía en los ojos, en la boca; que le cerraba los oídos.

Bajo la nube de polvo aparecieron los caballos. Oyó el ruido sordo del golpear de los cascos, el grito de los animales. Se levantó para echar a correr por medio de la oscuridad. Sus pies corrían y su cabeza parecía ir a estallar. De pronto supo que iba a morir.

—¡Tieso, Tuerto! —gritó.

Los caballos surgieron como un relámpago; tuvo conciencia de su carrera, de sus flancos poderosos, de sus relinchos como voces, de sus ojos de fiera. Cayó al suelo como una piedra y le pareció estar tumbado un tiempo muy largo, una vida entera. Respiraba a grandes bocanadas, mordía el aire. Cerró los ojos temiendo por ellos.

Después, sintió un golpe en la cabeza y toda la galería se derrumbó. Una oscuridad le invadió, una oscuridad que lo invadía todo.

Angustias oyó también el sonido insistente de la sirena. Era un aullido continuo, un rumor desusado a esa hora de la tarde, que llenaba Los Llanos desde El Tomillar a Santa Ana. Al principio no hizo mucho caso y siguió haciendo sus trabajos, mas al rato se sorprendió a sí misma parada en el centro de la habitación escuchando inquieta el zumbido de la sirena de la factoría. «No es hora de relevo; algo ocurre en la Minera», se dijo. Y tras secarse las manos y quitarse el delantal, salió a la puerta de la calle.

Eran las siete de la tarde y sobre la ciudad, tras los días de lluvia de la semana anterior, caía un calor pesado y bochornoso que hacía desear la llegada del benigno invierno.

A la puerta de las ocho casas del alto, al igual que Angustias, las mujeres escuchaban en silencio. Los niños suspendieron sus juegos y estaban quietos en medio de la calle. En la taberna de Machado los hombres habían dejado de beber y permanecían expectantes, el vaso entre las manos y el corazón angus-

tiado ante la suerte corrida por los compañeros. El toque de la sirena no podía ser más que eso: grisú o el hundimiento de las galerías.

Por los bajos de la calle en cuesta se arracimaban las gentes. Un minero sudoroso se acababa de apearse de una bicicleta y, apoyado en el manillar, hablaba con un grupo de excitadas mujeres.

—Quizá no haya habido muertes —comentaba.

—¿En qué pozo ha sido?

—En el Inclinao.

—¡Por el amor de Dios, díganos..., dime en qué planta ha sido!

—Creo que ha sido en la cuarta.

Angustias se acercó al grupo. Tenía la garganta atenazada por el miedo; un miedo oscuro que le paralizaba la lengua y la impedía articular la mínima palabra. Las mujeres repetían cien veces la misma pregunta cuando iban llegando.

—¿Qué ha sucedido? ¿Lo saben ustedes? ¿Lo sabe usted?

—¿Saben si mi Joaquín...? —pudo al fin preguntar Angustias.

—¿Y mi Luis? —inquiría la señora Dolores.

Los niños y las mujeres miraban al hombre de la bicicleta; el aire quieto de la tarde traía un temblor al barrio minero. La sirena seguía aullando y las campanas de Nuestra Señora de Gracia volteaban el doble repique de las siete y media.

—¿Ha explotado un barreno? —preguntaban algunos.

—¿Cómo ha sido?

—Nadie sabe nada; aún es pronto para saber.

—¡Eh, Mauricio! —gritó uno de los del primer relevo al hombre que había traído la noticia—. ¿Se sabe algo de cómo ha sido?

—Dicen que se desplomó el techo.

—Mi marido trabaja en ese pozo; se llama Joaquín y anda con la cuadrilla del Felipe. Le llaman «el Granadino».

Angustias se tropezó un momento con la mirada del minero

que, cansado y con aire afligido, apartó los ojos de los de ella.

No sabía nada, comenzó a contar excitado. No podía quedarse más que un instante. Venía a contar lo poco que sabía y de nuevo volver al pozo para ayudar en lo que fuera, porque todos los hombres eran necesarios, ya que la Empresa no tenía organizado ni un solo equipo de salvamento con el material necesario.

—Han llamado a los franceses para que envíen ayuda. Ellos tienen equipos y ambulancias. Los estamos esperando.

Mucha gente corría ya, cerro abajo, buscando la carretera. Angustias dejó al pequeño al cuidado de Angus y, en compañía de prima Lucía, se sumó al grupo. Según iban llegando a las afueras iba aumentando el número de personas. Las tabernas echaban los cierres y los establecimientos quedaban desiertos. El barullo aumentaba y las noticias corrían de boca en boca creciendo desmesuradamente. Hablaban de centenares de muertos y de un sinnúmero de heridos. Más nadie, en su angustia, se paraba a reflexionar sobre la evidente exageración de las cifras. Unos gritaban y otros caminaban en silencio. Más unos y otros, los que gritaban y los que escondían su temor, deseaban llegar frente a las bocas de los pozos y ver salir por ellos los rostros de los parientes o amigos. Aunque en el fondo de los corazones se alimentaba la secreta esperanza de que ellos y sus familiares se iban a ver a salvo de la tragedia, no por eso dejaban de sentir el temor de que sus deseos no coincidieran con la realidad.

Según iban llegando a la explanada de carga la muchedumbre se remansaba frente a las barreras metálicas de acceso a la factoría. De cuando en cuando algunos automóviles cargados con fuerza pública se abrían paso entre la multitud.

Una mujer de pelo cano y desmelenado, con cara de madre vieja, agitaba locamente la cabeza gritando sin cesar su dolor. Crispaba las manos en torno al barrote de la barrera. Las campanas de las iglesias seguían repicando y más gente se acercaba corriendo, descendiendo de sus bicicletas o automóviles.

Las bocas de los pozos quedaban ocultas tras los edificios, y las barreras defendidas por un cordón de guardias.

La multitud se movía de un lado a otro, con incertidumbre, llena de preguntas. Los guardias de barrera, y la fuerza pública, se las veían y deseaban por ver de contener el aluvión de hombres y mujeres que presionaban contra las barreras intentando forzarlas.

Los mineros de los otros tres pozos abandonaban las galerías, y ni los capataces ni los ingenieros se atrevían a protestar ante el abandono del trabajo. A más de media tarde el temor y la ansiedad habían llegado a su punto culminante. Una especie de agitación colectiva sacudía la cuenca minera. En los intervalos de odio y de esperanza se hacía el recuento de los hombres que poco a poco iban saliendo del pozo Inclinao. Sus nombres se repetían en alta voz y los familiares de los mineros a salvo pugnaban por abrirse camino y llegar a ellos. Un sentimiento de solidaridad se extendía. Hombres y mujeres abrazaban a los que ya creían aplastados, preguntaban por los que abajo quedaban. Los mineros, en silencio, se aferraban a sus mujeres, madres, hijos o novias, y luego quedaban allí, quietos, aguardando la salida del amigo o del compañero.

—Ha sido en la cuarta —grita un minero, la ropa rasgada y llenas de sangre las manos. Se detiene frente a la multitud, con ojos llenos de fiebre.

—Les ha pillao debajo.

De la gente se alza un sordo rumor, resuenan voces implorando a Santa Bárbara, a la Virgen de Gracia, gritos como cuchillos, juramentos, blasfemias. Toda la masa se balancea, refluje, y por tercera vez intenta romper las vallas.

—Atrás, atrás todos —gritan los guardias al tiempo que empujan con los fusiles.

La gente retrocede.

—Se han hundido, han muerto todos —gritan.

Al rato ya no trabajaba nadie en la factoría. Todos se habían congregado en la explanada de carga. A ellos se unieron los

obreros de otras explotaciones, gentes de diversos oficios. Todos estaban terriblemente excitados. Culpaban a la Empresa de la falta de seguridad en el trabajo. De la falta de equipos de salvamento.

Se oían las sirenas de las ambulancias de los equipos de la compañía francesa.

—Ahí están las ambulancias.

—No sacarán a nadie.

Habían llegado los equipos de salvamento y los ingenieros y capataces daban órdenes a los mineros. Angustias, al lado de Lucía y de Antonio, sentía ganas de gritar para romper el temor que como una mano de hierro le apretaba la garganta. Sabía que sus pensamientos no harían más que agregarse a la sensación angustiosa que corría por sus venas. Más de todas maneras los pensamientos oscuros, sin apenas trabazón, se sucedían tumultuosamente en su cerebro.

Joaquín era su marido y también el padre de Angus y el niño. Y allá dentro —se decía— sólo quedaban los de la galería cuarta.

Se volvió hacia Antonio y le preguntó, temerosa:

—¿Tú crees que los salvarán?

—No lo sé —dijo éste limpiándose el sudor de la cara—. Ahora lo están intentando. Es una labor difícil.

—¡No los podrán sacar! —gritó Angustias, y el miedo enfermizo comenzó a golpearla de nuevo. Joaquín estaba allí, y ella no podía atravesar la muralla para ayudarle.

—No es justo —gritó impetuosamente—, no es justo. Les salvarán, ¿verdad? —quería que Antonio, que Lucía, que la gente respondiera que sí, quería tener al menos la minúscula seguridad de que podía hacerse algo.

—Nadie sabe lo que se podrá hacer por ellos. Cuando se hunde una galería se revientan las bolsas de grisú —dijo un hombre, y su cara era una cara seria, grave.

Angustias miró para los edificios de la factoría, para las casas del pueblo.

—¡Ojalá no hubiéramos venido! —dijo amargamente—. ¡Ojalá no nos hubieras escrito nunca, Antonio!

Al rato sacaron el primer cuerpo en una camilla. Una marea de gritos y de protestas fluye y refluye. Luego, como si toda la muchedumbre formara un solo cuerpo y una sola voz, un grito único y continuado rasga el aire de la tarde. Todas las voces de protesta fundidas en una sola terrible voz.

Carmela, la novia de Luis, subida en una piedra gritaba con aguda voz. Su pañuelo parecía flotar al aire como una bandera.

Erguida sobre la punta de los pies atraía sobre ella la mirada de la multitud.

—¡Hay que pedirles cuentas de las vidas! —gritaba.

Carmela hablaba para toda la cuenca minera presintiendo sus pensamientos, escarbando en sus corazones. Aún no había terminado de gritar cuando ya la multitud presionaba por cuarta vez las barreras metálicas.

Iban sacando los cadáveres. La gente se acercaba a mirarlos. Angustias, empujada por la multitud, se encontró contemplando la masa informe del cuerpo de Joaquín, la horripilante cara destrozada, desconocida.

Todo era tan despiadado que casi no podía pensar. La tragedia se había consumado en tan poco tiempo que era imposible el darse cuenta de la magnitud del dolor que la embargaba. Sólo podía mirar el cuerpo de Joaquín y el de los otros siete hombres. Angustias conocía a todas las personas que se apelo-tonaban junto a los muertos. Allí está la madre de Luis, y Carmela, la mujer del «Asturiano», la de López, la del «Extremeño», la de García, la mujer del capataz. Sobre el cadáver de Luciano, no lloraba nadie. Pasaban los rostros desconocidos, las caras serias de los mineros, graves y endurecidas.

Y a la noche —pensaba Angustias— la pequeña se enteraría de lo que le había sucedido a su padre. Y ahora Joaquín estaba en la tierra muerto para siempre. Santa Ana le olvidaría dentro de poco tiempo, dejarían de hablar del «Granadino» y hasta olvidarían el santo de su nombre. Pensó repentinamente en

Tero, en cuando Joaquín cantaba trabajando las tierras, en cuando andaba los campos en busca del pan de todos los días. ¿Qué habían hecho ellos para merecer tal suerte? La gente echaba la culpa a la Empresa, pero la Empresa no era un hombre a quien atezar por la garganta. Era un monstruo de cien cabezas.

Habían muerto ocho hombres y el silencio se abatió sobre la multitud. En la explanada de carga quedó un pequeño grupo de personas en torno a los ocho cuerpos. Carmela, abrazada a Luis, sollozando frenética, con una quemazón que le comía las entrañas. El odio y el amor le corrían por dentro, le recorrían la piel con una oleada de fuego. Se puso en pie. El muchacho tenía los ojos abiertos como si aún tuviera vida en ellos. A Carmela le costaba trabajo creer que estuviera muerto; no podía hacerse a la idea. «Luis, mi Luis», dijo bajito como si sus palabras sólo fueran para él. Mas luego se volvió hacia los hombres y mujeres que se apretaban en la explanada, hacia los que silenciosos formaban un grupo. Les increpó a todos.

Hasta el grito de las palomas parecía más agudo.

La noche que siguió no fue de lucha, sino de lloros y silencios. A la mañana siguiente las campanas doblaban y en las iglesias se hacían oficios de difuntos. Y, aunque días más tarde la vida continuaría tal como es, por el momento la gente, quizá porque el dedo de la muerte durante unas horas había barajado el nombre de todos ellos, se solidarizaba ante el dolor ajeno. En general, las antiguas rencillas se habían olvidado y las mujeres y los hombres se aferraban más a sus familias y a los antiguos recuerdos. Trataban de recordar las caras y hasta los mínimos gestos de los compañeros muertos y se hacían firmes propósitos de amistad entre los vivos. Se juramentaban en el sentido de que nunca consentirían que se jugara con sus vidas. La catástrofe había nivelado las conciencias haciendo tabla rasa entre los distintos puntos de vista. Muchos hombres que jamás habían ido a misa asistían a los oficios, no ya por senti-

miento religioso sino por dar constancia de su presencia. Como medida de protesta, los trabajadores de la cuenca no acudieron a la hora de los relevos y la sirena de la factoría clamaba inútilmente.

Habían llegado los periodistas de los diarios de la provincia y los corresponsales de diversos periódicos de Madrid y Barcelona. La capilla ardiente se había instalado en una dependencia de la factoría y las autoridades sólo permitían el acceso a los familiares más allegados y a los periodistas que tenían que cumplir su deber informativo.

La muerte de los ocho hombres pesaba sobre el pueblo. Las gentes, con aire sombrío, se estacionaban delante de las casas de las víctimas y a la puerta de las tabernas. Se hablaba a media voz.

Un periodista de la capital se mezclaba entre los grupos de mineros. Se llamaba Sánchez y no hacía más que repartir tabaco entre los hombres.

—Póngalo en los papeles —decía un minero—. Diga que el minero José de Dios lo dice. Diga que no han muerto, diga que los han matao.

—Se llamaba Luciano y era de Córdoba. Siempre tenía la mano abierta para los amigos. Donde estaba él no había otro dinero que el suyo —contaba Amelia al periodista—. No tenía a nadie en el pueblo, y aunque era soltero más de cuatro mujeres le echarán de menos.

«Luciano “el Cordobés”. Soltero. Treinta y cuatro años. De Rute. Su familia reside allí.»

—No hará cosa de dos meses, los de la cuarta del Inclinao nos quejamos a la Dirección de que el aire que daban los dos «Berrys» no era bastante para los hombres y los martillos.

—¿Y eso de los «Berrys», qué es?

—Son compresores para ventilación forzada y mover las máquinas. También protestamos por el entibao. Aquello no estaba en condiciones y no aguantó, como se ha visto. Protestamos, ¿y qué? Se llamaron andana y nos castigaron dos sema-

nas sin destajo. Suerte que yo no estaba en ese corte. Ahora, seguro, lo de la cebada al rabo del burro muerto. Pondrán pozos de ventilación y reforzarán las cimbras.

En Los Llanos el agua del embalse es insuficiente para atender las necesidades de la factoría y la población. Muy de mañana se forman largas colas de mujeres y niños que con sus cántaras aguardan horas y horas a que les llegue su turno. En este pueblo el problema de la vivienda está muy agudizado debido a la constante afluencia de jornaleros de toda Andalucía. En el transcurso de diez años la población ha pasado de veinte mil a cincuenta mil habitantes. La población minera alcanza...

Siguió tomando notas.

—Vinimos de las Hurdes porque allí no había manera de ganarse el pan. Ahora no sé... Tendré que ponerme a trabajar.

«Pedro Jiménez, “el Extremeño”. Casado. Escombrero. Veintinueve años. Natural del Gasco, Ayuntamiento de Nuñomoral.»

—Mi marido estaba baldao por el mercurio; estuvo trabajando en Almadén. Dicen que la Empresa costeará el entierro y mandará a los huérfanos a la escuela de aprendices. Dicen...

«Salvador García, treinta y cinco años, de Jaén. Escombrero. Deja un hijo.»

—Sus compañeros le decían «el Asturiano» porque era de la parte de Langreo. Era el mejor barrenero de la cuenca. No es que lo diga yo; lo dice todo el mundo. Los hijos y yo nos iremos para León a casa de mi madre.

«Laureano Ruiz, “el Asturiano”. Treinta y siete años.»

«Emilio López, “el Viejo”. Llanero de nacimiento. Cuarenta y seis años, martillero de oficio. Su hijo vive en Ciudad Real y es un mozo de cara avispada.»

—Era un buen hombre mi marido, era un buen hombre.

—Mi padre nunca quiso que trabajara en las minas. Cuando saquemos la indemnización me llevaré a la vieja a Ciudad Real.

—Su padre también murió en un atierre. La mano que

arrebata los hijos es odiosa para una madre. Tenía novia y estaba muy ilusionado con ella. Yo también lo estaba con los dos. Yo quería que me llenaran de nietos. Ahora estoy sola y siento ganas de morirme. ¿Qué pinta en el mundo una vieja como yo?

«Luis Vallejo, llanero. Veintidós años. Picador de la cuarta.»

—El más pequeño no sabe ni hablar. Tengo cinco hijos: tres hembras y dos varones. Mi marido era ex combatiente. Don Rosario, el ingeniero, me ha dicho que no les faltará un trozo de pan a los hijos. Mi Felipe estaba muy considerado en la Empresa; nos iban a dar una vivienda y le habían subido quinientas pesetas al mes. ¿Usted cree que ahora nos darán la vivienda?

«Felipe del Amo, capataz. Treinta y ocho años. Nacido en Huelva. Su mujer se llama Emiliana.»

«Joaquín García, “el Granadino”, de Tero. Caballista de cuadrilla.»

—Mire, no sé lo que haré, aún no lo sé.

Dejó de tomar notas.

Todos los obreros de la cuenca acompañaron al cementerio los restos de sus ocho compañeros.

La madre de Luis lloraba, y en torno suyo, persiguiéndola, se arrastraban los rezos y los llantos de las otras mujeres.

—¿Era su marido? —preguntaban.

—No.

—¿Su hermano?

—No. Era mi hijo.

Lloraba pensando en el hijo, en el hombre que conociera su vientre nueve meses antes de nacer. Carmela, a su lado, permanecía inmóvil y en sus ojos había una pregunta que nadie contestaba. El cielo iba volviéndose de un color rojizo sobre las cumbres de Sierra Mestanza.

Las gentes, apretadas unas contra otras, caminaban hacia sus casas, ciegas, a pesar de su condolencia, para lo que no fue-

ra su propia alegría al verse a salvo de la catástrofe. Mas para aquellos a quienes no les quedaba más que su color, las cosas eran de otro modo. Para ellos, mujeres y niños que habían perdido la dicha, para ellos continuaba la tragedia.

Días después del accidente la ciudad de los mineros recobró su pulso normal. Como siempre, a la hora de los relevos, largas filas de hombres pedaleaban por la carretera montados en bicicletas. Las chimeneas de la factoría lanzaban chorros de humo que cubrían el cielo. Los trenes seguían llegando a Los Llanos cargados con gentes extremeñas, manchegas y andaluzas que iban en busca de trabajo. Corría el tiempo, y las hojas de los árboles de la carretera se cubrieron de oro y el viento las depositaba blandamente en las calles. Y las cigüeñas y las golondrinas volaban hacia la baja Andalucía en busca del invierno templado.

Ya nadie visitaba a Angustias. Al principio, muchas tardes iban a visitarla las familias de los compañeros de Joaquín, mas luego los días pasaron vacíos, mortalmente monótonos. Le costaba hablar y no podía concentrarse en las cosas. Se sentía cansada. Un paso, después otro y otro más: eso era la vida. Y la soledad. También eso pesaba demasiado, también eso llegaba al fondo. Nunca hasta entonces que lo había perdido supo cuánto había querido a Joaquín. Y ahora ya no podía hablarle. Le había perdido para todos los días de su vida. Durante un tiempo se sintió como llevada al fondo de una corriente. A su alrededor todo avanzaba y se transformaba. Las hojas doradas se volvieron rojas y el invierno llegó con una racha de viento castellano. Mas ella seguía inalterable y pasiva, indiferente, como si fuera un mineral que hubiera llegado al final de todos los cambios. Se refugiaba en la cotidianidad de las cosas, en los pequeños trabajos.

—¿Por qué no regresas a Tero? —le preguntó primo Antonio un día.

Angustias no contestó; miraba hacia la calle por la ventana

abierta. Los niños brincaban como gorriones. ¿Volver a Tero? Veinte veces al día se planteaba el regreso, y otras tantas veces dejaba de contestarse. Se hundía en algo que ya no sólo era tristeza sino un cambio de estado, como si una parte de su vida se hubiera ido. Permanecía quieta, igual que uno puede estarlo en una tierra llena de recuerdos. Las zonas más oscuras de su memoria se aclaraban. Volvió a ver su vida con Joaquín. Aquel día, el primero, debajo de los olivos, él la había besado. Aún sonaban en sus oídos lo que Joaquín había dicho, las mismas palabras llenas de ternura. Y luego le recordó en el día de la boda, riendo más alto que nadie, fanfarrón en la fiesta de la mañana y tímido, tierno como un cordero, en la fiesta de la noche. Más tarde, los hijos y la lucha por el trabajo. La batalla le había endurecido y amargado, mas en el fondo seguía siendo el mismo hombre lleno de amor por las cosas.

«Eso es lo que él quiso siempre: sembrar y cultivar la tierra. Nunca de verdad quiso arrancarse de allí; yo a veces pienso que la culpa es mía por haberle empujado. Pero, después, me digo también que eso no es verdad, que a pesar de todo hicimos bien viniendo aquí; no teníamos otro remedio.»

Luego, llegó el invierno. Y Angustias, en los largos atardeceres, se sentaba al lado de los hijos y dejaba pasar los días sin pensar en nada, sin vivir. A medida que iba pasando el tiempo ganaba la paz. Sólo por las noches volvían los recuerdos y a veces llegaba el alba sin que hubiera podido dejar de sentir el vacío doloroso del lecho.

Mas un día el sol volvió a brillar con fuerza sobre la llanura y volvió la primavera. De nuevo los niños alborotaban en las calles, salían de sus oscuras casas para no volver a ellas hasta la oscurecida. Regresaron también las golondrinas y la cigüeña de la torre. Las mujeres de Los Llanos charlaban a la puerta de sus casas. Durante el invierno la pequeña había dado un gran estirón y comenzaba a interesarse por cosas distintas a las que hasta entonces le habían atraído. Ya no jugaba con chicos, sino que buscaba la compañía de otras muchachitas de su edad. El

niño ya andaba y con su vocecilla de media lengua ponía nombres extraños a las personas y las cosas. Angustias veía pasar a la gente, hombres y mujeres del barrio. En ellos veía una seguridad, un dolor antiguo, un flujo de vida. Ahora amaba a Joaquín como a un recuerdo por el que se siente un gran cariño, un afecto que desgarrar las entrañas. Mas cuando miraba hacia el porvenir, Joaquín no existía. Al mirar hacia adelante la vida tomaba un significado distinto. Tero, allí estaría el pueblo; la plata del río, la llanura y los olivos. Recorrió con el pensamiento todos los lugares queridos. Ir allí —se dijo— y esperar a que los hijos crezcan, se hagan mozos y emprendan el camino de todos, el exilio de la propia tierra. De pronto notó el abismo que la separaba de todo aquello. No, no volvería a Tero. La vida y el porvenir había que ganarlos día a día, pues los hijos esperaban. Y ella tenía que ser un huerto de esperanza.

Una oleada de calor se expandió por su pecho. La angustia se deshacía igual que un pedazo de hielo puesto al sol. Viendo a los pequeños sintió una gran paz y una tranquila serenidad. Una serenidad que le llegaba desde muy hondo, desde su esperanza.

FIN



ARMANDO LÓPEZ SALINAS. Escritor español, nacido en Madrid en 1925. Militante desde su juventud en el Partido Comunista, dotado de una aguda y crítica sensibilidad social, es uno de los máximos exponentes del realismo social de posguerra. Sus novelas *La mina* (1960) y *Año tras año* (1962) son importantes obras de denuncia de las míseras condiciones de vida del proletariado industrial. Es autor de tres libros de viajes, *Caminando por las Hurdes* (1960), escrito en colaboración con Antonio Ferres; *Por el río abajo* (1966), con Alfonso Grosso; *Viaje al país gallego* (1967), con Javier Alfaya y *Crónica de un viaje y otros relatos* (2007). También ha escrito relatos cortos, teatro infantil, descripciones de costumbres y el ensayo *La alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura* (1977).